

Concurso de narrativa breve IGN 2022

David Santiso Pérez
Alberto Loranca Gonzalo
Héctor Vives Arias
Lurdes Quintero Gallego
Julio Septián del Castillo
Ignacio Fernández Pérez
José Eduardo Balabasquer López
José Antonio Bolonio Jiménez
Carlota Rodríguez
Jesús García Jiménez



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Concurso
de narrativa
breve IGN
2022

Concurso de narrativa breve IGN 2022.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado
<https://cpage.mpr.gob.es>

Editado en junio de 2022

Edición revisada 2022

Publica:

© de esta edición O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2022.

Autoría:

David Santiso Pérez, Alberto Loranca Gonzalo, Héctor Vives Arias, Lurdes Quintero Gallego, Julio Septién del Castillo, Ignacio Fernández Pérez, José Eduardo Balabasquer López, José Antonio Bolonio Jiménez, Carlota Rodríguez, Jesús García Jiménez.

© **Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2022**

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)
(Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio)

Fotografía de portada:

«Instrumental topográfico de la Comisión de Artilleros e Ingenieros montado en Madrideo» (1858). Fotografía en papel a la sal de autor desconocido. Imágen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España

NIPO digital: 798-22-025-3

DOI: <https://doi.org/10.7419/162.07.2022>

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.



CNIG: Calle General Ibañez de Ibero, 3
28003 - Madrid (España)
www.ign.es / www.cnig.es
consulta@cnig.es

Índice

Prólogo

Emilio López Romero 5

La distancia más corta

David Santiso Pérez 9

Jerez y Bisontes

Alberto Loranca Gonzalo 25

Refugio lunar

Héctor Vives Arias 35

La Geografía: un arma para la vida

Lurdes Quintero Gallego 57

¡Ponte derecho!

Julio Septién del Castillo 69

Renglones torcidos

Ignacio Fernández Pérez 81

Crónicas de la ascensión al Pico Basilé.

Fernando Poo (1965 - 1966)

José Eduardo Balabasquer López 101

La casa Vivar

José Antonio Bolonio Jiménez 119

Perderse inversamente

Carlota Rodríguez 131

Mapa de estrellas

Jesús García Jiménez 143

Prólogo

Emilio López Romero

En esta quinta edición del Concurso de Narrativa Breve del IGN, correspondiente al año 2022, se han recibido un total de 38 relatos, acompañados de un título, un seudónimo y un teléfono de contacto, que se han distribuido entre los miembros del jurado identificados únicamente por el título y el seudónimo elegido por el autor, para su valoración anónima.

El Jurado ha estado formado por siete personas de organizaciones relacionadas profesionalmente con las disciplinas de los campos de actuación del IGN y del CNIG y está presidido por el Presidente del Consejo Editorial de la Editorial CNIG. Los miembros del Jurado han sido:

- Alicia Fernández-Renau González-Anleo. Vocal Asesora de Observación del Territorio del Instituto Geográfico Nacional
- Amparo Sánchez Perea. Técnico del Servicio de Documentación y Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional
- Ana Domingo Preciado, Profesor titular de la Escuela de Topografía de la Universidad Politécnica de Madrid
- Ana Velasco Tirado. Ingeniera Geógrafa del Centro Nacional de Información Geográfica
- Antonio F. Rodríguez Pascual. Licenciado en Ciencias Físicas. Miembro del Comité CTN 148 Información geográfica digital.

- Emilio López Romero. Ingeniero en Informática y director del Centro Nacional de Información Geográfica
- Rafael Bachiller García. Astrónomo. Director del Observatorio Astronómico Nacional y del Real Observatorio de Madrid. Académico de la Real Academia de Doctores de España.

El Jurado considera que el «Concurso de Narrativa Breve IGN 2022» ha sido un éxito, como en años anteriores, por el gran número de relatos recibidos y por su calidad media, que parece haberse incrementado respecto del año pasado. El Jurado ha decidido seleccionar 10 originales para su publicación.

Como resultado de las valoraciones realizadas, en las que ha habido una notable convergencia y casi unanimidad, el fallo del Jurado es el siguiente:

El relato ganador del Primer Premio del «V Concurso de Narrativa Breve IGN 2022» es el titulado «La distancia más corta» de David Santiso. La acción se sitúa en un momento histórico fundamental para la cartografía española. La historia se podría situar en Madrideojos entre 1856 y 1859 durante el proceso de la medida base central de la triangulación para el mapa 1:50000 de España. El propio Ibáñez de Ibero diseñó el instrumento de precisión que era arrastrado en un casetón y alineado para hacer 3864 medidas hasta alcanzar los 14664,5 metros que separaban los cilindros que marcaban los vértices. Y precisamente esa caseta y una tormenta son los personajes principales de la trama del cuento ganador. La amistad entre dos topógrafos militares se entremezcla con la acción real de la medida histórica de Madrideojos.

El ganador del accésit del «V Concurso de Narrativa Breve IGN 2022» es «Jérez y bisontes» de Alberto Loranca, es un relato que se desarrolla después de la Guerra Civil Española, y en él de nuevo una pareja de topógrafos tienen un encuentro casual y revelador para ellos con un maquis refugiado en una cabaña en la zona donde están realizando sus trabajos topográficos.

La editorial CNIG cumple su compromiso de publicar en formato digital y gratuito los dos relatos ganadores y una selección formada por los otros seis mejor valorados, poniendo a disposición de los usuarios este volumen digital, que esperamos sea del agrado de los lectores.

Solo nos queda agradecer al jurado su responsabilidad y dedicación, a los participantes su interés, felicitar a los dos ganadores y animaros a todos a participar en el concurso del año que viene.

Madrid, junio del 2022
Emilio López Romero
Presidente del Jurado

La distancia más corta

David Santiso Pérez

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2022»

La distancia más corta

David Santiso Pérez

—Estoy hasta los huevos de la topografía.

Marcelo hace como que no ha oído a su compañero, que también es su subordinado. En la forzosa intimidad de la tienda de campaña, se afana en completar su tarea de pasar a limpio los estadillos de campo, tratando de no hacerle mucho caso. Mientras, Eliseo sigue rezongando, tirado en el catre, vestido únicamente con un pantalón de lino. Todavía hace calor, aunque ya se nota el relente mesetario. Fuera, un concierto de grillos atruena la agostil noche manchega. Los números bailan en la aceitosa luz ocre de la vela y a Marcelo le cuesta enfocar correctamente la visión, cansada después de todo un día de trabajo. Sin embargo, no se dormirá hasta terminar su tarea. Las lecturas de los micrómetros, los termómetros, los clinómetros y demás ingenios óptico-mecánicos se agolpan en las hojas de campo; esperan impacientes ser transcritos y así descansar, resguardados a salvo en las hojas de limpio.

—Llevamos aquí tres meses ya. Con la jodía regla de medir, pasito a pasito.

—Maldito cacharro. No puedo ni verla. Es desesperante. Todos los días igual.

Habla sin esperar respuesta. Como si fuera para sí mismo, aunque sabe de sobra que su compañero le escucha. Marcelo se ajusta las gafas y aprovecha para cerrar los ojos. Lleva esos tres meses oyendo quejarse a Eliseo sobre esta tarea en particular, y otros tres años más sobre la profesión que comparten. Siempre repitiendo la misma cantinela. «Ahora va a decir lo de África» —piensa.

Teníamos que estar ahora mismo en África, en las grandes expediciones de los ingleses, descubriendo las fuentes del Nilo. No aquí. Haciendo este trabajo de franchutes.

Le quedan unos minutos antes de que el sueño le venza, tiene que aprovechar el último cartucho de energía para terminar la transcripción. No puede distraerse con el erre que erre de su compañero. Se concentra de nuevo en los papeles de campo. Con su exquisita caligrafía, va rellenando de números las celdas de las hojas impresas de limpio. Ya casi termina. Sonríe. A pesar de sus quejas, los datos de Eliseo y de la gente que tiene a su cargo, son cuidadosos y precisos. Le conoce de sobra. Aunque esté todo el día impostando pereza y desidia, sabe que es un topógrafo de primera y que cuida, tanto o más que él mismo, que todas las tareas de medición se realicen correctamente.

Completa la última hoja. Por fin. Deja las gafas encima de la mesa. Archiva con cuidado los legajos y los preciados estadillos pasados a limpio. Posa la vista en el Eliseo yacente. Su pecho desnudo expuesto al aire sube y baja con ritmo telúrico. Se ha dormido como un bebé. De lo más profundo de esa caja torácica de guerrero hoplita, nacen ahora unos sonoros y plácidos ronquidos. Contempla sus labios, que mantienen el gesto orgulloso aún en lo más profundo del sueño. Parece que quisieran sujetar el abundante bigote. Siente un escalofrío. Por fin refresca, se dice. Como todas las noches, arropa a su compañero con la sábana de algodón. Después se dormirá, mirándole acostado en el lecho contiguo. Siempre igual desde hace tres años. Compartiendo su sueño en el más provisional edificio de lona y madera, sintiéndose a la vez protegido y en casa.

Le despierta el sol, que inunda con luz y un calor denso la tienda de campaña. El jergón de su compañero está vacío. Como buen militar, Eliseo ya está de pie desde las primeras luces del día. Él en cambio tiene dispensa, ya que su labor escribiente y de mando le ocupa las últimas horas de cada jornada, mientras el resto del destacamento duerme.

Se asea con una jofaina. Al agua fresca le echa unas hojas de lavanda que él mismo ha recogido, discretamente, del campo que rodea el campamento. Aún no se ha puesto la camisa cuando entra Eliseo. Enérgico, marcial. Hace como que no percibe su pudor por haber sido descubierto medio desnudo. Le da una advertencia, que suena a orden.



Medición de la Base de Madridejos en 1858. Fotografía en papel de albúmina de Jean Laurent.

Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

—Ha venido el coronel. Apúrate.

El trabajo y la camaradería durante meses han ido difuminando un poco la disciplina militar del pequeño destacamento. Sin embargo, han tenido que recordarla bruscamente y a marchas forzadas. Marcelo está nervioso. Nota en sus hombres que no están habituados a formar, así que hay más de una fila irregular y también algún desaliño en los uniformes. Siente la mirada escrutadora del coronel sobre él y su tropa, mientras les observa desde la atalaya de un brioso caballo blanco. La guardia que le acompaña le mira también, con más severidad aún. A diferencia de ellos, se ve a la legua que estos militares sí han dado más de un tiro en su vida. Marcelo observa con envidia y temor las mellas en los sables, espuelas y cascos. Con toda probabilidad, vienen de foguearse en la muy reciente guerra carlista; allá en el lejano norte. Percibe el

fiero desdén de estos guerreros contemplando a su inofensiva tropa. Marcelo sabe que realmente ellos no son más que un pequeño destacamento de militares de carrera. Hace unos meses, sus hombres estaban estudiando métodos topográficos. Mientras, estos soldados que acompañan al coronel comían barro y pólvora, intentando matar y no ser muertos, en otra cruel guerra fratricida de las que se suceden sin descanso en España durante todo este siglo.

Por fin termina la revista. El coronel desmonta y se dirige a Marcelo. Le saluda sin demasiada pomposidad y en seguida se hace acompañar a las casetas móviles, las que protegen su instrumento de medida contra la intemperie.

Llegan a la línea de edificios portátiles que comenzó su andadura ocho semanas antes, en mayo. Unos edificios huecos albergan a la regla de medir. Se acerca y la saluda con cariño, como si hubiera visto a una vieja amiga. Revisa micrómetros, termómetros, barómetros, niveles... también los elementos de sujeción, los pilares que soportan al conjunto. Nada se escapa a la inquisitoria mirada experta del coronel. Pregunta una y otra vez a Marcelo por el procedimiento operativo. Parece satisfecho. Más que satisfecho.

Después del refrigerio ofrecido al coronel y a su guardia, es el turno de la tropa. Se sientan a la mesa. Previamente, han retirado los manteles. Circulan botellas de vinos locales y hogazas de pan blanco, que acompañan a un guiso de gallina, elaborado por el cocinero de campaña para la ocasión. Los hombres están contentos por el cambio en la rutina diaria. Eliseo, con público y con algunos tragos de vino, está lenguaraz y zumbón. Sabe que es el centro de todas las miradas. Con su carisma personal, todo el mundo le escucha. Hace chanzas sobre la guardia de escolta. «Más tiesos que una mira estadimétrica». Todos ríen. En cierto momento, alguien le pregunta qué ha dicho el coronel sobre el trabajo que están haciendo. Sin pensarlo dos veces, se coloca la cuchara por debajo del ojo izquierdo, imitando un absceso que el susodicho ostenta como una condecoración grotesca, y frunce los labios caricaturizando a su objetivo. Engola la voz y declama envalentonado, mientras le anima un coro de carcajadas.

—Hum, qué bien lo están haciendo muchachos. Hum, sí señor, muy útil. Así podré pasear por aquí con mi caballito y saber la distancia que recorro.

Hum. A lo mejor, si se me pone en las narices, cuando lleguen al último vértice les digo que vuelvan y así me lo miden dos veces. Hum. Para asegurarme nada más de que lo estén haciendo correctísimamente.

Las risas han cesado de repente. Eliseo al principio no se percata, metido a fondo en su papel de cómico. Cuando echa un vistazo a su público, ahora paralizado, percibe en sus caras de terror la causa del silencio. No le hace falta mirar para saber quién está detrás de él, oyendo todo lo que dice. Gira sobre sus talones, en posición de firmes, tratando de dar la impresión más marcial posible.

El coronel está justo detrás de él. Le mira de hito en hito, como una montaña miraría al más pequeño guijarro de su base. Se diría que está más sorprendido por la torpeza de la indiscreción, que disgustado por lo que ha oído. Durante unos tensos segundos, en los que parece que todo en la hirviente llanura ha quedado paralizado, le mira a los ojos sin parpadear. Después, solamente dice una frase, en el tono más amenazante y severo.

—En cinco minutos quiero que esté en la tienda de oficiales.

Marcelo ha perdido el color de la cara. Intenta sin embargo no exteriorizar su estado nervioso. Es inútil, no consigue dejar quietas sus manos, los dedos parecen un nido de culebras. Espera en el exterior de la tienda de oficiales, donde se está celebrando el trasunto del juicio sumarísimo a Eliseo. Maldice una y mil veces la estupidez de su compañero, su arrogancia, su incapacidad de dejar pasar una oportunidad de dar la nota. El destacamento está trastocado, expectante también ante el desenlace de la situación. Aunque a cierta distancia, todo el que puede le mira de reojo o incluso, algunos de los más osados le examinan directamente. Más de uno asiste divertido a la representación de una comedia de género vodevil de la que son privilegiados espectadores.

Por fin sale Eliseo. Con su arrebatadora sonrisa. Como si hubiera estado tomando café con el coronel. Marcelo le aborda, hecho un manojo de nervios, desfallecido por la tensión.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué? ¿Qué de qué? ¿A qué te refieres?

—No seas imbécil. Dime ahora mismo lo que te ha dicho el coronel.

—Bueno, pues me ha dicho que el castigo por insubordinación tiene pena de fusilamiento.

Marcelo se queda paralizado, sus pies se clavan en el suelo como un par de estacas. Eliseo sigue con el relato, intentando tranquilizarle y arrepintiéndose un poco de haberlo asustado.

—Pero dice también que como esto no es un ejército serio, ni la situación que hay ahora mismo en España es para andar haciendo consejos de guerra, se va a contentar con mandarme lo más lejos posible y al peor destino que se le ocurra.

Su compañero colige la información sin entenderla del todo.

—Y... ¿A dónde te manda?

—No lo sabe, dice. Pero me ha asegurado que voy a ver mundo.

—¿Ver... mundo?

Aunque sabe de sobra el diámetro terrestre y aún su achatamiento polar, la palabra mundo se le hace demasiado grande, como si la Tierra de repente se hubiera hecho aún más gigantesca. Ese término de «mundo» le parece cruelmente vago e impreciso.

¿Y qué voy a hacer yo? —le está preguntando en realidad ¿Dónde me quedo sin ti? ¿Cuáles van a ser mis coordenadas si no estás tú?

Ya han llegado a su tienda de campaña. Allí, en silencio, Eliseo recoge sus escasas pertenencias. En un minuto, ha metido todo en su petate. Marcelo tiembla, no puede creerse que se va a ir sin él a algún sitio donde corra infinitos peligros. Se agarra los codos haciendo fuerza con las manos crispadas. Es un triste remedo del abrazo que necesita, ese que no va a recibir.

—Eres... eres un estúpido. Has echado todo a perder. Tenías carrera aquí. Los dos la teníamos. Podríamos haber llegado alto. Continuar la campaña geodésica en toda la Península. Trabajo para varios años. Ahora me dejas solo.

Le mira más fijamente aún, mientras Eliseo parece atenderle a medias.

—Eres... eres un imbécil.

—Ahora su compañero alza una ceja. Se le queda mirando, parece que también tiene algo para él.

Mira, ya estaba harto de que me tuvieras en tus bracitos como si fuera un bebé. Yo creo que ya es hora de que cada uno siga su camino.

Le mira colérico. Sus manos tiemblan. Sin pensar lo que hace, le lanza algo parecido a un puñetazo. Eliseo lo esquiva sin dificultad. El propio impulso del golpe, sin haber encontrado donde hacer diana, hace perder el equilibrio al inexperto pugilista, que cae al suelo. Una vez que está caído, no se incorpora ni corrige la postura ridícula que mantiene. Se queda agachado y rendido. Le da igual mostrar que está llorando. Por una vez, le da igual que alguien le vea mostrando sus sentimientos. Es tristeza por él mismo la que desahoga. Por una soledad inmensa que, más que acercarse, ya le aplasta.

Eliseo le ve postrado en el suelo de la tienda, esa que llevan compartiendo tanto tiempo, lo más parecido a un hogar que haya tenido en toda su vida. Le oye llorar. Quisiera decirle algo, pero no acierta a decir nada que refleje sus propios sentimientos.

—Tengo... tengo que permanecer arrestado en el almacén de intendencia. Mañana por la mañana el coronel emitirá un despacho que me releva de toda función aquí. Me mandará a Filipinas o donde sea.

Marcelo sigue en el suelo. Como si no existiera otra cosa que la pena y ese agujero negro en el pecho, que ya empieza a notar cómo se abre y que sospecha que va a ser tan grande que no le va a caber dentro. Eliseo sabe que esto es un adiós y a la vez una tremenda herida, pero no sabe hacer nada para remediar el tajo que desangra a su compañero.

—Yo... —El resto de lo que cree querer decir se le queda congelado en el interior de la boca y nunca saldrá de ahí.

Esa noche, en el casino del pueblo, el alcalde ha improvisado un ágape para el coronel y su escolta. La microburguesía lugareña y la nobleza de poco vuelo que reside en el pueblo se han reunido en el salón, aprovechando la oportunidad de jugar a estar en la corte. El cargo, electo hace poco según los particulares usos electorales que se estilan en esta época, declama un discurso en el que se pone a disposición del coronel, su tropa y aún de la nación entera. Intenta obviar también que no tiene ni idea de lo que están haciendo, desde hace meses, esos militares en los terrenos de la localidad.

El coronel intenta no demostrar el hastío inmenso y el aburrimiento que le provocan las palabras del cacique. Está deseoso de hablar con Marcelo y contrastar de nuevo el funcionamiento y manejo del aparato de medir bases. Su aparato. La regla con la que están midiendo la distancia fundamental de la triangulación que va a cubrir de vértices geodésicos la superficie de todo un país. Un costoso instrumento que él mismo hizo alumbrar en el laboratorio del mejor constructor de tales ingenios de toda Europa, allá en París. El éxito de la misión es crucial para su carrera. En todo el continente ya se hacen eco de su labor y apuntan movimientos; su sabiduría podría ser reconocida con algún cargo de la máxima responsabilidad en instituciones de la más alta importancia a nivel transfronterizo.

Ya terminó el discurso del alcalde, por fin. Tiene un minuto para poder hablar con Marcelo, al que ha ordenado que se siente a su lado. Repasan de nuevo el procedimiento seguido durante las últimas semanas. Comprueba los resultados que le ha preparado en un pequeño resumen. Está complacido. Este pequeño hombrecillo ha resultado ser una persona capaz y comprometida. Los datos le avalan, también el rendimiento obtenido hasta ahora. Después de este primer paso, los trabajos geodésicos han de proseguir por todo el territorio nacional. Va a necesitar de buenos topógrafos y está seguro de que tiene enfrente a uno de ellos.

Luego está el tema del incidente en la comida. Ese otro hombre, el fanfarón... siendo cierto que se ha producido un hecho del que no puede librarse sin un castigo ejemplar, también lo es que necesita el equipo funcionando

como hasta ahora. Los plazos de tiempo empiezan a acechar y no quiere insertar ninguna injerencia que cambie el ritmo de la expedición topográfica.

Su gesto se tuerce por una sonrisa forzada mientras levanta la vista de los papeles y mira a Marcelo a los ojos.

—En cuanto al suceso de esta mañana...

Le interrumpe un ruido terrible. Un rayo descerraja el cielo con un rugido que es más bien una explosión. Los hombres de la escolta del coronel no han podido evitar ponerse en alerta, como un acto reflejo ante lo que por un instante ha parecido una andanada de artillería.

—No se preocupe, coronel, aquí estamos a salvo. Estas tormentas sin agua de estos días de verano son muy violentas. Tranquilo. El casino aguatará... aunque el año pasado se voló toda la cubierta de un cortijo al lado de donde ustedes están trabajando.

Como si hubiera sido convocado al oír las palabras del alcalde, el fuerte viento hace ceder una ventana y la abre de improviso, lo que permite que la tempestad con toda su fuerza se haga presente en el salón. Los camareros tratan de volver a colocarla en su sitio.

El coronel y Marcelo cruzan una mirada de inteligencia y preocupación. Las instalaciones en medio del campo. La regla de medir. Una tormenta eléctrica. Un tejado volando el año pasado.

Galopan a uña de caballo. Marcelo trata de no rezagarse ni perder la referencia de la última grupa. El grupo atraviesa los caminos como otro trueno más de los que desgarran el cielo en derredor, anticipando una batalla o una desgracia. Se suceden con tal fuerza y tal frecuencia, que la luz de los relámpagos les ciega y a la vez les alumbraba el camino. El topógrafo intenta sobrevivir a la loca carrera y pensar al mismo tiempo. Su caballo persigue como puede al rebaño de sus congéneres, aún con la incómoda montura que le ha tocado llevar. El inexperto jinete cavila sobre la última frase oída al coronel, mientras trata de no caer del animal y partirse el cuello. Ha sonado algo así como «... en cuanto a su amigo, habrá que ver qué hacemos con él... ». Le ha parecido

que su superior le hablaba con amabilidad y confianza, incluso con una sonrisa un punto zumbona y comprensiva. Quizá hay todavía un margen de maniobra para poder revertir la condena a destierro de Eliseo. Es una esperanzadora luz. Pequeña, pero es algo; lástima que cuando se iba a lanzar a preguntar o quizá incluso a atreverse a interpelar para conseguir una merced que aliviase el futuro del imprudente, apareció la tormenta. Si se fían de la indicación del alcalde, con premonitoria carga de desgracias, «estas tormentas secas pueden hacer que un chozo de ladrillos salga volando».

Los dos interlocutores se entendieron sin hablar. Ambos pensaron de inmediato en la regla de medir distancias dentro de su endeble caseta portátil, durmiendo confiada, supuestamente protegida de las inclemencias atmosféricas. Supuestamente. Si se cumple el pronóstico del regidor, la tormenta veraniega que está a punto de descargar es muy capaz de arrancar tejados enteros de cuajo. Marcelo prefiere ni siquiera pensar en lo que le podría pasar a la regla, casi en su totalidad fabricada en metal, si se queda a la intemperie con tamaño aparato eléctrico.

Ya les queda poco de carrera. En cuanto superen la loma que tienen enfrente ya estará el campamento a tiro de pistola. De súbito, se oye una explosión, distinta de los anteriores truenos. Los caballos son frenados de golpe. Algunos se encabritan. Por suerte, la montura de Marcelo permanece moderadamente tranquila. Una aurora roja y violenta se vislumbra al otro lado de la elevación, como si fuera a amanecer una luna de sangre. El coronel y Marcelo cruzan la misma mirada que hace unos minutos en el casino del pueblo, con más desesperación si cabe. Espolean de nuevo a los animales hacia esa claridad carmesí que no anuncia nada bueno. Su temido pronóstico se verifica cuando superan la última curva.

Marcelo en su corta carrera militar no ha estado jamás en una batalla. Sin embargo, piensa que lo que tiene enfrente debe ser algo parecido al resultado de un combate terrible. En la explanada del campamento hay una especie de cráter, donde parece haberse producido algún tipo de deflagración. Alrededor de esa pequeña hondonada hay arbustos chamuscados y un sinfín de piezas metálicas, como si hubiera caído una granada de metralla. Busca desesperado con la vista, y ve con un alivio inmenso que la caseta de la regla de medir está intacta, indiferente al desorden que la rodea. Parece ser lo único que se ha

mantenido en pie. Dos tiendas de campaña están ardiendo y unos hombres se afanan en apagar el fuego. Las mulas del destacamento relinchan desbocadas. Tres o cuatro soldados corren de un lado para otro sin que dé la impresión de que sepan muy bien hacia dónde tienen que ir ni lo que hacer.

Y en medio de todo, Eliseo. Con la ropa hecha jirones. Sin gorra. El rostro ennegrecido y las cejas chamuscadas. Triunfante. Enarbolando su maldita sonrisa. Enfrente de ellos, tranquilo y confiado, como si fuera el anfitrión de una cena de gala.

—Buenas noches, señores. Hemos estado un poco entretenidos por aquí.

El atribulado pelotón ve entonces lo que ha pasado y el modo en el que este hombre ha salvado la campaña topográfica. Al ver acercarse la tormenta y su aparato eléctrico, convenció a los soldados de guardia que quedaban en el campamento para fabricar un ingenio que preservara las valiosas instalaciones, defendiéndola de los rayos que descargaban por doquier. Juntaron todos los elementos de metal que pudieron reunir, útiles de cocina, herramientas, también la fusilería del pequeño e inútil arsenal que los acompañaba, junto a toda su munición. Erigieron una endeble y provisional pirámide con todo eso. Les llevó media hora de trabajo frenético. Justo a tiempo, terminaron. Cuando aún la estaban completando, un rayo cayó más cerca aún. Supieron que el siguiente caería encima de ellos. Notaron cómo la inestabilidad ambiental electrizaba la pirámide, haciendo refulgir el metal igual que si estuviera cobrando vida propia. No les dio tiempo a nada, solamente a apartarse a la carrera todo lo posible. Más que caer del cielo, pareció como si el montículo de acero y hierro hubiese generado un rayo por sí mismo. No pudieron hacer otra cosa sino cubrirse y sentir cómo estallaba la munición, por suerte no demasiado abundante, en una deflagración violenta que les tumbó en el suelo. La argucia salvó a la caseta de la regla de medir, ya que el rayo que le estaba destinado fue atraído por la improvisada pirámide metálica.

Todavía estaban evaluando los daños cuando llegaron el coronel, Marcelo y la tropa de escolta.

La cara sudorosa del coronel está iluminada por el fulgor rojo de los rescollos del fuego que aún tarda en ser extinguido. Sus rasgos expresan la tensión

vivida en la loca carrera y el estupor de ver cómo el trabajo de años ha estado a punto de irse al traste. Todos le miran, expectantes ante el veredicto de los sucesos acaecidos. Con una voz que suena un poco menos potente y autoritaria que lo que esperarían, se le oye enviar el mismo mensaje que hace unas horas, al mismo destinatario.

Mañana a las nueve de la mañana en mi tienda de campaña.

Por segunda vez en dos días, Marcelo espera a la puerta de la tienda del coronel. Otra vez los nervios, la incertidumbre que le atenaza todo el cuerpo desde el cuello hasta la punta de los pies. La espera es más larga que la anterior. Quizá la incógnita es más grande, ya que no sabe todavía cómo habrá evaluado el coronel las libertades que se tomó para resolver la situación. Aunque está claro que el resultado ha sido bueno, no las tiene todas consigo. Hizo burla unas horas antes a un mando superior, lo cual es una falta muy grave. Encima, con público. La defensa de la emergencia con la tormenta eléctrica llegó a buen puerto, pero también es verdad que la solución le podría haber costado la vida a alguien. Por no hablar de las armas y demás elementos metálicos totalmente destrozados por la explosión. En fin, Eliseo en estado puro. Maldice de nuevo. La estupidez de su amigo, la fanfarronería y la chulería endémica que le pierden tantas veces. Es posible que le lleven, esta vez sí, a la defenestración total.

Por fin sale. Como si lo sacaran a hombros de una plaza de toros. Le ve ufano, triunfante. Tranquilo. Otra vez sonriendo.

—Bueno ¿qué?

—Pues nada. Una charla agradable con el coronel. Es un gran hombre. Un sabio. Además, es un incomprendido, aquí, en esta España pacata y perezosa. Debería ser inglés.

—Déjate de juicios por favor, que ya hemos tenido bastantes. Dime, ¿qué te ha dicho?

El rescate de ayer ha tenido consecuencias. Positivas. Digamos que he sido el único hombre sobre la faz de la Tierra al que un rayo le ha solucionado un problema.

Marcelo respira por vez primera desde que Eliseo salió de la tienda de campaña del coronel.

—Pero sí que es cierto que me voy. Estoy destinado a otro continente.

Marcelo traga saliva. Con dificultad.

—¿A... a dónde vas?

—¡A África! Estaré cerca de las investigaciones de los ingleses. Igual, si tengo suerte, hasta podría conocer a Don Livinstón. Es un suponer. Lo que me ha ordenado el coronel es que coordine la observación de la unión geodésica entre continentes. Lo haremos los dos. Tú y yo.

—¿Tú y yo?

—Tú estarás en el Mulhacén, en lo alto de Sierra Nevada. Yo en las cumbres rifeñas de Marruecos.

La sombra que había nublado el rostro de Marcelo, cuando se lo imaginó en medio de una malariosa selva poblada de enemigos alados, reptantes, bípedos y cuadrúpedos, aunque su compañero ni siquiera la había atisbado, está ahora disipada.

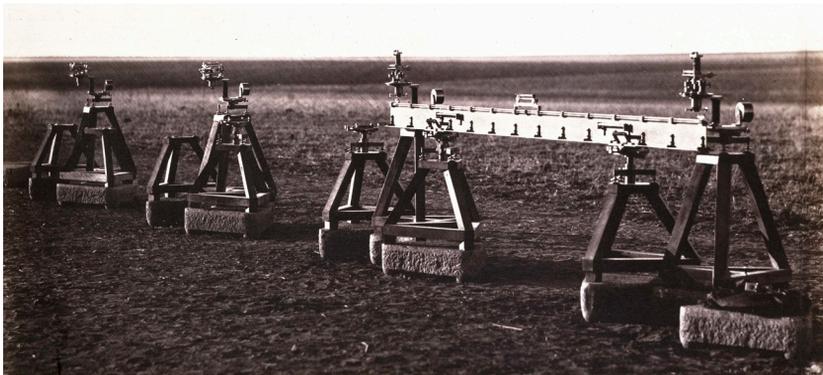


Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

—Entonces... nos veremos.

—Sí, amigo, nos veremos.

Ahora Marcelo ve por fin esa sonrisa. Distinta a la brillante y luminosa que regala a todo el mundo. La que es solo para él. Esa que encierra secretos y amargura detrás de sus dientes perfectos. La que le permite zambullirse en sus ojos cálidos, entendiéndose los dos sin palabras, desde hace tanto tiempo.

—Aunque en la distancia, allí estaré.

No me importa, piensa. No me importa la distancia. Si nos une una visual, sabré donde estás. Me da igual que tengamos un mar entre medias. Te veré cuando mire desde la cumbre de mi montaña. Y tú me verás a mí. Con eso, me vale. Estarás allí. Al otro lado.

Jerez y Bisontes

Alberto Loranca Gonzalo

Relato ganador del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2022»

Jerez y Bisontes

Alberto Loranca Gonzalo

El convoy férreo que ha de hacer el trayecto de ida de la línea Madrid – León cabalga por la inmensa llanura castellana levantando a su lento, pero decidido, paso el polvo de una meseta que, a lomos de sus labradores, va remontando una posguerra dura como la tierra que les ha tocado escardar. En el vagón número ocho, a la cola del tren, sudan el verano de Castilla dos jóvenes, inmaculadamente vestidos con traje y corbata arremangada para minimizar el sofoco, recién incorporados al Cuerpo de Topógrafos, a los que el Instituto Geográfico Nacional les ha mandado completar una nueva hoja del Mapa Topográfico Nacional.

—¡Anda que nos mandan a hacer la hoja de Tomelloso! ¡No tenían sitio más escondido en toda España!

—Hemos pagado la novatada, Chema. A alguien le tenía que tocar. Aquí estamos para servir a la patria —hace una pausa para encender un cigarro y, con el Bisonte ya encendido apoyado en la comisura derecha, añade— y para llenar el bolsillo de duros, que la nueva boca que trae Milagros dentro de ella no se alimentará sola.

José María del Campo Ruiz de Iniesta —Chema— y Gabriel María Díez de Pimentel y Villaflores —Gabi— afrontan el viaje que comenzó en la madrileña estación de Chamartín y les hará llegar a la capital del vetusto reino de Sancho I el Craso. Allí habrán de pasar noche para, a la mañana siguiente, coger un coche de línea que les lleve hasta Fabero, donde volverán a pernoctar, hasta llegar, proveyéndoles Dios, a Peranzanes, donde una lejana pariente del

primero les ha prometido hospedaje y cuchara mientras topografían la zona que quedará reflejada en una nueva hoja del ya mencionado mapa.

Ambos terminaron los estudios medios poco después de terminar la guerra y se matricularon en Topografía, escuela en la que se conocieron y entablaron su amistad. Ambos pertenecen a familias que, sin ser excesivamente pudientes, disfrutan de cierta comodidad al calor del régimen. El padre de Chema fue camisa vieja de Falange y una camaradería que rayó la amistad con Serrano Súñer le auspició un puesto en el ministerio de Asuntos Exteriores. Gabi es de ascendencia andaluza, lugar donde su familia tiene tierras, pero su padre decidió que el chaval se trasladara a Madrid para hacerse unos estudios y tener así menos problemas en decidir quién cogía las riendas del cortijo: si su hermano o él.

Con un equipaje cuyos peso y volumen son propicios para ser cargados por una mula, cuando no por un carro, Gabi y Chema arriban a la estación del Norte leonesa entre las luces de unas farolas que atemperan el tórrido día veraniego que los dos viajeros han tenido que padecer. Al día siguiente, con la fresca y según lo previsto, cogieron el autobús a Fabero, con una comodidad que hizo parecer que el ferrocarril de Renfe era una alfombra mágica que volaba sobre la estepa norcastellana. Un día prácticamente les llevó llegar desde la capital de la provincia al pueblo destino parcial, ciento cuarenta kilómetros con la amortiguación a prueba de bombas contemplando la eclíptica sobre el estival paisaje berciano. Una nueva pensión en Fabero, esta vez con manta para dormir. Allí apalabrarón con un paisano que se refrescaba en la taberna adjunta subir hasta Peranzanes en la caja de un camión con el que tendría que hacer un reparto de todo tipo de hortalizas. Llegada para después de comer y búsqueda de la casa de la tía Nicasia, prima del abuelo paterno de Chema, que los recibe con un plato de una interpretación libre de *la Nicasia* del cocido maragato.

En el rincón noroccidental de la región de León, a los pies de las cumbres más altas de la Cordillera Cantábrica, dos jóvenes topógrafos encienden la lámpara de aceite que *la tía Nicasia* les ha dejado para descansar de tres días de viaje en los que se bien se podrían haber plantado en Tokio, pero lo han hecho en un pueblo de la España profunda adonde todavía no ha llegado el alumbrado público eléctrico. Chema se hunde en el colchón de lana que su pariente le ha

proporcionado con la sensación de haber viajado tres días hacia delante que, en realidad, ha sido un siglo hacia atrás en el tiempo. Gabi se enciende un *Bisontes* con la llama del candil y, mientras mira las estrellas, que dibujan el contorno de las montañas asturleoneras, piensa en su Milagros, en cómo tendrá ya la tripa para cuando vuelva de su misión en el norte de España.

Durante varios días del mes de julio los ingenieros, mira estadimétrica, teodolito y libreta, fueron cartografiando, poco a poco, todas las recónditas parcelas de la zona que se les había encargado. El clima de alta montaña había mitigado los calores del viaje y, con la buena atención de la Nicasia, el aire puro que respiraban y los paisajes magníficos que vislumbraban, casi podían afirmar que disfrutaban de la encomienda. Hubo un día, el primero de agosto, en que el calor se dejó sentir incluso en tan altos parajes. Aquel día les tocó adentrarse en la sierra hasta uno de los valles más alejados de cualquier población que pudiera haber cerca. Se llevaron la fiambarrera con una tortilla de patata que les había preparado su casera y un botijo bien lleno que les quitara el reseco. Mientras Chema sujetaba la estadía en los puntos previamente pactados y Gabi apuntaba con el teodolito realizando medidas, apuntándolas en la libreta correspondiente y triangulando, unos negros nubarrones empezaron a asomar por encima de las altas, cuasigigantescas cumbres que envolvían a los dos trabajadores. En cuestión de pocos minutos, podría decirse que poco más de media hora, la luminosidad sobre la zona había decrecido hasta casi parecer un anochecer. Gabi y Chema cesaron su labor topográfica y se reunieron, entre los matojos de jara y espliego, para decidir qué hacer.

—No me jodas, Gabi, hoy que estamos a tomar por culo de todo el mundo.

—Pues hay que empezar a desandar el camino porque esto está empezando a ponerse muy negro.

Para aligerar carga, decidieron dejar la mira estadimétrica, el botijo y el trípode en un punto en concreto y volver a por ellos al día siguiente. El teodolito lo vieron demasiado valioso para dejarlo abandonado en el campo y lo cargaron como buenamente pudieron mientras aceleraban el paso entre los matojos de una escarpada ladera que delimitaba una montaña adonde no se accedía por ningún camino —los caminos, la más mínima senda eran un síntoma de civilización que en esos lares parecía impensable—. Corrieron todo lo

que pudieron, pero más lo hizo el trueno que precedió a unas primeras gotas gordas y fuertes que empezaron a caer sobre sus cabezas. Las gotas cada vez se hicieron más frecuentes y menos separadas y, en escasos minutos, estaba cayendo sobre sus cuerpos un chaparrón «noélico». Sin embargo, un golpe de vista en rededor, hizo que la fortuna sonriera a los dos topógrafos: un cobertizo de pizarra se vislumbraba a escasos cien metros de su posición.

—¡¡Gabi, corre, allí!!

Corrieron todo lo que supieron hasta llegar al cobertizo de pizarra, escondido, por esos caprichos del destino, en medio de la más absoluta nada arquitectónica. Calados como sopas, encantados de la suerte que habían tenido y jadeantes, manipularon un humilde picaporte que abría una puerta de madera hasta el interior de lo que en Guadalajara llaman taina. Sin embargo, en la penumbra de su interior, de repente, un frío tubo de acero se posó sobre la sien derecha de Chema, el primero que pasó, nada más adentrarse en él.

—¡Ni un paso más o disparo!

Chema levantó las manos en un gesto casi reflejo y Gabi dio un paso atrás hasta que el empuñador del arma se percató de que eran dos y, tras retroceder apenas un metro, apuntó a este último, quien reaccionó pidiendo calma. Tanto uno como otro habían vivido la guerra de adolescentes, en la retaguardia y en el bando vencedor, por lo que estaban poco acostumbrados a la violencia. Lo más que habían visto era a algún municipal en Madrid salir en persecución de algún ratero. Una vez vieron llevarse a un comunista de la escuela, que apenas opuso resistencia. Por lo demás, todos los rifles que habían visto en su vida los habían portado John Wayne o Humprey Bogart.

—No dispare, somos topógrafos del Instituto Geográfico Nacional. Únicamente estamos haciendo labores de cartografía civil. Hemos entrado aquí para resguardarnos de la lluvia. No pretendemos hacerle ningún daño.

El pistolero mantuvo la escopeta en posición de disparo, pero la petición de calma parecía haber tenido efecto.

—¿Qué pretendéis? ¿Cómo os llamáis?

—Somos José María y Gabriel. Únicamente deseamos pasar aquí la tormenta. Si gustas, tenemos tortilla de patata —dijo Gabi mientras echaba mano a la fiambra que colgaba de un cordel echado al hombro y levantaba levemente la tapa que la cerraba.

El olor embriagó el olfato del inquilino del cobertizo, quien, casi como hechizado, bajó por primera vez el cañón del arma, aunque sin quitar el dedo del gatillo. Titubeando, obligó a los dos topógrafos a dejar en el suelo todo lo que trajeran con ellos. Tras ello, los cacheó y solo encontró una libreta con cientos de anotaciones a las que apenas prestó interés, un paquete de *Bisontes* a medio consumir que requisó al instante, una estampa de la Virgen del Rocío que arrojó al fuego tras hacer una mueca burlona y una petaca rellena de jerez con la que Gabi finalizaba las jornadas topográficas. La petaca también fue requisada.

Los ojos de Chema y Gabi se fueron acostumbrando a la tenebrosidad del lugar. La construcción era mínima, de apenas una decena de metros cuadrados. Construida en pizarra, tenía la altura justa para albergar a una persona de pie siempre que no fuera demasiado alta. El suelo era de tierra y, en uno de los rincones, había un montón de paja que hacía las veces de camastro del inquilino. En otro rincón había un fuego bajo que había sido avivado cuando el misterioso propietario se había ido calmando. Sobre él, unas trébedes y encima, un caldero con agua y algunas hortalizas que no sabían identificar muy bien. En una de las paredes pendía un conejo desollado, una ristra de ajos, una horca y un azadón, por lo que intuyeron que el habitante del cobertizo poseía un huerto. Y, por último, una gorra de miliciano que colgaba de un clavo, quizás como única decoración del chamizo. Nada más verla, se produjo un sobresalto en las facciones de Chema, que se empezó a imaginar el pasado de aquella persona. Decidió que, si querían salir de aquella, deberían ser capaces de ganarse la confianza de aquella extraña persona con la que el destino les había cruzado.

—Come de nuestra tortilla, seguro que te gustará —de la tartera de su compañero sacó una navaja con la que cortó la tortilla en dirección radial, ofreciendo uno de los cachos al dueño del rifle y del cobertizo. Éste

lo depositó en un cuenco de barro que cogió de una mesita que había adjunta. Chema le ofreció un tenedor.

Tras unos segundos de degustación, cerró los ojos y todos los sinsabores que no se sabía desde cuándo había tenido que padecer se le fueron en un segundo. Con ansia, volvió a meter el tenedor en esa mezcrolanza de huevo, patata y cebolla y volvió a ingerirla. Al tragar el segundo cacho tomó la palabra:

—Está cojonuda.

Echó un trago al vino de jerez de la petaca de Gabi. El jerez no estaba muy caliente por lo que le vino, de nuevo, un vendaval de sabores a los que no estaba acostumbrado, el del etanol incluido. Tras ello, ofreció dos cuencos más a sus compañeros de fogata y se pusieron a comer juntos. Chema comenzó a sacar temas de conversación: primero, la tormenta; luego, el fútbol. Resulta que aquel hombre era del Atlético de Madrid y, aunque Chema era del Real Madrid y Gabi, del Betis, uno de ellos se hizo pasar también por colchonero mientras recordaban jugadores de antes de la guerra y le describían cómo era ahora el Metropolitano y que empezaban a circular voces por Madrid de que quizás era necesario cambiarse de estadio hacia otro más moderno en las afueras de la ciudad.

La tormenta amainó y se convirtió en un leve gotear sin cese pero sin aceleración. Sin embargo, la tarde se había consumido casi por completo y, con el cielo cubierto que aún permanecía sobre las cabezas de los allí vivientes, parecía prácticamente de noche. El dueño del cobertizo se asomó a la puerta y echó una ojeada a su alrededor. Tras ello, se reincorporó al asiento junto al fuego, comentó que se había hecho tarde e invitó a Chema y a Gabi a pasar la noche allí con él. Hacía años que no mantenía contacto con ningún ser de su misma especie, ni muchísimo menos, disfrutaba de una conversación.

Rompió todos los diques de contención y se presentó: se llamaba Olegario Ruiz Expósito. Huérfano de padre desde niño, había combatido con el bando republicano durante la guerra, pero cuando acabó no se había ni rendido ni exiliado. Él y otros compañeros se habían echado al monte y habían seguido combatiendo como maquis. Así estuvieron hasta 1946, cuando, en una redada, cayeron, muertos o apresados, todos sus compañeros menos él. Se vio

entonces en la vicisitud de entregarse y someterse a un consejo de guerra o esconderse. Ellos habían estado combatiendo en la Cordillera Cantábrica, por lo que la frontera francesa le parecía demasiado lejos. Tenía uno de sus compañeros maquis un cobertizo en medio del monte en donde se resguardaba cuando, antes de coger las armas, cuidaba su rebaño de cabras. En muchas ocasiones se lo había presentado y le había comentado que dentro guardaba algunas mínimas herramientas y una minúscula vajilla artesana. Así que anduvo por los montes asturleonés hasta llegar al cobertizo y hacerlo su hogar. En incursiones a los pueblos de alrededor, robó las herramientas que le faltaban y plantas para poderse hacer un huerto. Sin embargo, hacía ya tiempo que no robaba nada porque en una de aquéllas, a punto estuvo de sorprenderlo la Guardia Civil, por lo que guardaba la simiente de un año a otro para poder tener su huerto a punto todos los años. Las municiones del rifle se le agotaron a los pocos meses, por lo que tuvo que aprender a cazar mediante trampas, con las que atrapaba las proteínas animales que necesitaba. El agua lo cogía de un arroyo cercano. Vivía alejado de cualquier contacto humano, como un eremita, en una pequeña isla que se había construido él en medio de una montaña. Tuvo que vivir en la prehistoria para no hacerlo en el franquismo.

La historia estremeció a los dos topógrafos a la luz de la hoguera, a la cual dirigían los tres la mirada. Cuando se acabaron los temas de conversación y el jerez, se acostaron. Olegario retiró dos brazadas de paja en las que se recostaron sus huéspedes. Cuando, por los ronquidos, dedujeron que se había quedado dormido, Gabi inició una conversación entre susurros con Chema:

—Estamos durmiendo en la casa de un rojo.

—Ya, macho. Me ha dejado impresionado su historia.

—Cuando salgamos de aquí ¿qué diremos?, ¿tendremos que denunciarlo?

—¡No me jodas, tío! ¿A quién hace mal este hombre? Te aseguro que, si algún día caemos presa de Moscú, no será por este pobre hombre.

—Tiene pinta de buena persona.

—Tiene pinta. Lo que me ha sorprendido es que no sabe si su madre está viva o no. Vive aislado hasta ese punto.

Los dos topógrafos se quedaron dormidos. A la mañana siguiente, con las primeras luces de la mañana, se despertaron y se despidieron entre fuertes abrazos. Prometieron mantener su ubicación en secreto e intentar hacerse con una pista de su madre.

—No le digáis que estoy aquí, decidle que me habéis conocido en Inglaterra y que no me deja el gobierno enviarles cartas.

Chema y Gabi prosiguieron su actividad cartográfica durante tres semanas más por la sierra del norte de León. Al abandonar el lugar, dejaron en una zona cercana a donde solía cazar Olegario una caja con todos los víveres que pudieron reunir, una botella de jerez y un paquete de *Bisontes*.

Lograron contactar con su madre, muy achacosa por el paso de los años y de la vida. Le entregaron la gorra de miliciano de su hijo, le dijeron que se encontraba viviendo en un buen barrio de Londres y que, tan pronto pudiera, la visitaría. Consiguieron una foto de la madre dedicada a su hijo. Al verano siguiente se propusieron volver a ver a Olegario. Hicieron el mismo viaje durante el periodo de vacaciones al que se habían ganado derecho. Fueron a casa de *la tía Nicasia*, se adentraron en aquella ladera perdida de la Mano de Dios y visualizaron el cobertizo. Picaron a la puerta. No obtuvieron respuesta. Entraron y no vieron a nadie. El rifle no estaba y el fuego estaba apagado. El huerto estaba sembrado y las judías crecían entre las varas que alguien había dispuesto para ello. Esperaron unas cuantas horas sin ver nada más que algún animal saltando por entre las piedras de las cumbres. Repitieron el mismo proceso durante un par de días más. Nunca más volvieron a saber de Olegario. Intentaron informarse si quizás le habían detenido, pero no obtuvieron información. Nunca más supieron de aquel hombre. En un tercer viaje al cobertizo algunos meses después, ya en el otoño, observaron cómo el huerto se había echado a perder sin que nadie hubiera recogido sus frutos. Fue entonces cuando Chema y Gabi dejaron la foto de la madre de Olegario encima de la mesita, junto a un paquete de *Bisontes* y una botella de jerez, cerraron la puerta, se abrazaron y se fueron.

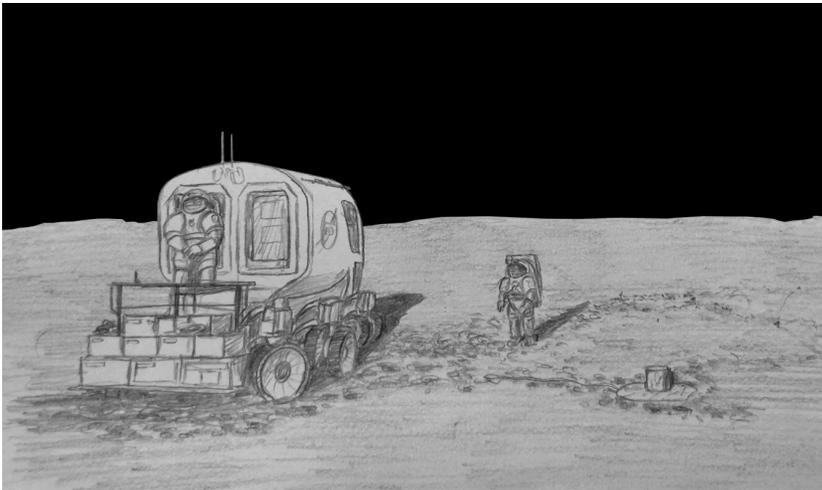
Refugio lunar

Héctor Vives Arias

Refugio lunar

Héctor Vives Arias

Hasta donde alcanzaba la vista se extendía un paisaje gris, ligeramente ondulado y cubierto de piedras y pequeñas rocas, en cuyas alargadas sombras reinaba una oscuridad mucho más profunda de lo que se esperaría estando el Sol sobre el horizonte. El cielo, casi completamente negro, no ofrecía luz dispersa salvo la reflejada por el orbe azulado, en fase gibosa, que pendía inmóvil sobre esta magnífica desolación.



Astronautas instalando sismómetros y geófonos en la superficie lunar

Pero en esta explanada no se advertía únicamente el resultado de miles de millones de años de procesos geológicos. Una civilización procedente de otro mundo había empezado, literalmente, a dejar sus huellas aquí: rastros paralelos de pequeñas ruedas trazaban recorridos en zigzag a lo largo de kilómetros. Siguiéndolos con la mirada en busca de su origen, hacia el este, bastaba con tapar el Sol unos momentos para ver destellos desde el suelo, procedentes de artefactos con superficies reflectantes. Y a su alrededor, pisadas. Docenas de ellas entre los distintos artefactos, en todas direcciones.

En un entorno así, estas señales de civilización podían permanecer inalteradas durante siglos, como testigos de su paso ante un estado actual incierto. Pero no era el caso aquí. Algo más allá, una figura seguía produciendo huellas, a poca distancia de un vehículo presurizado con seis pares de ruedas, mucho más grande que el que dejó las marcas que nos trajeron a este lugar. En el interior del vehículo se hallaba otra figura, sin traje espacial protector, a la que la primera dirigía su mirada expectante.

Ningún sonido se transmitía en el vacío existente entre ambas, pero el intercambio de señales de radio delataba su interacción. Para escuchar esta comunicación, bastaba sintonizar, de forma relativamente fácil, la frecuencia concreta de las transmisiones. Y en estos momentos, a través de esas ondas se enviaba lo que la figura en el exterior interpretó perfectamente como un suspiro de frustración.

—¿Los dos?

—Sí. No sé qué está pasando, si por cable iban bien. No tiene sentido que ahora tenga tanto ruido si los datos son digitales. Y antrópico no es, ¿no? A ver, salta de nuevo.

La figura en la superficie hizo una pequeña pausa.

—Sam, el fin de todo esto no será dar órdenes absurdas a tu comandante, ¿verdad?

La estática repentina en su auricular, como un resoplido cerca de un micrófono, concordaba con el tono risueño de las siguientes palabras.

—No, lo prometo.

La ocupante del traje espacial suspiró.

—Está bien...

A continuación, con algo de impulso se elevó medio metro sobre la superficie, procurando que al llegar al suelo el impacto de las suelas fuese fuerte, pero sin provocar demasiado rebote. Si el salto era innecesario, por lo menos iba a evitar ofrecer un espectáculo cayéndose de bruces.

—Nada, apenas cambia. Con los del tubo de lava anterior no pasaba.

La comandante miró a los artefactos cercanos. Un par de sismógrafos y una red de geófonos recién instalados sobre el terreno, para monitorizar la enorme oquedad que se extendía bajo sus pies tras decenas de metros de roca y regolito. Miles de millones de años antes, cuando el enorme mar de basalto en el que se encontraban aún estaba caliente, gigantescas coladas de lava circulaban por la zona, con la superficie solidificándose en el vacío del espacio e inflándose en la baja gravedad ante la presión del interior, que permanecía a alta temperatura gracias a esa cubierta. Más tarde, al cesar los flujos volcánicos, la lava dejó tras de sí conductos vacíos de varios cientos de metros de anchura. Cavidades que revelaban su presencia a la vista solo cuando parte de su techo cedía formando un tragaluz, o una sección entera se derrumbaba por completo dando lugar a las aberturas ovaladas que en Lanzarote llaman jameos.

Esta civilización recién llegada se planteaba actualmente usar dichas cavidades como lugares donde establecer asentamientos futuros, protegidos de radiación y micrometeoritos por los metros de roca de sus techos, y aprovechando la estabilidad térmica que la lenta rotación lunar y su falta de atmósfera no concedían a la superficie. Y antes de establecerse en ellos, podrían aportar información importante sobre la formación de ese mundo preservada frente a los impactos que remueven la superficie. E incluso usarse como refugios de emergencia en latitudes medias, almacenando provisiones e incluso estructuras habitables inflables, que en ese entorno más benigno serían mucho más resistentes. Pero para llevar todo ello a cabo había que encontrarlos. Caracterizarlos. Y para eso estaban aquí.

Unas tres décadas antes empezaron a descubrirse estas cuevas desde la órbita mediante fotografías de sus aperturas y derrumbes, tanto en la Luna como en Marte, y sus posibilidades entraron en la imaginación colectiva. Pero el caso de este satélite era especial. La baja gravedad lunar favorece la preservación de tubos de lava durante más tiempo que en el planeta rojo o en la Tierra, y de tamaños mucho más grandes. Pero a cambio, esta menor cantidad de derrumbes proporciona menos aberturas por las que entrar. En muchas ocasiones, la mayor parte de su recorrido se encuentra bajo decenas de metros de roca, si es que el tubo de lava entero no es totalmente inaccesible. Así que se usaron otras técnicas como los pulsos de radar, que los delataban por el segundo eco que estas grutas añadían a la reflexión normal de las ondas en la superficie. El estudio detallado del campo gravitacional lunar, conocido como gravimetría, también revelaba su presencia como una ausencia de masa a lo largo de su recorrido con respecto a los alrededores.

Y no todo se hacía desde el espacio. Antes de llegar en persona, pequeños rovers no tripulados se habían estado encargando de determinar los límites de cada cueva de forma mucho más precisa, con sus gravímetros individuales y radares de penetración, aprovechando incluso las reflexiones subterráneas de ondas de radio procedentes del Sol, de Júpiter y del campo magnético de la Tierra.

El siguiente paso de cara a establecer asentamientos en un futuro consistía en estudiar la estabilidad a más largo plazo de las cavernas en torno a aberturas prometedoras, y era aquí donde empezaban a intervenir astronautas de carne y hueso. Ya con una incipiente infraestructura de exploración, con la estación espacial Gateway en órbita y una base permanente en el cráter Shackleton, uno de cuyos bordes está sobre el polo sur, se hacía más eficiente mandar humanos a instalar las redes de geófonos, que informarían de crujidos, derrumbes o caídas de cascotes en el interior del tubo, y sismómetros que recogerían las ondas sísmicas que pudieran haberlos provocado. Ante cualquier eventualidad en la instalación y puesta a punto, podrían inspeccionar los instrumentos en detalle y hacer las reparaciones necesarias antes de partir al siguiente tubo o tramo de interés. Como, al parecer, iba a ocurrir con estos.

Mientras la comandante pensaba en todo ello e informaba del percance al centro de control en la Tierra, que recibiría sus palabras con un retardo de casi

un segundo y medio, la persona en el interior del vehículo se ponía manos a la obra continuando con el diagnóstico. Para descartar algún problema local, procedió a acceder a los datos de los sismómetros instalados en la parada anterior y así comparar mediciones. Ocultos bajo el horizonte tan cercano, la comunicación con ellos era posible por los satélites que las diversas agencias espaciales habían situado en órbita lunar desde hacía años, mejorando mucho la cobertura y velocidad de las transmisiones en la exploración de este cuerpo celeste.

La primera reacción al abrir las lecturas fue fruncir el ceño, pues el nivel de ruido estaba en valores muy similares a los obtenidos aquí. ¿Se había equivocado al escribir los comandos? No, los encabezados eran correctos. De hecho, con estos otros sismómetros se podían examinar instantes anteriores, también...

—Oh.

—¿Oh?

—Gab, no estábamos midiendo ruido. Es señal.

—¿Cómo que señal?

—Estamos en un terremoto. Desde hace casi cinco minutos.

En la Luna, la energía sísmica reverbera durante mucho tiempo, produciendo señales por cada seísmo que pueden llegar a horas de duración.

—Empezaría justo cuando entraba yo aquí, mientras desconectabas los cables, y no nos dimos cuenta.—Trató de quedarse inmóvil para intentar sentirlo. ¿Tal vez sí? ¿O era la vibración de los ventiladores?—Debió ser cerca, con esa amplitud...

Una voz con algo de estática interrumpió la frase aportando información extra.

—Confirmamos. Evento sísmico registrado en otros puntos. Detectado también en Shackleton, hace ahora cinco minutos.

Casi un minuto más tarde que aquí. La ocupante del vehículo habló ignorando por un momento la voz del control de misión. Los valores numéricos y datos que les describían salían en pantalla a la vez en formato texto para no perder información, y el silencio de Tierra para escuchar sus palabras no les llegaría hasta tres segundos más tarde de todos modos.

—¿Shacklet...? ¿Fue a distancia parecida de ambos sitios?

Especialista en geología y geofísica, su mente trabajaba a la misma velocidad que la gente de Shackleton y Control para tratar de esclarecer este asunto, pasando de unos datos a otros conforme aparecían en su pantalla. Resultó que, tras las ondas P iniciales, cuando levantó la mirada se había perdido la llegada de las ondas secundarias. Casi cinco minutos de diferencia significaba entre dos mil y tres mil kilómetros a través del manto, y con un valor parecido en los datos de la base al sur y detecciones tan próximas en el tiempo...

—Cara oculta.

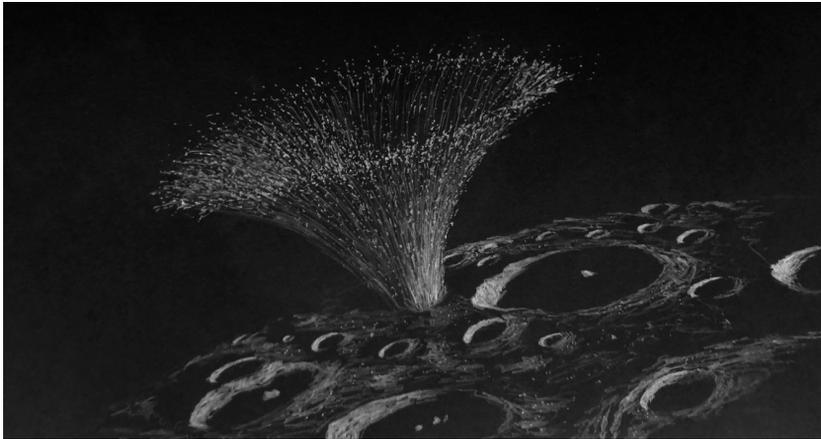
Las implicaciones le aceleraron el corazón.

—¡Gab, sube! ¡Sube!

Pese a las bromas ocasionales, el tono de esa orden a su comandante indicaba que el asunto era serio. Así que enseguida obedeció, agarrándose a un soporte y ascendiendo de un salto a la parte trasera del vehículo, junto al lugar en el que el traje vacío de la ocupante se acoplaba al chasis por la espalda, mientras la voz de Control confirmaba los peores temores.

—Localización estimada a veinte grados norte, ciento setenta este. Magnitud siete. Posible impacto de asteroide. Estimaciones de tiempos de llegada en breve. A la espera de confirmación visual.

Mientras Gab mantenía la compostura confirmando la recepción del mensaje, a Sam se le erizó el pelo en la nuca mientras contemplaba de nuevo el terreno, repleto de marcas de pequeños impactos acumulados durante siglos. Incluso al resguardo del vehículo, la sensación de exposición y vulnerabilidad daba escalofríos. Enseguida empezó a rebuscar entre sus archivos, cambiando los sismogramas de su pantalla por varios mapas, y puso en marcha el motor.



Cono de eyecta de impacto de meteorito en la cara oculta de la Luna

Cuando Control volvió a contactar, el nerviosismo bajo la capa de profesionalidad era palpable en el tono de su voz.

—Inicio de la llegada de posible eyecta en veinte minutos, desde el noreste. Ondas superficiales en menos de cuarenta minutos.

La siguiente orden de la comandante era la única conclusión lógica.

—Chris, no nos esperéis. Despegad lo antes posible.

El establecimiento de la primera base lunar en el borde del cráter Shackleton, en el mismo polo sur, no estaba exento de ironías. Su interior en permanente oscuridad era una fuente de hielo del que extraer agua, oxígeno e hidrógeno, tanto para mantener la vida de astronautas como propulsar naves espaciales, y sus cumbres con acceso casi constante a la luz del Sol proveían de energía en abundancia. Sin embargo, se encontraba rodeado del escarpado terreno de las tierras altas lunares, repletas de cráteres de todos los tamaños y difíciles de atravesar durante miles de kilómetros. Los tubos de lava, en cambio, se encontraban en el fondo de grandes cráteres cuyo terreno estuvo fundido tras su formación, con empinados bordes de kilómetros de altura, y en

las zonas periféricas de los *maria*, las enormes extensiones llanas de basalto más oscuro que se distinguen a simple vista desde la Tierra. Los tubos de lava encontrados más cerca de Shackleton se encontraban en un cráter a casi mil kilómetros de distancia, y los *maria* estaban mucho más lejos aún.

De modo que las misiones de exploración de tubos de lava se habían dirigido a latitudes altas del hemisferio norte, donde los *maria* llegaban más cerca del polo, con la esperanza de encontrar una combinación similar de recursos sumada al refugio ofrecido por estos túneles. La consecuencia era que este tipo de misión se realizaba igual que antes de existir la base lunar, con el apoyo de una nave de descenso y vehículos presurizados con autonomía suficiente para varios días, que tras explorar las regiones asignadas e instalar la instrumentación requerida volverían con la tripulación para abandonar la superficie. Pero no en veinte minutos.

El vehículo empezó a moverse.

—No da tiempo, Sam.

—Da tiempo a refugiarse. Nuestra misión es específicamente caracterizar refugios.

La comandante giró el cuerpo para mirar la oscura oquedad situada a varios cientos de metros de los geófonos. La entrada al futuro asentamiento si este tubo acababa siendo el más prometedor. De cuarenta metros de diámetro, sus bordes eran prácticamente verticales hasta desaparecer en el interior, y la única forma de bajar sería descolgarse con arneses hasta el montículo que el material derruido habría formado en el fondo, mucho más abajo. Para establecerse allí se usarían grúas, como ya hicieron sondas no tripuladas en tubos mejor explorados, y mucho más personal. No dos astronautas con el equipo que tenían ahora.

—Antes de que saques el tema, ya sé que tienes bastante experiencia en tubos de lava en Hawaii...

—Y en Lanzarote, Islandia, Japón...

—... pero intentar bajar aquí es imposible. ¿Cuánto es el descenso, cien metros? Y abandonar el vehículo nos hará morir de asfixia antes de que acabe la lluvia de fragmentos. No hay garantía de poder volver a subir, ni de que puedan rescatar...

—¿Eh? ¡No, el tragaluz no! ¿Recuerdas el otro derrumbe de este tubo en la zona? ¿El que tanto insistí en incluir, pero al final no consideraron prioritario? El tiempo viene algo justo, pero podemos llegar. Tiene hasta rampa de entrada, y al menos habrá más cobertura que en el resto de esta planicie. Entra y mira las fotos.

Lo cierto era que la geóloga había luchado por la inclusión de bastantes más aberturas en la campaña de monitorización, en varios de los tubos y no solo este, con detallados argumentos sobre la idoneidad de cada uno. Costaba recordar tras tantos meses cuál era cuál, pero la comandante confiaba en la competencia de su especialista. Con el vehículo en movimiento, trató de acoplar la espalda de su traje al puerto del chasis para pasar al interior.

—¡Aminora un momento!

Mientras aseguraba los anclajes, se preguntó si la gente que inventó este sistema se llevó algún premio por ello. Sin tener que pasar por una exclusiva de presión, se ahorra tal cantidad de tiempo que si lograban superar la situación probablemente le deberían la vida, y la mayoría del polvo lunar, abrasivo y perjudicial para los pulmones, permanecía fuera. El vehículo siempre podía despresurizarse para entrar de modo más convencional en caso de emergencia, pero si todo iba bien permitía pasar en poco tiempo desde la superficie exterior a un entorno de mangas de camisa en el que se podían manejar los instrumentos y ordenadores sin los aparatosos guantes de la escafandra.

La entrada, sin embargo, no era muy elegante. Y menos si se hacía en marcha y sin ayuda. La geóloga apartó un momento la mirada del terreno para comprobar que todo iba bien, mientras la comandante abría de espaldas la pequeña compuerta y emergía a gatas mientras el vehículo atravesaba varios baches.

—En tu asiento lo tienes —dijo con la atención de nuevo en el exterior, señalando una pantalla táctil con varias fotos de satélite abiertas— También han mandado más datos de la que se nos viene.

La comandante se acercó y se puso a revisar la información.

—Ah. El de la cavidad no concluyente hacia el sur.

—Eso es.

La zona del tubo a la que Sam se dirigía parecía haberse derrumbado desde el norte, formando una pendiente hacia su interior que, en efecto, parecía transitable. El borde sur era irregular y abrupto, lo que sugería que esa sección del techo se mantenía en pie, y la rampa de regolito se adentraba en su interior. Pero en pleno Mare Frigoris, al norte de Serenitatis y a más de cincuenta grados de latitud, la baja altura del Sol sobre el horizonte mantenía en sombra toda esa mitad de la abertura y no podía afirmarse nada con seguridad. Las técnicas de fotogrametría no podían reconstruir ningún relieve si las imágenes desde varios ángulos mostraban total oscuridad, los altímetros láser no habían mapeado esta zona con resolución suficiente, y los reflejos de radar no dejaban claro si el derrumbe había obstruido por completo la entrada o no. Aunque, dentro de lo que cabe, podría haber sido peor. Más al norte había otros tubos de lava, como en el suelo del cráter Philolaus a más de setenta grados norte, por cuyas aberturas no llegaba nunca luz al interior. La temperatura sería allí de solo unos veinticinco Kelvin, prometedora para encontrar hielo de agua preservado dentro, pero no se incluyó en su misión porque habitarlo sería difícil en esas condiciones, y los bordes de kilómetros de altura del cráter eran mucho más escarpados que los de Shackleton.



Derrumbamiento de tubo de lava, o jameo

—Entonces, la idea es adentrarnos en un tubo de lava por una abertura que podría no existir, mientras recibe impactos de meteorito y las ondas superficiales de un terremoto, que son las que más sacudida producen.

Y eso sin saber si la cueva será inestable ante todo ello, porque es precisamente lo que venimos a medir por primera vez.

—Sí, básicamente —sonrió la geóloga—. Míralo por el lado bueno: si estando dentro nos caen piedras del techo lo harán a solo unos metros por segundo, en vez de a más de mil.

La comandante suspiró.

—Sam, hay veces no sé si alegrarme por tu optimismo o si debería preocuparme más.

Una conversación con control de Tierra les confirmó que la idea les parecía aceptable. Aunque tampoco había muchas alternativas, más allá de intentar cubrir los laterales del vehículo con rocas e instrumentación esperando que fuera protección suficiente. Eso sí, tras aceptar su curso de acción les repitieron una lista de recordatorios sobre las prestaciones del vehículo, que más que ser útil daba cuenta del nerviosismo que pasaban allí arriba con este tema. Sí, había que evitar sobrepasar demasiado unos vertiginosos diez kilómetros por hora o podría averiarse o perder estabilidad. Sí, tenían presente no ir por pendientes de más de cuarenta grados.

Sam puso los ojos en blanco ante tanta insistencia, aunque en realidad intentaba no mostrar el alivio que sentía en esos momentos. Lo cierto es que, dada su trayectoria vital, siempre había estado mucho más cómoda bajo la acogedora protección de decenas de metros de roca que expuesta a la inmensidad de un universo hostil, desprovisto de aire y lleno de rayos cósmicos, tormentas solares, y partículas de polvo y roca que circulaban a velocidades muy superiores a una bala promedio. Aunque sus argumentos eran sólidos, si hubiesen percibido falta de objetividad podrían haber decidido que el peligro del descenso no compensaba la protección extra y ordenado que se detuvieran. Gab probablemente habría obedecido.

Los tensos minutos de conducción no dieron lugar a distracciones, no obstante. Un ejército de especialistas en Tierra trabajaba a un ritmo frenético para mandarles datos y previsiones, que Gab iba resumiendo en voz alta y quizá de forma demasiado fría.

—Tras el inicio de la lluvia de fragmentos, tendremos unos diecisiete minutos antes de que lleguen las ondas sísmicas de superficie. Y durante ese tiempo los meteoroides irán llegando con cada vez más inclinación...

—Frunció el ceño pasando de un documento a otro y de vuelta al primero —Cuando lleve casi una hora, las trayectorias serán ya de unos cuarenta y cinco grados así que habrá que estar ya a cubierto, y entonces empezarán a llegar rasantes también desde el otro lado, del suroeste. En menor cantidad, en principio.

—Mucho mejor, dónde va a parar.

—Incluso si no hay entrada al túnel, la pared del sur debería protegernos bastante de la segunda oleada, pero nos expondría a los fragmentos de la primera. Quizá haya un hueco en la esquina sureste...

Sam trató de no pensar mucho en que, con su orientación actual hacia el noreste, si no llegaban a tiempo al derrumbe se enfrentarían a los micrometeoritos directamente de cara, con los grandes paneles transparentes que rodeaban la cabina. Con este vehículo podrían estar desplazándose de lado si quisieran, pero ya costaba suficiente buscar los caminos más llanos y libres de obstáculos como para añadir más complicaciones. Prefirió centrarse en el hecho de que, dada la concentración de cráteres en la cara oculta, tal vez el impacto hubiera ocurrido en una depresión y los fragmentos de trayectoria más rasante, los primeros en llegar, no llegasen muy lejos en una región con tanto relieve. Quizá ganasen uno o dos minutos gracias a las tierras altas que comenzaban no muy lejos de su posición, aunque el horizonte tan cercano hiciera pensar que todo el paisaje lunar era una explanada con suaves ondulaciones y algún que otro cráter. No obstante, pese a que un par de los satélites de observación había logrado fotografiar el cono de eyecta, los datos aún no permitían acotar la posición exacta y habría que prepararse para lo peor. Las imágenes eran espectaculares, pero las habría apreciado mucho más en circunstancias diferentes.

La comandante también se aseguró de saber el estado del resto de tripulaciones en torno a la Luna y si estaban a salvo. Chris y los demás estaban a punto de despegar, y ojalá alcanzasen pronto una altura que les evitase la mayor parte de las partículas. Shackleton también se iba a evacuar, pero solo

parcialmente: los módulos de la base estaban casi todos recubiertos de muros de regolito con un espesor que les protegería, y la maniobra se realizaba principalmente para salvar las valiosas naves de descenso, que quedaban muy expuestas. Por su parte, la estación Gateway estaba de momento casi fuera de riesgo, puesto que tras soltar la nave de descenso que les trajo aquí empezó a alejarse de la Luna en su larga órbita sobre el polo sur, y no volvería a sus proximidades hasta tres o cuatro días después. No obstante, eso hacía que las naves de descenso tuvieran que permanecer en órbitas relativamente bajas y valiéndose por su cuenta hasta entonces, en zona de mayor riesgo.

La que sí se encontraba cerca era la estación china Yuegong, en órbita parecida a la de Gateway pero desfasada unos días, quizá para vigilar las actividades en superficie sin sufrir demasiado espionaje a su vez. Es muy posible que China plantease ayudarse mutuamente, ya que llevaba muchos años teniendo la mano en asuntos espaciales mientras el resto de potencias recelaban de los beneficios que obtendría de dicha colaboración. Pero de todos modos, eran varias las naves que quedarían en órbita, y la Yuegong no podía asistir a todas. Probablemente se acoplarían entre ellas por parejas para ofrecer redundancias y vías de escape a la tripulación si alguna recibía un impacto.

—Estamos llegando.

El anuncio de Sam la sacó de sus pensamientos y discusiones con Control, para fijarse bien en el terreno y en el cronómetro que habían dispuesto para estar alerta.

—Tres minutos. Y todavía falta rodearlo para entrar por el norte...

—Sí, sí. No te preocupes, no pensaba tomar el atajo vertical.

—Sam.

El tono con que dijo su nombre le hizo mirar de reojo a la comandante por un momento, y decidió no hacer más bromas. La expresión de Gab era de profunda preocupación, por algo más que la tensión de la situación inmediata, que tal vez pudiera aliviarse un poco relajando el ambiente. Era algo más visceral.

—Dos minutos.

Un último giro a la derecha situó el vehículo de cara a la rampa de entrada, con el Sol molestando a la vista desde el sureste y una enorme oscuridad en la pared sur. La verdad es que la formación era gigantesca a la vista, especialmente comparada con la monotonía de los tres días anteriores.

Cuando el vehículo se adentró en la pendiente, Sam empezó a extender las ruedas frontales y retraer las traseras para mantener horizontal la cabina, pero a los pocos segundos se inclinó peligrosamente hacia delante cuando parte del regolito cedió.

—¡Ah!

—¡Espacio, espacio!

Si volcaban ahora, tendrían que salir trabajosamente del vehículo e intentar enderezarlo con su propia fuerza muscular. La ligereza del vehículo y la baja gravedad lunar quizá lo hicieran posible, pero comprobarlo requeriría pasar una gran cantidad de tiempo fuera intentándolo. Era lo último que querían en ese momento. Así que tocaba reducir la velocidad y conducir con muchísima más cautela. De modo extremadamente lento.

—Un minuto.

Faltaban más de doscientos metros hasta llegar a la base, y a esa velocidad no estarían a cubierto antes de empezar todo. Pero cada metro de descenso contaba. Cuanto más se adentrasen en aquellas profundidades, más tiempo ganarían.

Forzándose a separar los dientes para no aumentar las molestias en la mandíbula, Sam encendió los faros delanteros del vehículo deseando con todas sus fuerzas que mostrasen vía libre en la sombra, pero aún era demasiado pronto. El Sol se reflejaba en todas las rayaduras de los paneles transparentes, y aumentar el brillo de la cámara frontal al máximo dejaba claro que habría que acercarse más. Cuando el tiempo se les acabó, agradeció que su comandante no informara de ello, aunque se hizo notar igualmente cuando la mirada de

Gab fue alternando entre el camino al frente y la pared rocosa a su derecha. Con vuelo rasante, probablemente los primeros impactos visibles se produjesen en las zonas más altas del suroeste.

O tal vez no.

Un súbito grito ahogado hizo a Gab girarse sobresaltada, pero la luz de los faros y el contraste con la negrura de fondo le evitaron tener que preguntar. Vio el repentino cono de partículas que se extendió hacia la derecha, y la nueva marca en el suelo de la que habían surgido, unos pocos metros al frente.

Sam intentó respirar normalmente, con las palpitaciones por las nubes tras el respingo, mientras se secaba sudor de la frente con la mano izquierda y aumentaba ligeramente la velocidad. Parecía que, si algo impactaba unos cuantos metros a la izquierda del vehículo, no serían alcanzados por solo un fragmento sino por una miríada de ellos. Genial. Perfecto.

La comandante, mientras tanto, evitaba que Sam viera cómo su expresión empeoraba por momentos al ir contando las pequeñas nubes de polvo que aparecían momentáneamente en la pared de vez en cuando. Si no había ordenado abandonar toda precaución sobre la fragilidad del terreno y acelerar al máximo era solo por su férrea fuerza de voluntad.

De repente un sonoro «ping» retumbó en la cabina y Gab dirigió su mirada al interior de inmediato. Levantándose rápidamente de su asiento, comprobó que no había nada visiblemente roto y empezó a moverse de un lado a otro, acercando el oído por recovecos del lado izquierdo buscando siseos que indicaran fugas de aire.

—No oigo nada. Parece que aguantó.

—¿Seguro?

La voz de Sam era quebrada, y más aguda de lo normal. Debía estar casi al borde de un ataque. Gab pensó en sustituirla al volante, pero intentar ahora hacerse desde cero a conducir en este terreno sería perjudicial. La intentó tranquilizar.

—Si hay fisura sería extremadamente pequeña. Y tenemos sellante y reservas. Habrá tiempo de inspeccionar todo bien.

Otro «ping» más débil la hizo callar para prestar atención al oído, mientras renovaba la búsqueda. Tal vez una partícula más pequeña que la anterior, o un golpe en el techo, mucho más rasante.

Sam estaba empapada en sudor, y empezaba a preguntarse si perder todo el aire poco a poco sería mucho peor que recibir un impacto importante y que ocurriese de golpe. Ni siquiera llevaban puestos trajes de presión, porque atrasar aún más su llegada por la torpeza de movimientos aumentaría las probabilidades de que escapase la atmósfera en una perforación, y con eso se acortaría el tiempo que podrían esperar con vida cualquier forma de rescate.

Unos momentos más tarde, se acercaban ya al límite de la sombra. La geóloga, invadida por una tormenta de emociones, echó un vistazo a la Tierra por última vez antes de que quedase oculta tras la roca, sin saber si la volvería a ver.

Ya en la oscuridad, Gab encendió una linterna para seguir la inspección, intentando distinguir si las motas de polvo suspendidas en el aire se dirigían hacia algún punto en concreto distinto al filtro de ventilación. Pero casi la lanza por la cabina en un nuevo sobresalto, provocado por inesperados gritos de júbilo y alivio de su acompañante.

Sin el brillo del Sol, la zona iluminada por los faros era mucho más visible. Justo delante, la fina rampa de regolito empezaba a dar paso a bloques irregulares que serían trabajosos de sortear. Las paredes a su izquierda y a la derecha se alzaban imponentes y quebradas por el derrumbe. Y en el centro... oscuridad.

—¡Es el tubo! ¡Hay apertura!

La comandante no pudo evitar sonreír compartiendo el alivio, agradeciendo a Sam su trabajo en silencio con un par de palmadas en el hombro. Los faros también iluminaban la caída de polvo liberado por algún impacto desde la parte alta de la entrada a la cueva, recordando la urgencia de la situación, pero eliminar la incertidumbre en ese punto acabó con buena parte de la tensión.

Ganando velocidad por el camino más horizontal a pesar de las rocas, tardaron solo unos minutos más en llegar a la boca de la enorme gruta. Y aquí, tras rodear y dejar a sus espaldas el bloque más alto que pudieron sortear, detuvieron el vehículo con los faros apuntando al interior. Aprovechando que tardaron más de lo esperado en descender y se acercaba el momento, decidieron esperar a la llegada de las ondas superficiales antes de entrar, y así comprobar si era estable manteniéndose a salvo. Los fragmentos de eyecta todavía llegaban con menos de treinta grados de inclinación, y la enorme roca que escudaba el vehículo bastaría.

Esta vez sí notaron las ondas ligeramente. Una pequeña vibración amortiguada por la suspensión de las ruedas. Habría sido ideal contar con sismómetros y geófonos activos, pero hasta comprobar que las escafandras estaban intactas y sin fugas poco se podía hacer aparte de conformarse con sus ojos y las cámaras.

El techo no se derrumbó.

Sam no podía quitarse la sonrisa de la cara tras todo aquello. En cierto modo habían encontrado el objetivo de la misión en tiempo récord: un tubo de lava en el que poder refugiarse, estable frente a terremotos e impactos menores. Por supuesto aún faltaban detalles como si el vehículo sería capaz de volver a subir a la superficie para determinar si era totalmente práctico, pero por fuerza tendrían que ocuparse de eso más tarde.

Ya en la oscuridad del interior, tras marchar lo más cerca posible de la pared izquierda hasta que estimaron que ningún micrometeorito se adentraría tanto como para dañar el vehículo, llegó el momento de tomar decisiones. Si querían registrar con instrumentos la llegada de las ondas superficiales por el suroeste, les quedaba algo menos de una hora para tener todo listo. Pero estaban agotadas.

No costó mucho acordar descansar unos minutos, aunque Sam añadió una petición: apagar todas las luces del vehículo, tanto externas como internas, para ver cuánto podían ver en el interior con los ojos acostumbrados a la oscuridad. La comandante accedió, con intriga, y la geóloga se puso cómoda, empezando a reflexionar en voz alta.

—Hay una cosa que me llama la atención. Para un impacto así, el meteorito debió ser de más de cien metros de diámetro, creo. ¿Cómo pudo no detectarse?

—En la información que estuve mirando antes, de todo lo que nos mandaron, parece que hay una posible respuesta... La tormenta solar del otro día puso el NEO Surveyor en modo seguro y hoy no habían logrado recuperarlo aún.

Por ironías del destino, habían celebrado esa tormenta, por liberar la energía de una zona activa solar con la antelación suficiente para no provocar retrasos en la misión. Pero el observatorio infrarrojo afectado era uno de los pocos que podía detectar asteroides peligrosos que se aproximasen desde el lado diurno, ya que su posición entre la Tierra y el Sol le permitía no tener que apuntar a su brillo cegador.

—Nunca confíes en que el universo ha dejado de querer matarte, especialmente fuera de la canica azul. Para una vez que estabas tú más optimista que yo...

La única respuesta de la comandante fue un suspiro triste. La geóloga frunció el ceño algo preocupada.

—¿Gab...?

—¿Hm?

—Estás taciturna otra vez.

—¿Cómo que... «otra vez»?

—Lo noté antes en el vehículo, y ahora que pasó el peligro inmediato aún continúa... Como si te preocupase algo más profundo que nuestra situación concreta, no sé si me explico...

Sam oyó cómo la comandante apoyaba la nuca en la pared.

—Sí... tienes razón —Tras una pausa, prosiguió—. No sé qué impacto va a tener todo esto a largo plazo. La órbita lunar va a tener más riesgos de lo normal durante bastantes días, puede que se pierda también algún satélite, y si deciden que lo más seguro es mandar a casi todos a Tierra... —Suspiró de nuevo—. Podría pausarse toda la exploración lunar, perder el ímpetu actual, y acabar estancándose entre debates sobre cómo limitar la presencia humana a entornos y misiones más seguras. —Su voz se elevó ligeramente—. Y me frustra, porque con sus más y sus menos, tener gente aquí trabajando codo con codo, viendo la Tierra en el cielo tan lejana y tan frágil, parece que crea un ánimo de colaboración que no he visto en otros sitios. Aquí no se pueden cortar acuerdos de un día para otro, ni tampoco hay ánimo de hacerlo, aunque los países de origen no estén siempre en sintonía. —Abarcó con la mano el angosto vehículo—. Mira esta situación, por ejemplo. Llegamos aquí en un rover estadounidense, y probablemente lo primero que veamos fuera sea un aterrizador europeo no tripulado con suministros para más días. No quiero ver cómo algo así llega a su fin.

La geóloga pasó pensativa un momento.

—Entiendo. Aunque bueno... con los descubrimientos que hagamos en esta cueva, a lo mejor se redoblan los esfuerzos por establecer bases en la seguridad de los tubos de lava y acaba acelerándose todo. —En su tono de voz se distinguía media sonrisa—. Mira hacia el fondo.

Extrañada, la comandante se giró hacia la parte frontal del vehículo intentando distinguir algo en la oscuridad de la gruta. Y entonces abrió mucho los ojos. Entre varios de los bloques, un tenue resplandor iluminaba la pared izquierda en la distancia, donde el túnel parecía girar hacia el suroeste.

—¿Eso es...?

—Lo sabía. Ja, ja..., ¡lo sabía!

La iluminación en esa zona solo podía venir del tragaluz junto al que estuvieron hace apenas unas horas. La sección entera del tubo estaba conectada después de todo, ofreciendo un espacio habitable enorme y accesible con vehículos terrestres en vez de complicadas grúas. Gab sonrió abiertamente.

—¿Te das cuenta de que... estás intentando animarme señalando, literalmente, una luz al final del túnel?

La geóloga se rio en la oscuridad.

—No lo había pensado así. ¡Pero eh, si es un cliché tan manido, quizá significa que a veces funciona!

Aún sonriendo se incorporó, preparada para ir activando instrumentos.

—Vamos. Tenemos trabajo que hacer.

La Geografía:
un arma para la vida
Lurdes Quintero Gallego

La Geografía: un arma para la vida

Lurdes Quintero Gallego

La distancia entre dos lugares de un mapa nunca es una distancia geométrica, es una distancia emocional. Mis cartografías no se sostienen sobre bases topográficas, sino sobre bases autobiográficas, en recorridos de sentimientos personales y colectivos. La geografía es emoción, por mucho que a algunos les guste separarlas. Habla de la vida, habla de caminos, habla de puentes, habla de depresiones, habla de orografías cotidianas y nunca podrá separarse de nuestros sentires. Estamos hechas de cartografías espaciales y emocionales, de paisajes afectivos y construcciones sensibles.

La distancia entre dos lugares de un mapa es una distancia existencial. La geografía es existencia, me salva de los precipicios y da un sentido a mi vida.

Me llamo Candela. Soy geógrafa. Tengo 40 años y me diagnosticaron altas capacidades intelectuales. Tener un diagnóstico significa también tener una etiqueta, una definición que puede llegar a hacer mucha sombra al resto de cosas que eres y tienes. Una etiqueta que te cataloga como alguien que *no es normal*, alguien que no encaja, que tiene necesidades especiales. No voy a entrar en el debate de *qué es y qué no es normal*, porque es algo que me aburre muchísimo. En salud mental tener un diagnóstico no significa estar enferma sí o sí, no estoy más enferma que el resto del mundo. El trastorno no es mental, es social. Para mí tener un diagnóstico me sirvió para que me llegaran todas las respuestas en avalancha, más que descubrir *lo que tengo*, descubrí *lo que soy*. Entre otras cosas, entendí mi delirio por la geografía. En la primera clase de la universidad nos hablaron de «La geografía: un arma para la guerra», de

Yves Lacoste, donde reflexiona sobre la geografía como instrumento de poder. Lo devoré. Lacoste concluye que la geografía sirve, sobre todo, para que los gobernantes hagan la guerra y para saber con qué mecanismos de poder se nos gobierna como la sociedad. La geografía también ha sido un arma para mi guerra. O mejor dicho, un arma para mi vida. La geografía es un mecanismo de poder muy potente, pero no únicamente para oprimir, también para liberar. La geografía, también es un arma para la vida.

Mapas salvavidas

Pic dels Estanys, Pic de Sotllo, Pic Verdaguer, Pica d'Estats, Montcalm, Punta Gabarró, Pic Rodó de Canalbona, Pic de Canalbona, Pic oriental de Canalbona.

Las clases del instituto eran tremendamente aburridas. Me solía cansar en todas. Me solía dormir en todas. Únicamente había una clase que esperaba con pasión, la clase de geografía. Fue así de simple, el día que me tocó escoger una carrera universitaria, escogí Geografía. Era el único lugar del instituto donde me sentía motivada. Era la geografía, y también era aquel profesor nervioso e intenso, lo que me despertaba todos los sentidos. Me hacía sentir una estudiante *normal*.

Ya de pequeña había flirteado con la cartografía. En el libro de sociales de EGB salían muchos mapas, los iba recortando y guardándolos en un cajón, en una carpeta de color amarillo. Había días que tenía muchas ganas de llorar, a veces sin encontrar razones. Cuando llegaba a casa me encerraba en mi habitación, abría la carpeta amarilla y me perdía por el mundo. Era una de las pocas cosas que me ayudaba a respirar mejor, a despistar mi dolor, a abandonar mi llanto. Con el tiempo (y con el diagnóstico) supe descifrar mi sufrimiento, mi alta sensibilidad desbordaba en determinadas situaciones. Yo no me daba cuenta. Pero mis altas capacidades, sí. Aquellos mapas eran mi mejor consuelo. Mis mapas, mis mundos, mis salvavidas y aquel profesor que arrojó luz a muchas sombras. Así que no os extrañéis cuando os invite algún día a mi casa y en vez de cuadros, en las paredes, encontréis mapas. Y más mapas.

Fronteras sobrenaturales

Pico de Russell, Pico de Margalide, Pico de Tempestades, Brecha de Tempestades, Espalda del Aneto, Pico de Aneto, Los Infernos, Pico de la Maladeta.

Las líneas divisorias entre pueblos y países me sugestionaban. Pasar por una de esas líneas divisorias era como algo sobrenatural. Siempre buscaba en el mapa líneas fronterizas que me llamaran la atención, y me imaginaba cómo sería vivir allí, en un trazo fronterizo, con tanta sobrenaturalidad. Tenía mucha curiosidad por las rectas de Argelia, Mali, Libia, Chad, Egipto, Sudán. Con los años aprendí que aquellas fronteras fueron dibujadas con regla a causa de la infame época colonial. Tampoco era consciente de que aquellas líneas dibujadas en mis mapas fuesen la razón de tantos y tantos conflictos.

Cuando era pequeña iba todos los fines de semana a casa de mis abuelos, hacíamos el trayecto Molins de Rei – Comarruga por la N-340, en coche. Antes se pasaba por en medio de los pueblos. Tenía que estar muy concentrada durante todo el viaje, porque no podía perderme ninguno de aquellos momentos sobrenaturales, los carteles de inicio y final de localidad. Si me perdía alguno, me preocupaba mucho por si me daba mala suerte... Un día fuimos a Andorra a comprar azúcar y tabaco para mi tío. Pasar por encima de una frontera entre países era aún más sobrenatural. Le pedí a mi abuelo que parara el coche, que tenía mucho pis, le pedí que parara justo delante del cartel donde empieza Andorra. Estuve mucho rato de cuclillas con el chocho al aire, el pis no salió, pero yo pillé un buen ciego de sobrenaturalidad.

Pensar fuera de la línea

Pico de Arlas, Midi D'Oussau, Murlón, Pico Latras, Auñamendi, Pico de Añelarra, Pene Blaque, Mesa de los Tres Reyes, Petrechema, Mallo de Acherito.

No soy más inteligente que tú, sencillamente tengo una inteligencia diferente. Dicen que tengo un pensamiento divergente, que puedo pensar fuera de la línea.

Yo tenía seis años y la ETA cometió un atentado en Barcelona, cerca de mi casa, en el Hipercor. Mucha ETA en la tele, mucha ETA en boca de la gente. Los años siguientes fueron años de mucha ETA. ETA por todas partes. Al principio me parecía algo lejano, pero con el Comando Barcelona todo se acercó. Me impresionaba mucho todo lo que pasaba en torno a ello y me preocupaba. Necesitaba entender un porqué que nadie sabía responderme. Las noticias me parecían vacías de contenido, de reflexión, de información interesante para llegar a conclusiones, para llegar a un final, para llegar a una solución. En el bus que cogía para ir a la universidad siempre regalaban «La Vanguardia». Un día, cuando hacía primero, cogí el bus y cogí el periódico como siempre. En la portada del periódico aparecía Liarni Armendáriz, la detuvieron como presunta autora del asesinato de Ernest Lluch. Aquella mirada, aquellos labios, aquel rostro... Recorté la foto de la portada y la guardé. Recuerdo que la miré durante muchos días, y le preguntaba: «¿Por qué Liarni?». Me frustraba mucho que hablar de la ETA fuera un tema tabú, yo necesitaba hablar mucho de la ETA. Mi pensamiento divergente me torturaba. La geografía con su geopolítica, por suerte, me acabó dando muchas respuestas sobre el conflicto vasco, y muchos otros. La geografía, con su espacialidad, su globalidad, su estrategia, me ha permitido salir mucho de esa línea, me ha abierto las puertas a buscar otros significados a la vida, más allá del relato hegemónico interesado. El día que descubrí la existencia de una mujer como Hannah Arendt, se me abrió un mundo, tuve la sensación de encontrar la pieza más grande del puzle, su teoría de la «banalidad del mal», que tan cuestionada fue en su época, significaba precisamente eso, indagar en los conflictos saliéndose de la raya.

Con los hombros caídos

Torrecedredo, Tiro del Oso, Horcados Rojos, Torre de la Párida, Santa Ana, Peña Vieja, Picu Urriellu, Torre del Carnizoso, Peña Castil.

Supe de mis altas capacidades ya de adulta. Recuerdo que hubo una profesora del instituto que insistió para que me llevaran a una psicóloga, pero nadie le hizo caso, en mi casa había otras cosas de las que ocuparse. A veces pienso que, si lo hubiera sabido antes, si hubiera tenido los referentes apropiados, hubiera podido desarrollar mucho más mis potencialidades. Pero ha sido todo un trancas y barrancas. Un llorar, sin saber por qué. Un no poder res-

pirar, sin saber por qué. Una frustración, sin saber por qué. Un aburrimiento, sin saber por qué. Mi abuela me reñía porque siempre estaba aburrida. Una incomprensión, sin saber por qué ni a donde ir. Para mí era normal sentirme así. Desganada, desanimada, agobiada. Siempre iba con los hombros caídos. Nunca me habían explicado que la vida podía ser de otra manera. Así que intentaba caer bien a todo el mundo, no molestar demasiado y no destacar ni en casa, ni en clase.

En la EGB tuve a un gran amigo. Compartimos pupitre los dos últimos cursos. Él era superempollón. Pero era el guapo de la clase, así que no era un marginado. Me sorprendió que quisiera ser amigo mío. Quizás yo tenía algo que no tenía nadie más. Juntos fuimos imparables. Un día que íbamos de excursión me caí y me hice sangre en la rodilla. Él se sentó a mi lado. Se arrancó la costra de una herida que tenía en el brazo y la refregó en mis rodillas. «Ahora ya somos hermanos de sangre», dijo. Como en las pelis. Con él podía ser como era yo en realidad, podía desarrollar mi curiosidad sin límites. De cada nueve niños con altas capacidades, solo se detecta una niña. Desde una perspectiva de geografía feminista, las niñas nos vemos obligadas a ocultar nuestro talento para sobrevivir, de pequeñas se nos inculca que tenemos que portarnos bien y no destacar, y eso nos hace permanecer en silencio. Las niñas con altas capacidades sentimos la necesidad de gustar a todo el mundo, de encajar. Yo fui esa niña. Sin rumbo, sin referencias, sin respuestas. A nivel personal, eso produce un caos interno que puede llegar a ser dinamita. Puede estallar en cualquier momento. Pero más allá de lo individual, a nivel colectivo, partimos de una desigualdad que tiene serias repercusiones sociales y territoriales, solo por el hecho de ser niñas.

Recétame piroclastos

Volcán de San Antonio, Volcán de San Juan, Volcán Teneguía, Volcán Tajuya, Tacande, San Martín, Montaña de los Charcos, Monte Fuencaliente y el más reciente, aún sin nombre, que erupcionó en la dorsal montañosa Cumbre Vieja.

De niña siempre iba de vacaciones a Tenerife con mis abuelos. A mi abuela le gustaban mucho las hortensias y decía que los hoteles estaban muy «lim-

pitos». A mí me gustaba mucho ir con ellos, el día más esperado era el de la visita al Teide. Para mí era algo espectacular saber que allí había un agujero que te podía llevar al centro de la Tierra. Y ese olor a azufre. Esa atmósfera diferente que se crea alrededor de un cráter. Y el paisaje poroso y desatado que dejan las coladas. Mi mente se quedó atrapada en aquellos viajes al Teide. En los billetes de mil pesetas había un dibujo donde aparecía el Teide, eran verdes. Siempre pedía que me dieran la paga en billetes verdes. Después del Teide vinieron otros volcanes.

¿Sabéis cuando cerramos una bolsa de plástico y le hacemos un agujero para que se vaya el aire? Pues yo pensaba que los volcanes eran los agujeros que tenía la Tierra para poder respirar. Como tienen las ballenas. Los orificios nasales de la Tierra. Cuando oía en las noticias que un volcán había erupcionado, creía que era porque la Tierra estaba tan ahogada por nosotros que necesitaba respirar con fuerza. Pero lo que más me alucinaba de los volcanes era imaginar que a través de ellos podías llegar al centro de la Tierra. De nuevo, algo sobrenatural, como las líneas de frontera.

Saber que el «dentro» y el «fuera» se pueden conectar me droga aún las neuronas. Los volcanes también son una buena medicina; cuando siento que el mundo no me entiende y me cuesta encontrar la salida, busco algunos de los volcanes en activo e imagino que, si el magma encuentra la salida, yo también la voy a encontrar. Justo cuando empezó a erupcionar el nuevo volcán en Cumbre Vieja, en La Palma, venía de una etapa con mucha ansiedad. Me sentí muy conectada con aquella erupción, con aquella roca fundida que necesitaba salir a la superficie, y abandonar su ser magma y convertirse en lava. Y fluir hasta llegar al océano. Teníamos el volcán tan al alcance, tantos datos, tantas imágenes, tantos mapas, tantas perspectivas. Durante muchas semanas las webs del IGME y del IGN estuvieron abiertas las 24 horas en mi ordenador. El volcán cesó su actividad eruptiva, y mi ansiedad también se fue calmando. El volcán Cotopaxi es uno de los lugares más fascinantes del mundo para mí, por ser volcán, por medir 5897 m y por estar justo en el ecuador. Un cráter que conecta la superficie y el interior terrestres, justo en el círculo máximo perpendicular al eje de rotación, a casi 6000 m. También es uno de los volcanes más peligrosos y, por tanto, más monitoreados. Más cámaras, más mapas, más datos, más droga, más alivio, más placer, más motivación.

La pandemia de los no lugares

Cerro Torre, torre Egger, punta Herron, aguja Standhart, aguja Bifida, Cuatro Dedos.

Lo mejor de subir por una ladera, cruzar un collado o llegar a una cumbre es poder ir reconociendo y nombrando las cimas que me rodean. Adivinar, dudar, debatir, preguntar, buscar en el mapa, descifrar el paisaje y deletrearlo. Recitarlo como si fuera poesía. Memorizarlo como si fuera una canción. Custodiarlo como el tesoro que es. Las mismas cimas pueden llegar a cambiar completamente en función del punto desde donde las puedas avistar. En cada lugar vivimos un tiempo, una perspectiva y un espacio concretos. Los lugares también son espacios que llenamos de experiencias, de significado, de intimidades. Hay lugares que nos traen buenos recuerdos, otros que hacen que se nos anude el corazón. La geografía se rellena de espacios existenciales, no únicamente de coordenadas. A través de los lugares damos sentido al mundo, y también a cómo nos relacionamos y actuamos.

Uno de los días más felices de mi vida fue en el Chaltén, Patagonia, en la Laguna Torre, con el Cerro Torre en el horizonte. He colmado de significado ese lugar. Me siento parte de ese lugar y el vínculo que tengo con él es imprescindible para mi bienestar emocional. Todas las cimas de este relato forman parte de mi red de coordenadas vividas. La distancia que hay entre el Cerro Torre y yo, no es de 13 000 km, es solo el segundo que tardó en cerrar los ojos para encontrarme con él. Por todo ello los no lugares siempre me han causado mucha angustia. Mi alta sensibilidad se dispara al saber que, cada vez más, estamos vaciando de significado emocional los espacios que habitamos. Ya no nos arraigamos en ellos, no construimos vínculos y no simbolizan nada. No nos identificamos, no nos relacionamos, simplemente circulamos de forma solitaria y despojados de nuestra alma. Cuanto menos nos importen los lugares, menos vamos a luchar para que mantengan su esencia. Así, poco a poco, nos van robando pedacitos de historia, de recuerdos, de significados de vida. Paralelamente, nuestro malestar se propaga, sin que tengamos lugares donde refugiarnos. La pandemia se extiende, los lugares mueren.

En defensa propia

Everest, K2, Lhotse, Kanchenjunga, Makalu, Cho Oyu, Dhaulagiri, Manaslu, Nanga Parbat, Annapurna, Gasherbrum I, Broad Peak, Gasherbrum II, Sisha Pangma.

Edurne Pasaban Lizarribar es la primera mujer de la historia en coronar los catorce ocho miles del planeta. Aquella lista de ocho miles que solía anotar en los márgenes de mis apuntes para asegurarme de que no se me olvidara, escalados por una mujer vasca. Hemos crecido con pocas referentes femeninas, así que ella en seguida se convirtió en una gran referente para mí. La vida, a veces, se vuelve una cárcel demasiado estrecha, y la montaña es un lugar donde puedes llegar a ignorar un poco todo aquello que te amarra. Es como si la correa tuviese un poco más de cuerda aquel día. Las montañas pueden ser en un buen refugio, especialmente si eres geógrafa, pero también se pueden convertir en una evasión que te haga perder el contacto con la realidad. La realidad que nos pisotea los lunes a las ocho de la mañana. Hay muchas violencias invisibles que nos van penetrando, sigilosamente, nos horadan la piel, nos perforan los sentidos, nos atraviesan el día a día. La obligación de encajar dentro de esta *normalidad*, la imposición de empotrarnos en unos límites muy prietos, este atasco al que se somete nuestra emoción, nuestra imaginación, nuestras ideas. Estos muros tan altos que castigan mis altas capacidades. La prohibición de *vivir*, sin ser capaces de soñar una vida que no sea vivida por inercia, siguiendo las etapas «que tocan». La vida hoy etiqueta, clasifica, exige y arresta. Un control, una cárcel con las paredes cada vez más angostas. Y nosotras nos quedamos en ella por miedo a morir. Las violencias invisibles. La guerra invisible. Que nos hiere a cada segundo. Que nos mata en vida. Nuestro malestar surge de las ganas de vivir. De las ganas de correr hacia la libertad. Y el único remedio que esta vida violenta nos da es la receta médica. El veneno que nos anula, nos arrebata el poder pensar, el poder querer, el querer vivir. Me dicen: «Lucha, tú puedes». Y yo no, no quiero luchar para entrar de nuevo en la cárcel. Solo quiero luchar para afrontar la violencia de la realidad y ganar una vida fuera de los muros. Y quiero chillar, chillar hasta que me deje de doler, llevo demasiados años en silencio. Mi lucha es despedazar mi vida cotidiana, la que me asfixia y me oprime, para desocupar lo que el orden me manda que tengo que ser.

Cualquier persona que siente las cadenas de esta violencia sistémica, y que se atreve a imaginar otra vida posible, algún día llega a tener ideas suicidas. Te encuentras viviendo en el cable. En el precipicio. Y si no consigues salir de la celda oscura, siempre habrá la opción de saltar. Saltar es un respiro, una liberación, un descanso. Saltar significa, también, tener muchas ganas de vivir. Y la sociedad disimula, encubre los moratones de las cadenas que nos golpean. Y, entonces, nos culpa. La suicida era cobarde. La suicida era egoísta. La suicida no había luchado suficiente. La suicida estaba enferma. La suicida tenía depresión...

¡Basta! La suicida tenía opresión. La suicida estaba perfectamente lúcida. La suicida saltó luchando. La suicida tuvo la generosidad de luchar también por todos vosotros. La suicida sencillamente actuó en defensa propia. El suicidio no es algo personal ni individual, es algo social, político y colectivo. Gracias a la geografía social que empezó con Lacoste se puede descifrar el suicidio desde otras dimensiones, fuera de la vida privada y silenciadora, y estudiar cómo el poder despliega sus uñas y dientes para evitar que politicemos nuestros malestares.

Para mí, lo que una geógrafa social tendría que preguntarse ante las alarmantes cifras de suicidios y, especialmente, ante los intentos de suicidio, no sería el porqué, sino el significado que tienen estas muertes. El suicidio nunca es un fracaso individual, sino un fracaso social.

Edurne Pasaban Lizarribar intentó saltar de la vida en dos ocasiones, dos intentos de suicidio. Edurne habla del suicidio sin tabús, quizás sea la mejor alpinista de la historia, pero es aún más grande cuando habla de su vida. Ella habla desde un relato muy personal, a mí me gusta darle más espacio y buscar las conexiones colectivas. Una mujer que hace historia, también puede ser una mujer muy sola, una mujer muy incomprendida, una mujer que no está gestionando su vida como representa que lo debería de hacer. Edurne explica que sentía que tenía una vida muy diferente que el resto de su entorno de toda la vida, sin pareja, sin hijos, sin los mismos temas de conversación. Edurne estaba luchando por la vida que soñaba, pero como era una vida fuera de la línea, el patriarcado, la torturó tanto, que casi se la lleva.

La geografía es, sobre todo, un arma para la vida. Para prender en llamas nuestras propias cárceles y perseguir la libertad colectiva. No hay que luchar

para encajar, hay que luchar para trazar nuestras propias cartografías, que nos alejen de los precipicios. Que los sueños no denoten rutinas. Que la salida no equivalga a pastillas. Que el horizonte no represente olvidar. Que la luz no simbolice oligopolio. Que la valentía no se confunda de rumbo. Que el sufrimiento no se sobreentienda como debilidad. Que la locura no se personifique en un diagnóstico. Que las melodías también puedan desafinar. Que la distancia sea siempre antes emocional que material. Que el desorden se entrañe en nuestras relaciones. Que la vida no sea morir lentamente.

¡Ponte derecho!

Julio Septi3n del Castillo

¡Ponte derecho!

Julio Septi3n del Castillo

I

—¡Venga, ni3o! ¡Y ponte derecho! ¡Vamos, que no tenemos toda la ma3ana!

Era un s3bado de principios de oto3o y tampoco ten3amos en realidad tanta prisa. El abuelo me hab3a acompa3ado hasta la puerta de la tienda de telas, pero una vez all3 me dijo que esperar3a en el bar de al lado tomando un caf3. Que seguro que yo sab3a muy bien lo que quer3a y no le necesitaba. Y me hizo un gesto con el bast3n antes de alejarse. Me acobard3 de pronto, muy consciente del cr3o introvertido y t3mido que era, del ni3o peque3o que todav3a parec3a, el que se asustaba de todo lo que no estuviera explicado en sus libros.

Empuj3 la puerta met3lica con mano temblorosa y pas3 adentro. La tienda era grande, oscura y silenciosa. Nunca hab3a entrado antes, aunque era una de las del barrio de toda la vida. Hab3a un mostrador a la derecha y unos largu3simos estantes hasta el fondo en los que se apilaban rollos de telas de muchas clases y colores. Pero yo no me fijaba en eso. Creo que nadie habr3a mirado nunca aquellos rollos como los miraba yo, sin fijarse siquiera en las caracter3sticas o el color de los tejidos.

—¿Qu3 quieres, chico?

Di un respingo. No hab3a visto al dependiente tras la caja registradora, perdido entre las telas y las sombras, camuflado en su bata gris. Me qued3 sin

saber qu3 decir por un momento. El coraz3n me lat3a con fuerza. Hab3a preparado mi discurso de camino, pero las palabras se me quedaron en los labios, silenciadas por los latidos furiosos de mi coraz3n. Por un momento no pude o3r otra cosa y not3 c3mo un calor intenso y familiar sub3a a mis mejillas.

—Yo... Podr3a ser... Me gustar3a... —de alg3n modo las frases que hab3a previsto se resist3an a salir. Menuda sorpresa. Me pasaba siempre, en clase, con los vecinos, en cualquier sitio. Cada conversaci3n era un examen oral. Deb3 haberlo tra3do por escrito, pens3, aunque me hubieran tomado por tonto. Nunca ten3a problema por escrito, pod3a encontrar las palabras adecuadas, la frase perfecta, sin presi3n y con el tiempo suficiente.

El hombre tuvo m3s paciencia de la que sol3an mostrar mis profesores. Pero claro, no hab3a nadie aparte de m3 en la tienda. Por fin consegu3 explicarme.

—Un tubo, me gustar3a saber si podr3a darme uno de esos tubos de cart3n, los de los rollos de tela... —logr3 decir de un tir3n. En el silencio de la sala vac3a se entendi3 razonablemente bien, a pesar del hilo de voz. El hombre me mir3 con simpat3a.

—¿Un tubo? ¡Claro, chaval! No hay problema ¡Todos los d3as tiro alguno cuando se termina la pieza! Y acabo de terminar una justo esta ma3ana... —me mostr3 uno que ten3a al lado, apoyado contra la pared.

—¡Ese no me vale! —exclam3 casi sin pensar. El tubo apenas ten3a dos o tres dedos de di3metro. No se parec3a en nada a los que yo hab3a visto en las fotos de mi libro. El hombre hizo un gesto extraño y mi rubor se acentu3, si cabe.

—¿Ah, no?

—No, tiene que ser m3s ancho. —E hice un c3rculo con mis dedos, como de unos diez cent3metros de di3metro. Me pareci3 que me miraba con algo menos de simpat3a que al principio. Pero tras unos segundos, se levant3 del sitio y se acerc3 a uno de los estantes.

- A ver, chaval... Este es el único que tengo que se parece a lo que dices...
—y se acercó de nuevo, con un tubo de cartón grueso en las manos que puso de pie frente a mí. Medía de largo más que mi estatura y tenía el diámetro perfecto. Me invadió un enorme regocijo. Ese era, sin duda, el que necesitaba.
- ¡Gracias! —atiné a decir entre tanta felicidad y cogí como pude el tubo que, además de grande, era bastante pesado.
- ¿Y qué vas a hacer con él? ¿Algún trabajo del colegio? —me preguntó mientras yo ya me disponía a salir de la tienda cargando como podía con el enorme tubo.
- Un telescopio... ¡Adiós y gracias! —no sé si me llegó a entender porque escapé apresuradamente con mi tesoro entre los brazos. Casi tropecé con mi abuelo, no tenía ojos más que para mi tubo de cartón. Solo podía pensar en que ya era mío y visualizaba perfectamente el telescopio en que se iba a convertir muy pronto. En los últimos meses había sido mi obsesión, había devorado una y otra vez un pequeño libro de bolsillo sobre astronomía de la biblioteca del colegio, había copiado los dibujos y trazado planos y esquemas... Tenía el tubo, y todavía quedaba mucho por hacer. Pero recuerdo vívidamente aquella intrépida visita a la tienda de las telas porque fue el primer paso de mi viaje, del viaje que me llevó, en definitiva, a ser quien soy.

II

El abuelo era un hombre alto y muy bien plantado. Pese a sus años todavía imponía con su presencia erguida, su bastón y su sombrero de fieltro. Cada vez que me veía pasar con los hombros hundidos, fruto de mis interminables horas de lectura, no dejaba de insistir una y otra vez, con su tozudez extremeña e invariablemente a voces.

- ¡Niño, estírate bien, ponte derecho de una vez, coño!

Yo no le hacía caso, incluso me enfadaba con él. Siempre era el más pequeño de mi clase, incluso estirándome todo lo que permitía mi cuerpo menudo. Y no iba a solucionar nada por muy derecho que me pusiera.

—¡Déjame tranquilo, abuelo! —le respondía, cómo no, enrojeciendo.

Compartir mi infancia y mi adolescencia con mi abuelo ha sido uno de los grandes regalos de mi vida. Debería decir con mis abuelos, los dos. Pero la abuela era una anciana pequeña y discreta, una mujer de pueblo sencilla que pasaba desapercibida, y a quien recuerdo sobre todo rayando pan duro para hacer migas, cosiendo o rezando. El abuelo sin embargo era todo un personaje.

Sé que entonces yo no apreciaba eso de forma consciente. El abuelo era, simplemente, una parte crucial de mi mundo. Y su casa, justo al lado de la de mi familia, era mi refugio. En la habitación del fondo yo leía, jugaba e inventaba. Me disfrazaba y dibujaba. Y viajaba y soñaba, casi cada día. El abuelo siempre estaba presente desde su butaca en el salón, sin interferir mucho en mis planes, pero presente, lo sé bien, y feliz de tener cerca a su nieto mayor.

Mi abuelo había sido maestro toda su vida, desde que regresó de la guerra de África hasta jubilarse. Y durante la mitad de ese tiempo lo fue en su pueblo natal, también el mío, en una de esas escuelas en las que los maestros tenían que ocuparse de todos los críos, de todas las edades y situaciones. Y en esforzarse para sacar lo mejor de cada chico. Un maestro de pueblo en esos años no era un cualquiera. En los pueblos del sur, junto con el alcalde, el médico y el cura, conformaba el cuarteto de personajes de referencia, ya fuese en el casino, en las fiestas, en las procesiones o en los eventos oficiales. En la vida del pueblo, en definitiva.

Una vez jubilado, el abuelo se vino a Madrid con su mujer siguiendo los pasos de mi familia, que como tantas otras había decidido emigrar a la capital pensando en el futuro de los hijos.

Allí, en su casa, en la habitación que había convertido en santuario de mi adolescencia, acabó el tubo de cartón esa mañana. Pero su transformación en telescopio tuvo aún que esperar un tiempo. A que encargase en una óptica, como adelanto de mi regalo de cumpleaños, una lente con las dioptrías adecuadas pero sin recortar, para el objetivo. A que desmontase, para aprovechar-

lo, el ocular de mi pequeño microscopio de juguete. A que cortase el tubo principal a la distancia adecuada. A que encajase todo el conjunto a base de más tubos de cartón, de plástico, de esparadrapo y pegamento. Y a que idease la forma de apoyar el pesado artefacto resultante de forma más o menos estable sobre el respaldo de una silla.

Fue una tarea ardua a la que me entregué, como siempre, con toda mi pasión, casi de manera obsesiva durante un par de semanas, aprovechando cada rato libre.

Y el telescopio estuvo listo, por pura coincidencia, la tarde que precedía a una bonita noche de luna llena, que se intuía completamente despejada. Mi sonrisa al preparar todo frente a la ventana orientada al este era solo equiparable a mi entusiasmo. Y el abuelo me observaba, creo que entre admirado e inquieto, aunque en ese momento yo no tenía ojos para él.

Tras una cena al vuelo me dispuse a estrenar mi observatorio astronómico. La Luna apareció puntual a su cita y preparé mi aparato. Y nada salió como había previsto. Fue fácil encontrar la gran mancha blanca después de unos intentos. Pero, aunque trataba una y otra vez de enfocar deslizando unos tubos dentro de otros, no conseguía una imagen nítida. No había manera de lograrlo. Los detalles se deshacían en extraños colores y en atisbos de formas que solo con mi imaginación podía relacionar con cráteres. Aunque no había nadie conmigo, mi rostro empezó a acalorarse. Después de un rato, ya casi no sentía más que el latido de la sangre en mis oídos. No recuerdo bien en realidad ese momento. Pero supongo que, como tantas otras veces en que fracasó alguno de mis proyectos, me sentí desbordado, incapaz e incompetente. Como cuando no se elevó el cohete, como cuando se hundió la maqueta del velero, como cuando se estropeó la radio que trataba de arreglar. No era capaz de entender entonces que la lente simplemente no era apropiada. No sabía nada sobre aberración cromática o sobre las correcciones empleadas en las ópticas de los dispositivos de precisión. Ni sabía sobre lo exigente de una perfecta alineación. No podía saberlo. No era más que un crío inquieto que había leído un libro del colegio.

Solo recuerdo que atravesé a la carrera el salón sin despedirme. Me persiguieron la mirada de la abuela y las palabras del abuelo.

—¿Ad3nde vas, ni3o? ¡Vente para acá! —pero no le hice caso, volví a mi casa y me encerré en mi habitaci3n y, sintiéndome eso, un ni3o peque3o e inútil, lloré hasta quedarme dormido.

III

Al día siguiente, volví a casa del abuelo. No dije nada, sólo pensaba en desmontar el telescopio de mierda y en tirar todo a la basura, incluido el libro de astronomía.

Pero justo cuando iba a comenzar a hacerlo, el abuelo abrió la puerta de la habitaci3n.

—Tengo algo para ti, Miguel —dijo antes de que pudiera protestar—. No quise dártelo hasta ver cómo ibas con tu invento. Estoy admirado, ¡me-nudo trabajo has hecho!

—¡No funciona, abuelo! ¡No funciona nada! ¡No se veían más que manchas! —exclamé, a punto de romper a llorar— ¡Déjame tranquilo! —el abuelo no me hizo caso.

—Toma... —me alargó un cilindro que parecía de cuero, en realidad un estuche con una correa y una hebilla oxidada. Mucho más pequeño que mi tubo de cart3n y muy estropeado. Y pesado, pensé cuando lo cogí casi involuntariamente.

—Sácalo con cuidado. Y luego te contaré su historia. Que es la de tu familia, y ahora también la tuya.

El cilindro no era sino una funda para un objeto metálico, de menos de medio metro de longitud. Lo cogí en mis manos con miedo de romperlo.

—Parece un catalejo como los de los piratas... —dije sin pensarlo.

—Es un catalejo. Desplégalo con cuidado. Es de lat3n y el lat3n pesa, pero es blando. ¡Si se golpea se abollará!

El abuelo me ayudó a extender los cuatro cuerpos concéntricos hasta que el catalejo alcanzó casi el metro de longitud. Los tubos de metal pulido se deslizaron sin dificultad. Brillaban como si acabasen de limpiarlos a fondo. Luego me mostró cómo abrir las tapas que protegían el objetivo y el ocular.

—¡Es un telescopio de verdad! ¿Dónde lo tenías? ¿Por qué no me dijiste antes...? —me sentía excitado y a la vez intrigado por este objeto maravilloso que veía por primera vez. Y un poco enojado con mi abuelo por no habérmelo mostrado nunca antes. Había creído que su casa, que el propio abuelo, no tenían secretos para mí. Debí notar mi gesto porque me miró con una sonrisa cargada de afecto. Casi sentí que me acariciaba con ella.

—Tenías tu proyecto, Miguel. Como todos esos que estás inventando siempre, cada día. Esta vez, un telescopio... Pero esto no es ningún juguete. Es un catalejo de verdad. Lleva en la familia casi siglo y medio... Y yo lo tengo desde que murió el tío Paco, mi hermano mayor.

El abuelo no hablaba mucho de su hermano, en realidad sabía más de él por mi madre. Pero yo me había quedado atrapado en su primera frase, cuando caí en que me había llamado ya dos veces «Miguel» y no «niño», como hacía siempre. Prosiguió sin darse cuenta.

—La verdad, llevo ya varias semanas pensando en enseñártelo. Pero quería ver antes cómo terminabas tu propio telescopio. ¡Te ha quedado estudiando! Siento que no haya sido como tú pensabas... ¡Pero es que era muy difícil, coño! Estos aparatos requieren de mucha precisión, me parece a mí.

El resto de la mañana el abuelo lo pasó en mi habitación contándome lo que sabía del catalejo, y cosas de la familia y del pasado. Solo lo resumiré, porque en realidad no es tan importante. Lo importante fue, lo sé, precisamente ese momento.

El tío Paco, en realidad mi tío abuelo, descubrió su vocación militar tras la guerra de África, esa contienda extraña y de absurda lógica colonial en la que ambos hermanos lo pasaron tan mal como muchos otros miles de jóvenes es-

pañoles de su generación. Sobrevivieron y tomaron caminos distintos. El tío Paco inició su carrera militar con gran éxito hasta que falleció una década después, mediada la guerra civil. El abuelo, para entonces ya un maestro con su propia familia, se quedó con muchas de sus cosas, entre ellas el catalejo. Al tío Paco se lo había dado su padre cuando marchó a la academia en Toledo. Su padre, mi bisabuelo, era médico y conservó el aparato con cariño como recuerdo de su propio padre. Fue a este realmente a quien estuvo vinculado el hermoso catalejo de latón, a lo largo de toda una vida y de mil peripecias. Mi tatarabuelo fue oficial de marina en la Armada y sirvió en ella hasta los últimos y desastrosos años del imperio español. Escuché fascinado a mi abuelo contarme los pocos detalles que sabía. Cómo su abuelo estuvo en Filipinas, y luego en Cuba a bordo de un crucero, y cómo fue testigo y superviviente de la debacle de fin de siglo, en la guerra frente a los norteamericanos. Mi cabeza soñadora se desbordaba escuchándole, imaginando las cosas que habría visto aquel catalejo a lo largo y ancho del mundo.

—Fíjate en lo que pone ahí —me señaló una inscripción en el costado de uno de los tubos de latón que rezaba «Harris & Son, London, Improved, Day or night»— A mí me emociona, me recuerda mucho a mi hermano... —al abuelo se le nubló la vista un momento—. Me lo recuerda demasiado, coño... No lo había sacado desde hace treinta años... Pero mi padre decía que era de mediados del siglo pasado, de lo mejor que se fabricaba en esa época. La verdad es que está muy bien conservado, las lentes están perfectas y el latón solo un poco arañado... el estuche está hecho polvo, eso sí. Y creo que ahora es momento de que lo tengas tú. Te lo he limpiado y le he sacado brillo, ¿eh?

Lo miré incrédulo. Se levantó con esfuerzo de la incómoda silla en la que había permanecido todo el tiempo, dispuesto a regresar a su butaca. Al erguirse me miró y sonrió.

—Mi hermano y yo mirábamos a veces la Luna con él... —me dijo desde la puerta. — ¡Y se veía de maravilla!

Y yo no tuve que esperar mucho para comprobarlo.

IV

El abuelo muri3 por sorpresa, casi sin avisar, unos a3os m3s tarde. Una angina de pecho que se repiti3 de forma masiva al d3a siguiente. M3s que la pena, recuerdo la furia que me invadi3 despu3s. Puedo entenderlo ahora, fue la primera de mis p3rdidas, mi primer gran duelo, el que me prepar3 para todos los dem3s.

Lo tuve a menudo presente despu3s de aquel d3a. Con frecuencia lo encontraba en mis sue3os. Y lo sent3a a mi lado cada vez que elevaba la vista hacia la Luna o hacia las estrellas. Primero con el hermoso catalejo, para el que constru3 un s3lido tr3pode de madera. Y m3s adelante con mi propio telescopio, en el que invert3 mis primeros ahorros. S3 que 3l estaba conmigo, casi lo recuerdo as3, cuando vislumbr3 los sorprendentes sat3lites de J3piter y sus bandas de nubes, o cuando se desplegaron ante m3 por primera vez los hermosos anillos de Saturno. Y con 3l fotografi3 cometas y galaxias, meteoritos y nebulosas. Tamb3n me acompa3a hoy junto al gran reflector frente al que me encuentro, aqu3 bajo esta inmensa c3pula. El abuelo sin duda me observa ahora y sonr3e.

Imagino cu3nto hubiera celebrado conmigo mi t3tulo en F3sica, o el doctorado de unos a3os despu3s, o cualquiera de los dem3s hitos de mi vida. No ha sido posible, pero yo lo he sentido a mi lado en todos y cada uno de esos momentos.

Y aunque la experiencia del telescopio fallido y del maravilloso regalo de mi abuelo sin duda supusieron en mi vida un punto de inflexi3n, algo extra3o me sucedi3 durante su entierro, en el Sacramental de la ciudad. Con la cabeza hundida entre los hombros, enfurecido con todos y conmigo mismo porque de alg3n modo era incapaz de llorar, de pronto escuch3 claramente c3mo me hablaba. Estaba tan seguro de que era su voz que no pude evitar levantar la cabeza y mirar a mi alrededor. Me pareci3 que le o3a gritarme: «¡Ni3o, ponte derecho, co3o!».

Desde aquel d3a y ya para siempre camin3 erguido, y de alg3n modo eso cambi3 el lugar desde donde observaba no solo el cielo, sino el mundo, y tambi3n la manera en que el mundo me ve3a a m3.

Renglones torcidos

Ignacio Fernández Pérez

Renglones torcidos

Ignacio Fernández Pérez

Eran las doce de la mañana y el avión tomaba tierra a la hora convenida. Desde la ventanilla del Airbus A320 de Vueling, la terminal del aeropuerto

Federico García Lorca de Granada se le antojó pequeña. Estaba acostumbrada a aeropuertos más grandes. Estaba claro que no iban a bajar del avión por pasarelas de desembarco.

El pasaje se disponía a abandonar del avión y empezó a recoger sus cosas a la espera de que le llegara su turno. Caminó pasillo adelante, agradeció sus atenciones a la tripulación y descendió por la escalerilla. Lo primero que le recibió aquel día de marzo fue un golpe de aire frío en la cara.

«Suerte de la mascarilla», pensó mientras se ajustaba su FFP2. En momentos de frío como aquél agradecía el tapabocas. En otros momentos, especialmente durante el trabajo, lo aborrecía enormemente.

Caminó hasta la terminal y realizó mecánicamente todos los trámites habituales: recoger el equipaje, ir al baño y salir en busca de un taxi. Cuando pasaba lo más rápido posible entre las personas que esperaban a familiares, amigos o clientes, algo detuvo sus pasos.

Bajo, moreno y con barriga.

Llevaba una cazadora marrón que simulaba piel y que estaba totalmente desgastada en zonas del cuello y las mangas. Las manos sostenían un cartel y

sí, su nombre estaba allí, escrito a mano, con un rotulador al que ya le empezaba a escasear la tinta: «C. López Corbián. IGN».

—Disculpe —le dijo al hombre—. Creo que me está esperando.

El hombre seguía mirando hacia la puerta de donde salían pasajeros arrastrando sus maletas. Ni siquiera miró de dónde venía la voz que le hablaba.

—Se confunde usted —respondió sin mirar mientras, de puntillas, se balanceaba para esquivar las cabezas más altas que la suya—. Estoy esperando a un ingeniero del Instituto Geográfico Nacional.

—Exacto. Me espera a mí. Yo soy Carmen López Corbián, ingeniera técnica en topografía y miembro del Instituto Geográfico Nacional. Soy la ingeniera enviada desde Madrid.

Ahora sí que captó la atención del hombre. Como si fuera el protagonista de un dibujo animado abrió los ojos mientras bajaba el cartel y giraba su cuerpo en dirección a Carmen. Los ojos, excesivamente abiertos, escrutaron a la recién llegada y, si no fuera por la mascarilla del Granada CF, su boca podría haber tocado el suelo.

—Di... di... disculpe. No, no sabía. No sabía que...

—¿Que era una mujer? —el hombre asintió—. No pasa nada. No es la primera vez que sucede. Me hago cargo de que no hay muchas mujeres en mi oficio, pero tranquilo, ya se acostumbrará.

El hombre seguía asintiendo. Quieto como un pasmarote, como un muñeco automático esperando que alguien apriete el botón que lo pone en funcionamiento. De repente el grito de una familia al reencontrarse con un ser querido le activó.

—Por aquí, por favor. Tengo un coche esperando fuera. ¿Le llevo las maletas? —ella negó con la mano—. Ah, disculpe. Ni siquiera me he presentado. Soy Ángel, Ángel Aguirre, soy uno de los obreros de la cuadrilla.

Carmen siguió a su accidental chófer por instinto. Medio sonriendo mientras pensaba que Ángel era una especie de «ángel de la guarda». El juego de palabras que salía de su cabeza le producía risa y bochorno a partes iguales. En todo ello pensaba cuando llegaron al coche que había de llevarla a la ciudad. Un Toyota verde con más años que la Alhambra pero que su dueño mantenía sorprendentemente limpio. Quizás lo había llevado a lavar para llevar a su nueva jefa. Fuera como fuese el trayecto iba a ser mejor que un taxi y, de paso, iba a conocer a uno de sus empleados para los próximos meses.

Ángel subió al asiento del chofer y sintiéndose como un taxista le cantó a Carmen la dirección que le habían enviado desde el IGN.

—A la calle Afán de Rivera, ¿verdad?

Carmen asintió. El motor arrancó.

No fue un trayecto largo, aunque la situación era algo incómoda y Carmen no sabía tampoco cómo solucionarlo. Le daba la sensación de que habían empezado con muy mal pie. Iban a ser muchas horas trabajando con aquel hombre del que no sabía nada. Tampoco quería parecer muy directa. No sabía qué decir o qué hacer.

No sabía que la mente de Ángel estaba igual. Avergonzado de la situación vivida procuraba, de alguna manera, pensar en cómo romper el hielo.

—Disculpe, Carmen —acertó a decir—. ¿Me permite una pregunta?

—Por supuesto y, por favor, Ángel, tutéame.

—¿Cómo es que vino, digo... vienes, sin coche? No me malinterpretes, estoy encantado de llevarte, pero pensé que, al estar aquí una campaña entera, vendrías con vehículo propio, ya sabe, para dar vueltas por ahí el fin de semana, subir a la sierra, visitar alguna que otra ciudad...

—Lo he dejado en Madrid con el maletero lleno. Mis padres lo traerán en una semana.

Ángel asintió satisfecho con la respuesta y Carmen se sonrió al pensar que, al menos, algo habían dicho sin tener que recurrir a hablar del tiempo.

—Pues ha escogido un mal día para llegar —dijo de nuevo Ángel volviendo involuntariamente al «usted»— ahora van a venir días fríos y con algo de lluvia. Igual nieva. No es normal a principios de marzo, pero no sería la primera vez.

Carmen sonrió debajo de su mascarilla «ahí está», pensó, la conversación sobre el tiempo.

Hablaron un rato más de las cosas que se podían hacer en Granada con mal tiempo, especialmente si era la primera vez en la ciudad. Mucho de turismo, algún museo, hacer compras, visitar algún tablao flamenco del Sacromonte... siempre hay algo. Finalmente llegaron al destino y Carmen se apeó.

—Mañana, a las diez nos vemos en la plaza de San Nicolás, en el Albaicín.

—¿sabrás llegar?

—Tranquilo. He estado repasando el plan de trabajo en el vuelo. No sufras. Estaré a las nueve y media tomando un café en alguno de los bares de la plaza. No llegaré tarde.

Ángel se despidió con la mano y el Toyota se alejó por las estrechas calles del centro de la ciudad.

Carmen subió al apartamento que le habían conseguido: dos habitaciones, un baño completo, cocina y un salón no muy grande. No necesitaba mucho más espacio para ella sola. Empezó a deshacer la maleta y buscó por Google un supermercado cercano para hacer las primeras compras.

Un par de horas después tenía todos los papeles de trabajo desparramados por la mesa mientras sorbía una taza de caldo. Era lo mejor para ese frío que no esperaba.

Granada era para ella una huida precipitada. Era un salto al vacío. Una oportunidad para demostrarse a sí misma que era buena en su trabajo y que no iba a remolque de una relación que le costaría olvidar.

Le serviría también para distanciarse de Pablo.

Era topógrafo como ella y se habían conocido en la Escuela Técnica Superior de la Universidad Politécnica de Madrid. No habían tardado mucho en empezara salir. Fue maravilloso, tenían planes... habían entrado en el IGN a la vez y siempre habían estado juntos en diversas campañas. Cuando vieron por televisión la erupción del Cumbre Vieja, en La Palma, fueron los primeros en ir a ver a sus jefes para pedir estar en los equipos que hicieran el levantamiento topográfico una vez acabara todo.

Fue entonces cuando sintió el mundo desvanecerse bajo sus pies. ¿Le amaba? Quizá no había respuesta para esa pregunta y, si la había, no la iba a encontrar trabajando junto a él. Pocos días antes de volar a las Canarias hubo una baja inesperada para la campaña del Albaicín de Granada y no se pensó niun segundo la posibilidad de pedir ese destino. Ahora le daba la sensación de que Pablo ya no estaba en el centro de su vida ni de su trabajo. Él, en la isla de La Palma, ella en Granada. Le daba la sensación de que ahora ella vivía la vida con una hora de adelanto. Una hora que iba a aprovechar.

El día amaneció nublado y frío.

El mirador ofrecía una Alhambra de aspecto triste y anodino.

La antigua fortaleza nazarí, que debía mostrar sus paredes de ladrillo rojo, mostraba aquella mañana unas tonalidades grises. Carmen pensó que era una lástima verla así.

La vegetación que habitualmente enmarcaba la alcazaba musulmana con sus miles de verdes se veía desprovista de hojas. Era una imagen muy alejada de los miles de fotografías que cualquiera había visto de la Alhambra.

La música que tocaban unos músicos callejeros al fondo mostraba algo de alegría en un paisaje frío y gris. Carmen miraba la escena con un punto de decepción cuando unos gritos la trajeron de vuelta y le hicieron sonreír.

Una veintena de muchachos hacían fotos, gritaban, hablaban, comentaban. Eran alumnos de algún colegio de viaje. Por su aspecto no eran aún ma-

yores de edad, pero poco les faltaba. Los acompañaban tres profesores, dos hombres y una mujer. Uno fotografiaba unos muñecos de Playmobil con la Alhambra detrás, otro era jaleado por los alumnos para que saltara, con la fortaleza de fondo, mientras le hacían una foto y la profesora, una mujer morena que bien podría haber servido de modelo a Julio Romero de Torres, miraba a sus compañeros con resignación mientras los alumnos hacían miles de instantáneas con sus móviles.

—Juventud, divino tesoro que te vas para no volver — oyó decir a su espalda lo suficientemente cerca como para comprender que se lo decían a ella.

Se giró y vio a un hombre detrás.

Gafas de sol, sombrero fedora de copa partida y apoyado sobre un bastón blanco, parecía mirar hacia la Alhambra como si fuera un turista más, pero no lo era. Ni turista, ni miraba.

Era ciego.

—Disculpe mi atrevimiento, pero estaba usted ahí y he pensado... ¿Cómo puede una mujer así estar sola contemplando una maravilla como esta?

Cada una de las palabras de aquel hombre suscitaban más preguntas.

¿Cómo sabía que ella era una mujer? ¿Cómo sabía dónde miraba? ¿Cómo sabía que estaba sola? ¿Era un ciego de verdad?

—Juan Vargas, gitano y ciego de Granada para servirla en lo que sea menester —dijo mientras hacía una profunda reverencia—. ¿Qué hace una mujer como usted en un sitio como este?

No sabía por qué, pero había algo en aquel hombre que le daba confianza. No era precisamente joven y la forma de acercarse a ella, tan seguro de sí mismo pese a su ceguera, le hizo pensar que, o bien la engañaba, o hacía años, quizás toda la vida, que padecía la falta de visión.

—¡Juan! ¿Cómo te encuentras, hombre? —dijo Ángel apareciendo a su espalda—. ¿Ya has conocido a mi nueva jefa?

Estábamos presentándonos ahora.

El bolsillo vibró y ella no pudo dejar de mirar la pantalla del teléfono. Una cara y un nombre dominaban la pantalla. «Pablo». ¿Y si...? «No es el momento», se dijo mientras su mente volvía a Granada. A la plaza, al ciego, a Ángel, que le hablaba como si se conocieran de siempre.

Carmen suspiró. Si Ángel, la única persona que conocía en aquella extraña ciudad, se dirigía al ciego con esa confianza, ella no debía ser menos. No tenía nada que perder presentándose.

—Me llamo Carmen López Corbián, soy topógrafa del Instituto Geográfico Nacional y me muero ahora mismo por una taza de café.

—Allí mismo hay un bar —señaló Ángel—. Id a desayunar mientras yo voy a revisar que el material esté en su sitio.

Carmen y Juan se acercaron al bar. Sobre la puerta lucía su nombre «El mirador de la Alhambra». No hacía falta ser original con los nombres en lugares así. Se sentaron en una de las mesas junto al cristal que dejaba ver la plaza y pidieron dos cafés con leche y unas tostadas con tomate y aceite que, según dijo Juan «son la mejor forma de empezar una dura jornada de trabajo».

—Así que topógrafa. Usted nunca había estado por aquí. ¿De dónde viene y para qué?

—De Madrid. Llegué ayer y me quedaré un tiempo en la ciudad. Me han asignado de topógrafa jefe para realizar un levantamiento de todo el barrio del Albaicín. Con las cuevas, callejuelas y recovecos de este barrio creo que no será cosa de pocos días.

Perdone, ¿qué es un «levantamiento»?

—Lo siento, a veces pienso que la gente entiende mi jerga. Verá, un levantamiento es hacer las diversas mediciones topográficas de... —era curioso que un hombre ciego tuviera unos ojos tan expresivos. Juan levantaba las cejas mostrando que no entendía una palabra, pero con ganas de

aprender—. Empezaré desde el principio. La topografía estudia la superficie de La Tierra. Se encarga de medir y registrar los puntos característicos de un terreno: establece sus ángulos, sus alturas y sus contornos mediante coordenadas geográficas. La Tierra se encuentra en movimiento constante y debemos, de alguna manera, seguir mirando y recalculando de vez en cuando. Cuando se produce un movimiento tectónico continuado se debe hacer un nuevo «levantamiento» y volver a calcular respecto a los cálculos originales o a los inmediatamente anteriores, para ver si ha habido algún cambio significativo.

—Entiendo. Ustedes vienen y miran a ver si todo está en su sitio. Y, ¿por qué Granada?

El camarero había servido las tostadas y los cafés y le había dado una cariñosacaricia a Juan en el hombro. Al parecer el gitano era una institución en la zona.

—Granada está situada en una zona de inestabilidad tectónica. Las placas de Eurasia y Nubia, que es la placa más al norte de África, forman un arco entre las sierras Béticas y la zona de Rif marroquí enmarcando el mar de Alborán. El acercamiento de estas placas provoca diversos terremotos y los que sucedieron hace unos meses fueron inusualmente fuertes. Hay que hacer un levantamiento de la zona del Albaicín porque, al ser un barrio tan extraordinariamente caótico en su estructura y estando en la ladera de un monte hay que vigilarlo.

Es lo que tiene un barrio como este que es Patrimonio de la Humanidad.

Carmen asintió como respuesta y luego se dio cuenta de que esa respuesta le valdría a un hombre como Juan. Iba a decir algo cuando él preguntó:

—¿Ha estado usted en la Alhambra alguna vez?

—No. Es mi primera vez en Granada.

—Entonces no tardará en ir. Cuando vaya tiene que fijarse en algo. El Patio de los Leones. Obviamente usted pensará que ya lo ha visto en mil fotos,

pero me gustaría que cuando vaya procure no verlo, sino sentirlo. Cuando yo era pequeño fui a una visita especial para gente invidente. Tengo cincuenta y tres años y eran otras épocas. Nos dejaron tocar ciertas partes del monumento, cosa que ahora es impensable. Y hubo una cosa que me llamó mucho la atención en aquel patio. Tiene ciento veinticuatro columnas de mármol, frías como el hielo. Lo que me sorprendió fue que, entre la base y la columna y entre el capitel y la columna había una fina plancha de metal. De plomo concretamente. Esas planchas de plomo absorbieron en su día la energía de los terremotos y los recondujeron. Ahora no hacen ya esa misma función, pero fue clave en sus primeros momentos. Aquello me hizo querer estudiar más. Leer sobre mi ciudad y fue cuando me puse serio con el braille.

—¿Le gusta leer?

—Por favor, soy mayor, pero no me trates de usted —ella susurró un «perdona»—. Leer no me gusta, me apasiona. Es posible que no haya en el mundo nada más estimulante que el conocimiento. Cuando eres ciego y lees un libro que habla de colores todo es diferente para ti, podrías pensar que no tiene sentido, pero puedo imaginarme las cosas de otra manera. No son colores, son olores. El campo verde pasa a ser el olor de un campo recién cortado, el rojo pasión pasa a ser cualquier sentimiento de amor desbordado, y el negro es, bueno, para mucha gente es tristeza y desesperanza. Para mí es la vida. Y te aseguro que la mía es maravillosa.

Unos nudillos golpearon el cristal.

Ángel estaba allí, con un chaleco reflectante y un casco. En su mano cargaba un trípode y un prisma. Detrás de él, otro obrero, espigado y con cara de acabar de salir de la cama, cargaba un maletín con una estación total. Una TOPCON de última generación. Era hora de irse.

—Ángel me llama. Debemos empezar. Me ha gustado mucho conversar con usted... contigo. He aprendido mucho. Espero verte de nuevo.

Aquí estaré Carmen, soy el ciego de Granada.

El día fue intenso. Trabajo y frío. Cuando alguien piensa en Andalucía su mente se llena de calor, de sol, de alegría y de fiesta. Olvida muchas veces que también es Sierra Nevada, que también es esquí y que son las cumbres nevadas del Mulhacén.

Carmen y la cuadrilla levantaban distancias, alturas. Empezaron en un punto, cerca de la cruz de la plaza de San Nicolás. Estaba marcado en el suelo con una especie de placa redonda en el lugar donde se juntaban las puntas de cuatro baldosas. Desde ahí, gracias a la tecnología de la estación total, tomaban nota de las distancias, coordenadas y poco a poco rellenaban croquis y estadillos con datos y más datos.

El aparato era lo más preciso que se podía encontrar en el mercado. Permitía guardar la información para pasarla después a un ordenador, pero Carmen prefería apuntar también en el cuaderno como había aprendido a hacer. Era unade sus manías de formación, una que Pablo había criticado muchas veces. Parecía que hacía doble trabajo, pero para ella era clave asegurarse y sabía que después, tranquila en casa, situaría el plano del barrio sobre la mesa y marcaría los puntos UTM que estaban levantando; marcaría alturas y distancias. Es posible que muchos puntos continuasen invariables, pero otros, aunque fuera un milímetro, podían convertirse en algo complicado.

Era ya la hora de acabar la jornada cuando un niño se puso a su lado mirándolo que hacía. Le recordó a sí misma de pequeña, cuando todo suscitaba las preguntas más extrañas.

—¿Quieres algo?

—Me llamo Héctor. Mi tío Juan me ha dicho que con usted puedo aprender mucho y aquí estoy. ¿Qué es lo que está haciendo?

Carmen levantó la vista y vio acercarse al ciego. Era extraño que supiera controlar tan bien sus pasos en un suelo tan irregular, empedrado, con cantos saliendo y que en verano eran un suplicio para mucho turista en chanclas. Juan usaba el palo blanco, pero a veces parecía más un adorno. Se movía con agilidad, estaba claro que ese suelo era su casa.

—Esto es una estación total. Es un aparato que mide muchas cosas. Mide distancias y también marca ángulos, pero lo hace con mucha precisión. ¿Ves aquel señor de allí? —dijo señalando a Ángel que mantenía rec- ta una vara—. La estación envía una señal hasta el palo que tiene en la mano, llamado prisma, y vuelve, de esta manera sabemos la distancia exacta. Además, tenemos conectado un GPS que hace que sepamos el lugar exacto en el que estamos y podamos usar las UTM. También nos dice si el otro punto está más o menos alto que donde estamos nosotros.

—¿UTM? ¿Más alto? ¿Qué quiere decir?

Juan había llegado ya y Ángel volvía hacia la posición. Carlos, el espigado, empezaba también a recoger. Quizás ella era la jefa, pero aquello tenía la im- presión de estar acabado.

—UTM son las siglas de *Universal Transverse Mercator*. Es un sistema de coordenadas basado en la cartografía de Mercator, un geógrafo del si- glo XVI que proyectó la forma más conocida de hacer mapas. ¿Has juga- do alguna vez a hundir la flota? —el niño asintió—. Pues eso hacemos, poner unas coordenadas, unas «casillas» del mundo. A1, C7, F9... pero estableciendo en puntos norte, sur, este, oeste... es un poco complica- do, pero muy útil.

Te dije que aprenderías mucho —dijo Juan mientras colocaba sus manos en los hombros del niño—. Vamos Héctor, que hay que ir a casa. Mañana vendre- mos otra vez y le podrás hacer más preguntas.

Adiós señorita UTM —dijo el niño mientras, de la mano del ciego, descen- dían por la calle.

Hasta mañana, Héctor.

Una sonrisa maravillosa se dibujó en el rostro de Carmen mientras veía al ciego y a su improvisado lazarillo caminar por una calle del Albaicín. Suelo de piedra, paredes blancas y un atardecer que sería el primero de muchos en un barrio creado para poetas.

Pasaron dos semanas de trabajo intenso y para Carmen todo fue cambiando. Era verdad que el trabajo y la ciudad de Granada eran un bálsamo total. Sus padres le trajeron su Citroën, paseó con ellos por la ciudad y visitó la Alhambra sin dejar de ver las columnas del Patio de los Leones y sus medallones de plomo. Se maravilló de cada patio, de cada estanque, de cada arco, de cada cenefa. Desde las ventanas de la Alhambra observaba los lugares que ahora tenían sentido para ella: el Albaicín, cuyos secretos se le iban revelando como las líneas de la palma de su mano, el mirador de san Nicolás, donde había conocido gente maravillosa, la carrera de Darro, junto al río que le da nombre.

Cada tarde charlaba un rato con Héctor y con Juan. La llevaron al Sacromonte y la sentaron a escuchar flamenco en el tablao de la familia del niño. Conoció a Dolores, la madre, a Antonio, el padre, y a la abuela, Carmen como ella. Todos la trataban como una más de la familia. Era raro descubrir lo que era la amistad con gente tan diferente.

¿Y Pablo? Había recibido llamadas suyas. Llamadas que nunca contestaba. Llamadas siempre precedidas por la foto que aún guardaba en su agenda de contactos: sonriente, barba recortada y gafas de sol. Era una foto de hacía un par de años, en las barcas del Retiro. No sabía por qué, pero cada vez que veía esa foto, que notaba el móvil vibrar con una llamada suya, que sabía que no iba a contestar, le venía a la cabeza *Whith or without you* de U2. Luego, sentada en el sofá, revisaba fotos o miraba su Instagram y se iba a dormir con una sonrisa en la cara y los buenos recuerdos en su mente. ¿Debía responder a la próxima llamada? Era una pregunta cuya respuesta siempre dejaba al nuevo día.

Una tarde Juan convenció a Carmen para subir a ver la puesta de sol al mirador de San Miguel alto. El mirador más alto de Granada se situaba junto a la iglesia del santo del mismo nombre. La panorámica de la ciudad dejaba sin aliento. Decenas de personas, en su mayoría jóvenes, se apostaban en las piedras, tocaban la guitarra, bebían cerveza, reían... vivían mientras el día moría.

Carmen habría querido tener el don de las palabras para describir la belleza de la ciudad a un ciego, pero sabía que, hiciera lo que hiciera, Juan ya sabía lo que había allí. Los olores, los sonidos... eran auténticas paletas de colores para él. Daban sentido a todo y lo dibujaba en su mente que, llena de oscuridad, estaba llena de luz.

—¿Qué hizo que quisieras estudiar topografía?

Era raro que en todo aquel tiempo nunca le hubieran hecho aquella pregunta.

—No es una historia muy espectacular, pero es la mía. Fue un verano y yo era muy niña. Recuerdo que hacía mucho calor y aún no habíamos ido al pueblode la abuela. Siempre íbamos a allí en verano —él sonreía con una mueca llenade nostalgia, como si la historia fuera también suya—. Vivíamos a las afueras dela ciudad y junto a nuestra casa, a unos trescientos metros iban a construir una urbanización. Aún recuerdo el cartel como si fuera ayer «casas de 3 y 4 dormitorios. Una casa con comodidades: un hogar». Yo jugaba en el porche de mi casa cuando mi padre abrió la puerta. Llevaba dos botellines de cerveza en la mano. Muy frías. Me miró y me dijo «ve y llévalas a esos hombres». Fue la primera vez que me di cuenta de que había gente trabajando allí. Había dos hombres con unos aparatos extraños, uno en un sitio, con un trípode, el otro aguantado un palo. No sabía entonces nada de su trabajo, de lo que hacían... nada. Cogí los botellines y fui hacia ellos. Recuerdo que uno estaba sin camiseta, con sus gafas y una gorra. Hacía un calor asfixiante y cerca de mí escuchaba los grillos reventando el silencio con sus ruidos. Caminaba, pero sentía también el sol sobre mi cabeza. Aquel trabajador era apuesto. Sus músculos, empapados por el sudor, mostraban cada una de las líneas de su cuerpo. ¿Me enamoré? No diría tanto, pero aún hoy recuerdo aquellos músculos inspiradores. También su sonrisa cuando le entregué el bottellín mientras daba gracias a que el calor climático maquillase mi calor personal. «Gracias» me dijo y yo, con mis pocos años y ruborizada salí corriendo hacia casa al refugio de mi porche, de mi padre, de mi hogar, de mi seguridad.

—¿Qué dijo tu padre? —preguntó Juan.

Llegué medio corriendo y medio ahogándome. Él me esperaba con un vaso de agua y una sonrisa agradecida. «¿Lo he hecho bien?», pregunté como preguntan los niños, con miedo de no haber acertado, de haber decepcionado. Solo me dedicó una sonrisa de oreja a oreja y un beso en la frente. Para mi padre ese beso era más respuesta que millones de versos y palabras. Miré ha-

cia los trabajadores y vi al joven sin camiseta saludar hacia donde estábamos y a mi padre hacerle una inclinación de cabeza. «¿Quiénes son?» Me atreví a preguntar. Recibí una sonrisa paterna como nunca y una respuesta que no esperaba. «Ellos son topógrafos. Los primeros en llegar y los últimos en marcharse. Su trabajo hace que siempre pisemos tierra firme, que siempre sepamos dónde están nuestros pies y que, en nuestro interior, tengamos la certeza de pisar sobre seguro».

Carmen acabó de hablar y miraba hacia abajo, hacia el palacio nazarí con sus luces anaranjadas. El silencio quedaba roto por el sonido de unas guitarras, unas coplas y unas castañuelas. Sabían que había más gente, pero solo la Alhambra, allí abajo, era testigo de la conversación.

La Alhambra y un atardecer.

—¿Y bien? —preguntó Juan al cabo de un minuto haciéndola regresar al mundo real.

—¿Y bien? ¿Qué? —respondió ella cortante.

—No me has dicho cómo tomaste la decisión de ser topógrafa.

Carmen le miró y sonrió con sorna para sí misma. Juan tenía razón. Le había explicado su historia, pero no había explicado lo que él quería, un «porqué».

—Un día escuché que las montañas seguían creciendo y entendí que la Tierra, que creemos siempre igual, tiene vida propia. Una vida lenta, calmada, pausada. Donde ahora ves una montaña, hace millones de años hubo un mar. El topógrafo mide esos cambios sutiles y me encanta.

Juan sonrió.

¿Sabes que yo no soy tío de Héctor? Son mis vecinos, pero no somos familia o, al menos, no somos familia de sangre. Estaba un día en la puerta de casa leyendo la Iliada de Homero. Cuando unos chavales se pararon frente a la puerta del vecino gritando «¡Héctor!», «¡Héctor!». No eran buena gente, delincuentes juveniles. Sus gritos me recordaron a Aquiles gritando el nombre del

príncipe de Troya al que está a punto de matar. Aquellos chicos iban a llevar a Héctor por el mal camino. Lo iban a llevar a la perdición, como los gritos de Aquiles llevaron a Héctor a la muerte bajo las murallas de Troya. Les mentí, les dije que Héctor había salido y se marcharon antes de que el niño apareciera por la puerta. Hablé con él, con sus padres y les dije que me haría cargo de acompañarlo por la mañana y por la tarde, que cuidaría de él. Por eso me llama tío. He pasado a formar parte de su familia. Dolores dice que soy una especie demilagro para el chico. Ha mejorado en el colegio, ha cambiado de amistades y ahora dice que de mayor irá a la universidad.

—¿Por qué me cuentas esto, Juan?

—Porque hablas de que la Tierra crece, se mueve y vive a un ritmo muy diferente al nuestro. Tu lees sus líneas, sus altimetrías, sus subidas y bajadas, y entiendes qué ha sucedido o qué puede suceder. Cuando yo leo en braille me pasa lo mismo. Mis dedos captan subidas y bajadas y entiendo lo que sucede o lo que puede suceder en una historia que aparece en un cerebro que nunca vio nada. En cambio, las vidas que vivimos, las nuestras y las de los que nos rodean no las podemos dominar, no las podemos leer, no las podemos intentar entender. Las hemos de vivir.

El sol empezó a descender entre cantos y guitarras. La Alhambra quedaba enmarcada por el color anaranjado del atardecer que convertía en mágico el choque de luz con los ladrillos rojos de los palacios nazaríes.

—Hay una frase que decía mi abuela —dijo Carmen sin poder dejar de mirar el espectáculo del atardecer—. Era algo así como «Dios escribe recto con renglones torcidos».

—¡Exacto! ¡Eso es lo que hacéis los topógrafos!

—¿Qué quieres decir?

—Leéis la creación de Dios, leéis La Tierra. Es vuestro braille. La superficie de nuestro planeta no es plana, debemos entenderla, leerla para vivir en ella. Los topógrafos leéis los renglones torcidos de Dios donde nos toca vivir.

Nunca se había dado cuenta de aquello. Nunca había sido tan consciente detener en su mente, en su mano, en su teodolito o su estación total algo tan profundo y bello. Igual que nunca vería un atardecer como aquel. Era un instante único. No había palabras, solo la maravilla de un momento único.

Las montañas se comieron al Sol frente a toda la gente que esperaba aquel momento. La Alhambra se iluminó artificialmente y un aplauso cerró la escena, como si hubiera bajado el telón de un teatro. Otra Granada surgía a sus pies, luces y oscuridad. Daba igual. Granada era mágica de día y mágica de noche.

Juan montó el bastón blanco, se cogió del brazo de Carmen y en silencio emprendieron el camino de vuelta.

—¡Dale limosna, mujer, que no hay en la tierra nada como la desgracia de ser un ciego en Granada! —les gritó alguien junto a la puerta de San Miguel.

Carmen pareció disgustarse, pero Juan sujetó su brazo.

—No le digas nada. Esa frase es una verdad como un templo. Más grande que la Alhambra. Y no lo pienses, no es una frase que me ofenda. Todos somos ciegos en Granada. Todos somos ciegos en el mundo en que vivimos. Pero entre los ciegos los topógrafos sois una excepción porque leéis el braille de Dios.

Siguieron caminando. Guiados por Carmen, que era los ojos de los dos, bajando hacia la ciudad, procurado pisar firme y no tropezar con aquellos renglones torcidos.

De pronto el móvil sonó. La misma imagen de siempre, el sonriente Pablo con gafas de sol remando en una barca del Retiro, la misma melodía de siempre, *With or without you*, de U2, que sonaba últimamente en su cabeza cuando veía que llamaba él... ¿era el momento?

—Contesta, Carmen —dijo Juan con una sonrisa.

Ella le acercó a una piedra para que se sentara y le pidió que le esperara allí mientras se alejaba para hablar.

Juan la sintió alejarse y contestar al teléfono. Se le oía feliz. El amor, pensó, es otro de esos renglones torcidos de Dios.

Crónicas de la ascensión al Pico Basilé.
Fernando Poo (1965 - 1966)
José Eduardo Balabasquer López

Crónicas de la ascensión al Pico Basilé. Fernando Poo (1965 - 1966) José Eduardo Balabasquer López

CRÓNICA 1 - 1965

La isla de Fernando Poo, hoy Bioko, tiene una forma de L invertida, gruesa y roma. Está situada cerca del ecuador, a 3° 30' de latitud norte y 8° 41' de longitud este, en el golfo de Guinea. Tiene por tanto un clima ecuatorial y está cubierta de tupidas selvas, en gran parte vírgenes. Selvas lluviosas que van cambiando en función de la altura, pues su geografía posee un macizo central con elevaciones montañosas considerables, que condicionan su flora y fauna. Al norte, el Pico Basilé alcanza los 3014 metros de altitud, y al sur se sitúa el Pico Biao, con 2009 metros de altura y la Gran Caldera de San Carlos o Luba, con crestas de más de 2200 metros de altura. Dicho sea todo lo anterior a modo de descripción somera del entorno.



*Pico Basilé visto desde Malabo
en la actualidad*



*Expedición ya en la cima de
Pico Basilé, marzo de 1966*

Los trabajos de la expedición a la cima del Pico comenzaron en otoño de 1965 y tuvieron como objetivo definir el trazado de una carretera hasta dicha cima, a fin de ubicar allí una antena emisora de TVE, con cobertura en todo el territorio guineano, incluyendo la zona continental a más de 200 km de distancia, el punto más cercano.

Mi padre nos contó que la cima del Pico había sido coronado antes algunas veces por expediciones de gentes con agallas y espíritu aventurero. En el siglo XIX se referencia una primera subida al Basilé de algún inglés que recaló por Fernando Poo. En los años 30 o 40 del siglo XX una expedición de la Misión Católica lo logró por puro deporte y, años más tarde, una expedición de naturalistas alemanes consiguió alcanzar la cima y catalogar varias especies animales y botánicas hasta entonces desconocidas. En diciembre de 1963 se realiza la última ascensión documentada al Pico, por alumnos y profesores de la Escuela de Magisterio. Emprendieron la marcha en la mañana del 20 de diciembre y regresaron en la noche del 23, siguiendo una senda de cazadores *bubis* e improvisando el trayecto, a veces con un esfuerzo considerable.

En aquellas fechas las laderas estaban prácticamente vírgenes en su totalidad y su vegetación consistía en una selva impenetrable y densa, variable en función de la altitud. Arrancaba en las lindes de las últimas fincas explotadas, a unos 500 m de altura, como una selva tropical de baja cota. Según se ascendía se iba transformando en un bosque lluvioso, a unos 1500 m de altura aparecía una pluvisilva de montaña, también densa y a menudo cubierta de nubes. Finalmente, a partir de los 2000 m el bosque era muy especial, ya que constaba de árboles de menor porte, cuajados de líquenes, hasta que, prácticamente en la cima, se encontraban extensiones de matorral espeso y praderas de gramíneas. Y digo muy especial, porque ese bosque llega hasta la base misma del cráter, a unos 2800 m de altura, pero el sotobosque a nivel del suelo es endiabladamente espeso e intrincado, siendo difícilísimo el tránsito. Además, existía allí el agravante de las nieblas frecuentes y que por la noche las temperaturas bajaban hasta unos 12 grados. Si a esto añadimos la posibilidad de vientos, el panorama climático no podía ser más distinto al del resto de la isla.

La singularidad de esta expedición era que, en esta ocasión, no se trataba de alcanzar la cima simplemente, sino de tomar las mediciones exactas para levantar los planos precisos de una posible carretera con unos parámetros

técnicos viables. Es decir, poder redactar después un Proyecto técnico en los despachos, con unos datos definitivos, y además detallar y perfeccionar la cartografía existente del Pico Basilé. Para ello era necesario subir hasta los 3014 m de la cima, a través de una espesa selva y con la meteorología que hubiera que soportar. Se trataba de una montaña de la que no se tenían planos topográficos fiables que sirvieran de base, había que hacerlo todo. Una montaña inmensa plagada de barrancos desconocidos y algunos, como la enorme caldera de Bonyoma, visible a simple vista desde Santa Isabel, con unas paredes cortadas a pico y cubiertas de bosque en su totalidad.

Por ello se eligió una ruta inicial por la ladera norte, *a priori* con más posibilidades de permitir el trazado de la carretera, pues la ladera este era igual de accidentada o más, con barrancos tan abruptos como el del río Cope, que suponían un obstáculo insalvable.

La expedición la componían: Ramón Izquierdo (Ingeniero industrial), José M^o López Padilla (Ingeniero de Caminos), Alfredo Sauras (Capataz de la empresa ESGA), dos cabos de la Guardia Colonial y doce hombres más, en calidad de porteadores y retenes en los campamentos que se irían escalonando.

Ramón Izquierdo era amigo de mi padre y el tipo de persona, «sabio distraído», conversador ameno y, sobre todo, con un gran corazón. Un valioso compañero en situaciones difíciles, como las que se avecinaban.

Alfredo Sauras era un capataz experto y baste decir que, en una ocasión, en la Guinea continental, fue mordido por una serpiente *Cerastes* y pudo salvar la vida porque los nativos de la zona le aplicaron un emplasto de hierbas, tras abrirle y succionarle la herida. Y de mi padre, José María, cualquier alabanza mía sería subjetiva y, por tanto, prefiero omitirla. Sólo mencionar que, por este trabajo y por su trayectoria profesional en Guinea le fue concedida la medalla al trabajo de la Orden de África, meses después.

Y así, las primeras salidas al Pico se hicieron en octubre de 1965, sobre los primeros tramos de trocha y los expedicionarios podían ir y volver en el día. Era lo normal y regresaban a Santa Isabel al anochecer, tras una jornada agotadora desde el amanecer. Según se iba avanzando, fue necesario empezar a establecer campamentos y pernoctar en ellos, limitando las bajadas a la ciudad.

La idea era que esos campamentos formaran una cadena de conexión, para cuidar así de que la trocha quedara despejada permanentemente, impidiendo que la selva volviera a invadirla.

Esta situación idílica se pudo mantener hasta los 1200 o 1500 m, momento en que ya solo se bajaba a la ciudad una vez por semana, pues regresar a Santa Isabel empezaba a suponer una gran caminata. Las bajadas se espaciaron y la última que recordamos en casa fue en las navidades de 1965, que actuaron como pausa para celebrar las fiestas en familia. A partir de ese momento comenzaría la verdadera aventura hasta los 3014 m del Pico Basilé.

CRÓNICA 2 - 1966

Tras las navidades de 1965, comenzó la fase crucial de la expedición. Las fiestas sirvieron para ultimar todo y descansar, pero terminaron y llegó el momento de dejar atrás la comodidad, la seguridad de la ciudad y a las familias.

No se sabía el tiempo necesario para llegar arriba, con el trazado correcto de una carretera posible, pero no se podía permitir que llegara la estación de tornados, porque gran parte del trabajo se perdería, comido por la selva.

Eso supondría perder muchos meses, hasta el otoño siguiente, por tanto había que planearlo todo bien y prever cada problema posible, incluyendo los aspectos logísticos y humanos. No había precedentes de una obra de esa envergadura en Guinea, con los condicionantes que esta tenía y los medios materiales disponibles.

Para empezar, la trocha abierta hasta entonces debía mantenerse, dejando cada cierta distancia un par de hombres en campamentos, encargados de mantenerla libre de *bicoro*. De esa forma, Santa Isabel quedaba a un día de marcha, de ser necesario bajar.

El bosque, hasta esa altura de los 1200-1500 m, era denso pero más transitable que a partir de ese momento. Los árboles eran de gran porte, pero con menos sotobosque a nivel de suelo y mantener la trocha era más fácil; se podía encontrar todavía alguna panorámica y una orografía reconocible a grandes rasgos.

El problema más importante era la forma de conseguir agua con regularidad, comida y los medicamentos necesarios en adelante. Hasta esa altura se encontraron ríos y manantiales, pero las laderas del pico son muy inclinadas y, a partir de esa cota, no existirían corrientes permanentes de agua. Como mucho, se suponía que habría charcas aisladas y, siendo su localización puro azar, la necesidad de asegurar agua potable a la expedición no se podía improvisar. En el peor de los casos llevaban pastillas potabilizadoras, pero esa era una solución a la desesperada y no bastaba. El tema de la alimentación se paliaba en parte con la caza y, por tanto, no era tan acuciante como el agua y las medicinas.

Hubo curiosas anécdotas, como la del único cocinero que hasta entonces acompañaba a la expedición. Al tercer día de retomar los trabajos, no le encontraron en el campamento al amanecer. El hombre llegó a mi casa a los tres días en un estado deplorable y, cuando pudo recuperarse, le dijo a mi madre que no podía continuar, porque allí arriba había mucho *morimó* y... «cuanto más arriba se subía, más *morimó* había».

Por lo demás y en el aspecto humano, aparte de los dos cabos de la Guardia Colonial, los doce braceros llevaban machetes durante el día para mantener la trocha y ayudaban con la impedimenta del trabajo de campo. A veces se les dejaban armas de fuego para poder cazar y montar guardias, cuando tenían que quedarse solos en los puestos algún tiempo, y la única precaución al respecto era recoger las armas durante la noche. Estos hombres eran voluntarios que, estando presos en la cárcel por delitos de sangre, se sumaron a la aventura a cambio de una reducción o anulación de sus penas. La mayoría eran nigerianos, y mi padre alabó siempre su comportamiento. Fueron seis meses muy duros, aguantaron con total lealtad y resultaron ser gente excelente, sin cuya ayuda no se habría podido finalizar a tiempo y con éxito aquella expedición.

Volviendo al problema del agua y las medicinas, se ingenió un sistema consistente en intentar aprovisionar a la expedición periódicamente desde el aire, utilizando los aviones T-6 que el ejército tenía en su base del aeropuerto viejo de Santa Isabel.

Aun así, siendo la única forma posible, no estaba garantizada su eficacia, porque recordemos que estaban atravesando un bosque prácticamente vir-

gen, endiabladamente enmarañado y, a partir de esa cota, aún más espeso y lento de transitar. De forma que la mayor dificultad para el avión era establecer contacto visual con la gente de tierra. Los expedicionarios iban provistos de una radio con batería, que no siempre funcionó perfectamente. También estaba por ver si, una vez que los expedicionarios comunicaran al T-6 por radio su posición aproximada, era posible soltar los fardos con un grado de precisión suficiente como para ser encontrados en tierra. Localizar desde el aire a gente que se encuentra en plena selva, sin ningún claro para establecer contacto visual, es prácticamente imposible. Los T-6 eran aviones de caza antiguos, con mucha potencia de motor y poca capacidad de planeo, es decir, sin motor caen como un peso muerto. Los motores debían ser potentes para el combate, pero su velocidad era un inconveniente ahora, para la precisión en la suelta de bultos y la localización de estos por los expedicionarios, pues la espesura endiablada de la selva ecuatorial lo impedía.

Las primeras veces que intentaron el suministro con los T-6, los envíos se perdieron, lo que provocó la desesperación de la gente en tierra, el avión no podía hacerlo mejor y ellos tampoco. El aparato pasaba muy cerca, pero el bosque amortiguaba el sonido del impacto de los bultos y no eran capaces de encontrarlos. La frustración era grande por el imposible contacto visual por la espesura del bosque, así que comenzaron a recurrir al ancestral sistema de señales de humo tras el contacto por radio. Muchas veces tuvieron que renunciar al agua y lo demás soltado por el T-6, tras horas de búsqueda, pues, en ese bosque, 60 o 100 m de distancia son la diferencia entre el éxito o el fracaso. Otras veces, después haber conseguido por fin llegar a los fardos en tierra, la mitad se habían roto por el impacto y el agua se había derramado... vuelta a empezar y a beber agua de charcos, potabilizada con pastillas.

Mientras tanto, no había más remedio que seguir con los trabajos puramente técnicos. Mediciones, levantamientos taquimétricos y apertura de trochas a golpe de machete. Los hombres iban a ciegas y el encuentro con un barranco intransitable e inesperado obligaba a menudo a replantearse un nuevo itinerario desde centenares de metros atrás.

El piloto habitual que lanzaba los víveres desde el aire era el capitán Miguel Delgado Rosique y, en mi familia, ese nombre se ha pronunciado siempre con gratitud y afecto. No sé si lo hacía por amistad o por coraje, pues la

misión le debió suponer un reto profesional considerable, pero se estableció así una compenetración importante entre tierra y aire, ideándose una solución perfeccionada para el tema del suministro de agua, consistente en rellenar con ella una cámara de rueda grande, pero solo al 50 %. Así lo hicieron y definitivamente funcionó, la cámara era así más flexible, aguantaba mejor el impacto con el sotobosque e incluso rebotaba sin romperse. Era importante, porque la comida era recuperable, aun golpeada, pero sin agua no podían estar y, aunque parte del equipo quedaba en campamentos más abajo, arriba se movían a diario 8 o 10 personas. Por fin tenían resuelto el problema y la expedición podía dedicarse a su trabajo plenamente.

CRÓNICA 3 - 1966

Esta crónica y la siguiente son duras de relatar, porque hay en ellas luces y sombras, ambas de igual intensidad y cargadas de emociones contrapuestas. Lo ocurrido fue como una analogía de la vida misma para aquellos que, de alguna forma, tuvieron algo que ver con ello.

Continuaba la ardua rutina del trabajo en el bosque y, una vez solventado el problema del suministro por aire, surgieron dificultades técnicas para los ingenieros de la expedición, que siempre tenían el mismo origen: la densa jungla y la imprevisible orografía del Pico.

Para dibujar la carretera en los tableros de delineación primero era necesario ir situando puntos, con sus coordenadas exactas, en los cuadernos y tablas de campo. Cada punto a situar, quedaba referenciado al anterior, cuyos datos se daban por buenos, y así sucesivamente. En otro tipo de territorio ese proceso hubiera sido sencillo, pero en el bosque del Pico, en una estrecha trocha abierta en la jungla, la distancia abarcable por una mira era pequeña, con lo cual, el número de mediciones se multiplicaba. Pero eso, en sí mismo, era un trabajo profesional y las complicaciones que surgieron fueron de otra índole.

En ocasiones, al no conocerse la topografía de la zona, el itinerario se decidía por pura intuición. Pero si se encontraba de improviso un barranco imposible de sortear, una cortada a plomo u otro accidente geográfico, era obligado empezar de nuevo desde algún punto anterior e intentar otro trazado desde

allí, nuevamente por intuición. De la envergadura del obstáculo encontrado y lo acertado de la intuición dependía el éxito del nuevo intento. La ausencia de zonas despejadas desde donde ver una panorámica y tener una idea de dónde estaban y hacia dónde dirigirse era agobiante. En la espesura del bosque solo podían confiar en la experiencia y poco en los aparatos de medición, pues incluso las brújulas no fueron fiables, como pudieron comprobar después, al parecer, por la supuesta existencia de mineral de hierro en la montaña.

Por lo demás, todo transcurría satisfactoriamente en cuanto a los víveres. Rosique volaba regularmente y la expedición racionaba todo al máximo, pero eran muchas personas y necesitaban seguir potabilizando agua de charcas y cazar a diario. También recurrieron al agua limpia que contenían las gruesas lianas que colgaban de los grandes árboles, cortándolas con machetes, costumbre que los muchos primates de aquellas selvas practicaban desde siempre al amanecer.

Otro incidente fue el siguiente: Las noches eran frías y se solía hacer un fuego para calentarse y cocinar, hasta recogerse en las tiendas de campaña para dormir; se cubrían entonces los rescoldos con grava y piedras, pero, esa noche, el viento los reavivó y propagó un incendio por las praderas de gramíneas de las faldas del gran cráter de la cima. Acabó por extinguirse solo, pero el resplandor se vio desde Santa Isabel y causó una gran alarma, entre otras personas a mi madre, hasta saberse que no hubo consecuencias. Aquello volvió a suscitar comentarios acerca del *morimó* del Pico, en los poblados costeros.

La cima del Basilé se coronó el día 5 de marzo de 1966 y, como testimonio, se clavó en la tierra una estaca con una tablilla de madera, grabada a fuego con los nombres de todos los participantes en la aventura. Esto no significaba que acabara ahí el trabajo, pero sí que fue exactamente ese día cuando se puso el pie en lo más alto del Pico y se culminó la fase crucial del trabajo. Por fin podían decir que habían llegado, con un trazado viable de carretera recogido en las libretas de campo.

La tablilla contenía, grabados a fuego, los siguientes nombres:

—Personal Técnico:
Ramón Izquierdo

José María López Padilla
Alfredo Sauras

—Cabos de la Guardia Colonial:

Adolfo Mbá
Luis Tomás Esene

—Porteadores:

Marios Mangle, Justo Sima, Ckarafor, Bassen Mene, Moisés Basen,
Oken Emanta, Esono Oto, Onaka Dikei, Linus Oktai,
Casto Pler, Etiene Biorm, Akbusn Lima

CRÓNICA 4 - 1966

No recuerdo cuándo ocurrió, pero debió ser antes de ese 5 de marzo de 1966, cuando se alcanzaron los 3014 m de la cima, aunque nadie de mi entorno recuerda la fecha exacta. En cualquier caso, parece que debió ser en febrero de ese año.

Desde la cima del Pico se sabía, aproximadamente, lo que tardaba en aparecer la familiar silueta del T-6 en el cielo, que era el vínculo de los expedicionarios con la civilización, un recordatorio de que no estaban solos. El avión tardaba en alcanzar la cima, pues debía hacerlo en círculos, ganando altura progresivamente. Ese triste día, el T-6 acababa de evolucionar y llevaba un rato en contacto visual con el personal de tierra, que en la cima sí era posible. Había soltado su cargamento y todo transcurría con normalidad cuando, después de unos saludos de despedida, desapareció, virando tras la falda del cono del Pico, maniobra habitual para regresar a su base.

Mi padre nos contó que se percibieron entonces, consecutivamente, dos cosas tras la cima. La primera, una parada súbita del ruido del motor y, de inmediato, un ruido sordo, inequívocamente de un impacto. En fracciones de segundo, la situación pasó a ser de desconcierto e incredulidad y, al instante, comenzó una actividad frenética. Todos temieron lo peor y la angustia se apoderó de la situación, durante unos momentos interminables.

En el silencio del Pico se oye con nitidez cualquier sonido, pero las distancias que la mente asocia son engañosas, por la claridad del aire, y el ruido puede provenir de mucho más lejos de lo estimado, de forma que, al desconcierto, se sumó la incertidumbre de qué dirección tomar. No había duda sobre el accidente, pero no tenían idea de su gravedad, a qué distancia había ocurrido y en qué dirección partir en su auxilio. Y así, se pusieron en marcha inmediatamente, en la dirección aproximada del avión, segundos antes de dejar de escucharse. Suponían lo peor, pero eran conscientes de que, para encontrar a la tripulación con vida, el acierto del itinerario a seguir era la diferencia entre conseguirlo o no.

Se envió un emisario al campamento más cercano, para que subieran todas las personas posibles a ayudar. Mi padre contactó inmediatamente con Santa Isabel por radio e informó de lo ocurrido, solicitando una expedición de rescate urgente, pues la trocha ya era transitable a pie desde Santa Isabel.

El aeropuerto confirmó que el T-6 no había regresado, pero todos guardaban un resquicio de esperanza de que todo fuera una pesadilla que podía desvanecerse. Y así, confirmado que el avión no había regresado a su base, la búsqueda continuó a duras penas, con la adrenalina a flor de piel.

Los miembros de la expedición no tenían medios de auxilio para una situación de ese calibre, ni herramientas, apenas comida y ningún material específico para auxilios de ese tipo, como camillas, sangre o respiradores, sólo disponían de lo básico.

Partieron totalmente a ciegas, a la búsqueda de un avión minúsculo, que podría haber caído en un radio de varios kilómetros a la redonda, en una dirección aproximada y a través de un tupido bosque, lleno de barrancos y caídas a plomo. No percibían indicios de humo y el avión estaría seguramente oculto por el bosque.

Tardaron horas en localizar el aparato y, mientras tanto, estuvieron en contacto permanente por radio con Santa Isabel. Mi padre, días antes, había hablado por radio con su hermano Manolo y suponía, como acordaron, que sería el acompañante de Rosique en ese vuelo ya que, como fotógrafo, aprovecha-

ba toda ocasión para hacer reportajes sobre la expedición. Pero ocurrió que, mi tío Manolo, soltero y no un ejemplo de puntualidad, había llegado al aeropuerto cuando el T-6 ya rodaba por la pista, pero mi padre no lo sabía en esos momentos. En su lugar, subió al avión el cabo Reina que, estando a punto de tomar sus vacaciones, pidió a Rosique que le llevara ese día.

Cuando por fin localizaron el T-6, mi padre, Ramón Izquierdo y Sauras ya estaban exhaustos por el esfuerzo físico y la adrenalina segregada, tras una caminata sin ninguna garantía de acierto. Creo que llevaban consigo a dos acompañantes nigerianos y, por toda herramienta, algunos machetes y un par de hachas pequeñas. Y así, el espectáculo que se encontraron les dejó la sangre helada. El avión tenía el motor totalmente empotrado en el suelo y la maraña de maleza y, quizá por eso, no se incendió o tal vez el combustible iba al límite. Los tripulantes, como presentían en silencio, habían fallecido con total certeza.

Mucho después, al contarlo mi padre en casa, no podía comprender cómo, con unos machetes y dos hachas pequeñas, pudieron romper el fuselaje de la carlinga del avión, hasta hacer un boquete tan grande como para sacar los dos cuerpos... pero lo hicieron. Mi padre comunicó a Santa Isabel el hallazgo del aparato, las circunstancias y solicitó de nuevo la expedición de socorro.

Todo lo más que pudieron hacer durante la espera fue proteger los cadáveres con los paracaídas de color naranja que formaban parte del equipo del avión, supongo que meditar e imagino que tratar de consolarse entre ellos.

Acerca de esos momentos, que imagino terribles y en los que cada instante se siente como una eternidad, no conozco más detalles porque mi padre, cada vez que lo ha relatado después, se cuidaba mucho de darlos, en parte por su carácter discreto y en parte porque algo en su garganta le traicionaba.

Se organizó una primera expedición de ayuda que fracasó por la precipitación y, con muy poca diferencia de horas, salió otra expedición de socorro, esta vez sí, bien preparada. Baste decir que la organizó Jiménez Marhuenda, hombre experimentado que tuvo que auxiliar a los que ya estaban allí y a quienes habían subido precipitadamente. Mi padre se quedó afónico de tanto ha-

blar por radio, elevando la voz para paliar la agonía de las baterías, y llegó en un estado tal a Santa Isabel, acompañando a la comitiva que bajó los cuerpos que, por primera vez desde que llegó a Guinea en 1950, tuvo que guardar cama en un estado deplorable. Durmió mal durante días y se despertaba con pesadillas y temblores febriles, ajenos al paludismo.

Esta es la parte sombría e inevitable de una aventura, que, como otras tantas, pone de manifiesto el coraje y el amor a Guinea de todos los que vivimos en ella, a lo largo de varias generaciones. Sea este mi homenaje a *esa generación* de nuestros padres, sin la cual la Guinea que conocimos no hubiera sido la misma, ni posiblemente la de ahora.

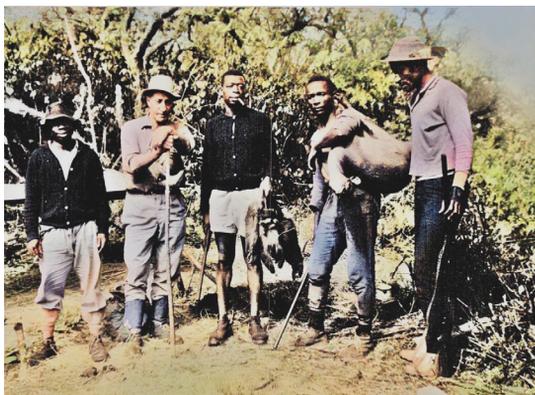
Es justo también rendir un homenaje a D. Angel G. Cogollor, Ingeniero Geógrafo que, durante toda su vida, ubicó en la isla de Fernando Poo innumerables vértices topográficos y geodésicos. Fue profesor en el Instituto de Santa Isabel y Director del Observatorio Astronómico y Sismográfico de Moka. Él fue quien ubicó en la cima del Pico Basilé el vértice geodésico original, con la altitud después actualizada de 3011,4 m, y otros en los muchos cráteres de los alrededores del primero. En todas las costas de la isla de Fernando Poo había vértices topográficos situados por él, indicando la altitud, muchas de ellos con un difícil acceso e incluso en edificaciones singulares cercanas, como en el Colegio Claretiano de San Carlos, hoy Luba.

Durante la apertura de la trocha inicial se fueron comprobando las alturas topográficas cada 100 m, pues había grandes áreas en las que muchas de las curvas iniciales se habían dibujado a base de interpolar otras entre las más fiables. Cuando, a mediados de 1966, pudieron entrar las máquinas para explicar y ampliar la trocha inicial, todo eso se fue comprobando con una mayor precisión. Esas obras fueron más tarde visitadas, en dos ocasiones, por D. Manuel Fraga Iribarne, entonces ministro de Turismo.

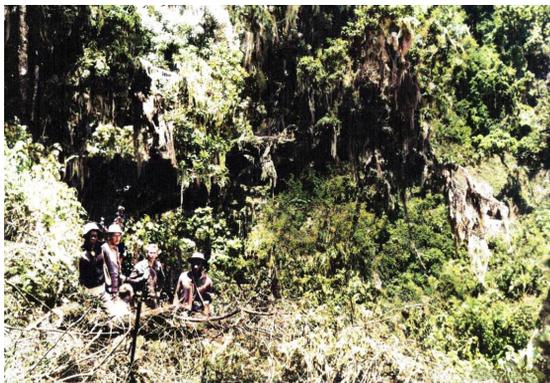
ANEXO FOTOGRÁFICO Y DOCUMENTAL



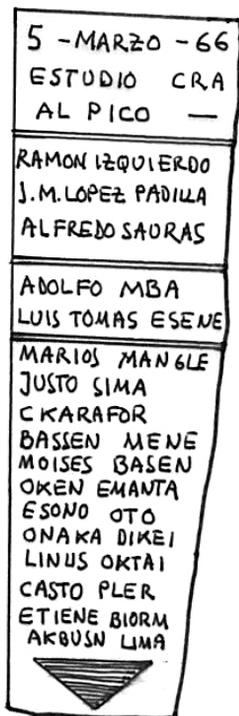
*Lugar del impacto del T-6,
muy cerca ya de la cima
del Pico*



*La caza fue una forma vital
de subsistencia*



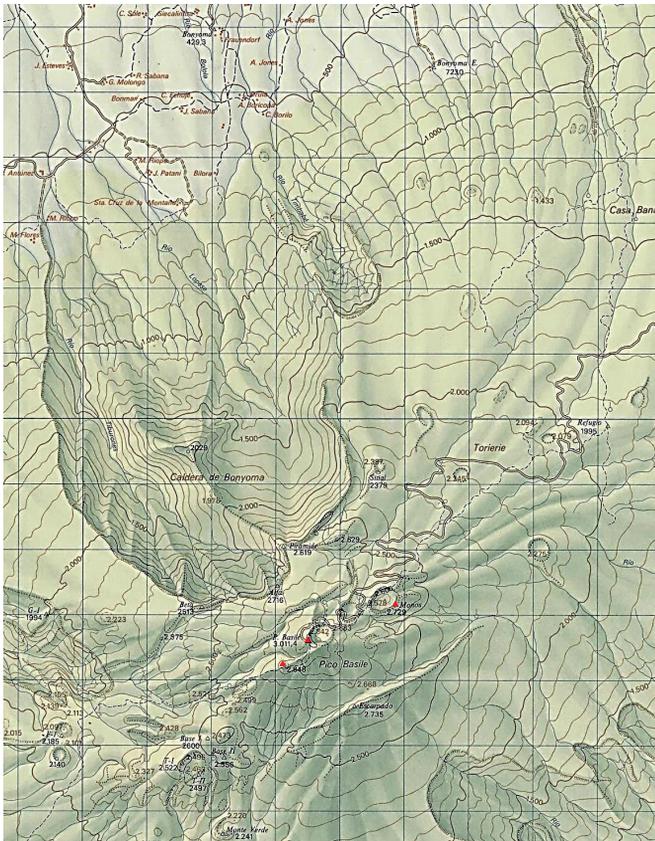
Espeura de la jungla en la cota 2000 m sobre el nivel del mar



Tablilla conmemorativa en la cima del Pico Basilé

Vocablos utilizados de uso común en Guinea:

- *Bicoro*: Maleza de lianas y matorral alto muy tupido, que imposibilita el paso.
- *Bubi*: Etnia autóctona de la isla de Fernando Poo y nombre de su propio idioma.
- *Morimó*: Según las creencias *bubis*, espíritus de diversa índole que moran en la espesura de las selvas de Fernando Poo, escrito en *bubi*, *Mmö*.
- *Trocha*: Senda estrecha abierta a machete en la selva virgen.



Sector del mapa de la República de Guinea Ecuatorial. Isla de Bioko. Instituto Geográfico Nacional de España - Actualización de 1980 y 1981 Equidistancia de curvas de nivel = 100 m, referidas al nivel medio del mar en Luba

A raíz de los trabajos de la expedición, se actualizó la altura del Pico Basilé a 3011,4 m, así como otras muchas curvas de nivel en una extensa área y se ubicaron otros vértices topográficos y geodésicos más, de 1er y 2º orden.



Visita de D. Manuel Fraga Iribarne a las obras de la carretera al Pico Basilé o Pico de Santa Isabel, en 1966 y 1967. A su derecha mi padre y, el segundo a su izquierda, D. Ramón Izquierdo



Visita de D. Manuel Fraga Iribarne a las obras de la carretera al Pico Basilé o de Santa Isabel en 1966 y 1967. Aún figuraba, en el cartel anunciador, una altura de 3008 m, actualizada después a 3011,4 m

La casa Vivar

José Antonio Bolonio Jiménez

La casa Vivar

José Antonio Bolonio Jiménez

I

Cuando Miguel entró en su despacho se encontró a una chica curioseando los instrumentos que había en la estantería: brújulas, niveles, sextantes...

Se sobresaltó al oírle entrar. Era Sara, su vecina, una joven delgaducha, no muy alta. Sostenía una carpeta en su brazo izquierdo, de cuya muñeca asomaban bajo la manga de la camisa un puñado de pulseras y abalorios. Es profesora en un colegio del barrio. Había estado allí unas semanas antes para preguntarle acerca de los recursos educativos del Instituto Geográfico Nacional.

—¿Qué tal Sara? ¿Se entretienen tus alumnos con las actividades?

—Hola Miguel. Están encantados. La verdad es que las estamos aprovechando a tope: mapas mudos, juegos... ¡Ahora los tengo que reñir porque se ponen a hacer los puzles en clase!

—Pues me alegro de que hayan sido de utilidad.

—Sí, muchas gracias, pero verás, quiero pedirte otro favor.

—Claro, lo que necesites.

—Mi tía Julia es soltera, es ya muy mayor, somos su única familia, vive con nosotros en casa...

—Sí, la conozco.

—Desde hace unos meses, continuamente está reviviendo recuerdos de su niñez. Se lamenta de no poder volver a aquellos parajes, junto a una especie de majada o algo así donde su padre pastoreaba. Ella iba allí con frecuencia siendo niña y allí conoció a un muchacho, Pedro, con el que pasó momentos inolvidables para ella, especialmente cuando dejaron de ser niños. Se intercambiaban notitas de papel que escondían en un muro de esta construcción. En un momento dado los dos tuvieron que marcharse de la zona sin saber la respuesta de su pareja. Hemos intentado explicarle que el lugar probablemente ya ni exista, pero, aunque fuésemos capaces de localizarlo, seguro que no quedaría nada de lo que dejaron, después de casi setenta años.

Cuando Miguel se disponía a hablar, le hizo un gesto con la mano y continuó.

—Ya sé que se te estarás preguntando para qué te cuento todo esto, concluyó.

Hizo una pausa y esperó a que sacara sus propias conclusiones.

—Pues lo único que se me ocurre es que has estado enredando con los mapas históricos del Instituto Geográfico Nacional y has pensado: ¿y por qué no podemos encontrar ese lugar? —dije, esperando no equivocarme.

—Efectivamente. Con el visualizador del mapa de Cervantes y el Madrid del XVII superpuesto a la ortofoto actual, he pensado: esta es la solución, Miguel me lo va a encontrar.

—No es el tipo de trabajo que desarrollo habitualmente.

—Te pagaré, naturalmente.

—No. Mira, vamos a hacer una cosa. Lo vas a buscar tú misma. Yo te digo las herramientas y datos de los que disponemos y lo haces en casa. Es como un juego, ya verás.

—Pero yo no tengo ni idea de...

—Es muy sencillo. Ven, siéntate aquí, en el ordenador.

—Por favor, entra en el navegador de internet y teclea en el buscador «comparador de mapas».

—¿Este del Instituto Geográfico Nacional?

—Sí. Entra ahí. ¿Cómo se llama el municipio?

—Domingo Pérez, en la provincia de Toledo.

—Pues tecléalo.

Sara va realizando todas las indicaciones que va dando Miguel.

—Mira ahí está. Cuidado, que hay otro en Granada.

—Aquí aparece.

—Si. Vamos a fraccionar la pantalla. Selecciona esa opción de «Visualizador en mosaico». Nos ha partido la pantalla en cuatro. En cada cuadrante podemos poner la información que queramos. Aquí tenemos las opciones. Podemos poner por ejemplo la cartografía del primer mapa a escala 1:50

II

—Adelante.

—Buenas tardes. ¿Conoces a mi tía Julia?

—Si claro. ¿Cómo está usted, señora?

—Pues un poco molesta por venir a incomodarle con estas chiquilladas de mi sobrina.

- No se preocupe, será un placer ayudarla.
- Se sientan los tres en el despacho. Miguel y Sara junto al ordenador, mientras la tía se queda apartada, con las manos sobre el bastón, dirigiendo la mirada algo perdida hacia la ventana.
- A ver tía, dices que vivíais en Domingo Pérez y salíais por un camino, pero ¿en qué dirección?
- Nosotros vivíamos en Domingo Pérez. Mi padre estaba de pastor con Don Servando. Pedro vivía en Santa Olalla y su padre también estaba allí de pastor. Las ovejas se recogían en lo que debió ser un próspero case-río con muleros, pastores, herradores... pero ya sólo quedaban un par de cercados y unas enramadas sobre las ruinas de alguna construcción.
- Debemos suponer entonces que la construcción que buscamos estará entre ambas poblaciones. Santa Olalla está hacia el nordeste.
- Los pastores dormían con el ganado e iban por casa una vez a la semana o cada diez días. Casi todos los días llevábamos la comida a nuestros padres. Si algún día no podíamos ir por el tiempo u otras circunstancias, comían un trozo de queso o unas cebollas cocidas, alimentos que podían tener allí sin que se estropearan.
- Yo iba caminando, pero Pedro venía desde su pueblo con una borriqui-lla, con las cántaras en las que se llevaba la leche ordeñada. Cuántos pa-seos dimos a lomos de... ¿cómo se llamaba? Piruja, eso es, Piruja. Gris, pequeña, dócil...
- ¿Cruzabas algún arroyo para ir?
- Cruzaba un arroyo, el de la Alameda, allí fuimos en alguna ocasión a recoger algo de leña. A Pedro le gustaba tallar figuras de madera con su navaja y la de chopo era blanda y, por tanto, ideal para eso. Tengo marcada en el recuerdo la cara sorprendida de Pedro cuando al levantar la corteza de un álamo provocó la salida de un murciélago que allí dor-mitaba. Cayó de culo del susto y yo también, de risa. Había otro arroyo

allí, junto al caserío. Después de las tormentas, íbamos a hacer carreras de barcos. Con sendos palitos, los soltábamos simultáneamente y los animábamos a navegar más aprisa. ¡Con qué poca cosa nos divertíamos!

—Mira. Arroyo de la Alameda.

—Casa del Guarda, Casa del Plantío, Casa del Cercado...

—En la Casa del Cercado había un pozo, enorme, con una noria preciosa. En época de riego un burro blanco giraba sin detenerse, ajeno a todo lo que le rodeaba. Íbamos a veces a beber allí. Subíamos el agua con una lata oxidada atada a una cuerda de pita. Había que hacer un movimiento de subida y bajada, chapoteando sobre la superficie del agua para que quedara limpia. Estaba muy fresca, se nos derramaba por la cara y el pecho cuando bebíamos, con ese sabor a hierro que proporcionaba el recipiente. Pero nuestro ganado no estaba ahí.

—Casa de la Viña, Casa del Raso...

—El Raso! ¿Cómo se me había podido olvidar? Ahí tenía el ganado Don Servando. Era el lugar donde se recogían los pastores después de carear el ganado.

—Pero, entonces, lo que buscamos es un edificio en El Raso ¿no?

—No. Nosotros nos alejábamos de allí siempre que podíamos. Cada vez nos resultaban más insoportables las miradas de los pastores y los muleros, sobre todo a medida que nos hacíamos mayores.

—Al final de la primavera, en los olivares que había yendo hacia Santa Olla, buscábamos nidos de jilgueros y verderones. No nos atrevíamos a coger los polluelos porque su primer mecanismo de defensa era cagar-se en tu mano, lo que provocaba las carcajadas del otro. Los dejábamos que fueran alimentados por sus padres, con intención de cogerlos cuando fueran capaces de alimentarse solos, pero siempre cuando llegaba el momento habían volado ya. Nuestras risas y el balar de las ovejas era lo único que se oía en aquellos parajes.

- Pues busquemos, en el camino hacia Santa Olalla, junto al olivar. Solo puede ser Casa Vivar.
- Casa Vivar. Eso es. ¡Casa Vivar! Tenía un pozo al otro lado del camino, y a partir de ahí hasta Santa Olalla todo eran olivares.
- Todo coincide. Es la Casa Vivar.
- Pero no sabemos si sigue existiendo.
- ¡Cómo que no! Lo podemos ver sin movernos de aquí. Activa en esta parte la ortofoto más actual en el comparador de mapas. PNOA Actual. Mira, ahí está la Casa Vivar de la minuta, ve desplazándote hasta que aparezca en la orto.
- Aquí está. Se ve perfectamente. Se encuentra en ruinas, pero aún queda mucho de la construcción. Está justo en el mismo sitio que la minuta, ¡joder que precisión, pero si estas minutas tienen más de un siglo!, ¡cómo podían hacer esto con los medios de los que disponían!
- Eso mismo me he preguntado yo muchas veces.
- Era un caserío grande con tres o cuatro naves. Pero en aquella época no había nadie allí. En la parte de atrás había unas cuerdas a las que se accedía desde una puerta ancha. Al entrar, en el rincón de la izquierda había a medio metro del suelo un ladrillo más oscuro que los demás. Estaba suelto. Si lo sacabas, daba acceso, con el brazo a un espacio algo mayor, donde dejábamos notas, objetos...
- Bueno, pues... ¡resuelto el enigma!
- Tía. Ve tú para casa que voy yo a hablar un momento con Miguel.
- Se la ve muy lúcida, a pesar de su edad.
- Sí, pero por dentro hay algo que la atormenta desde hace décadas. Cuando tenían 17 años y estaban más enamorados que nunca, manda-

ron al padre de Pedro a cuidar el ganado a otra zona, a Maqueda, creo que me dijo mi tía. Pedro, cuando podía, venía desde Santa Olalla para estar un ratito con Julia. Si no estaba, dejaba una nota en el escondite que nos acaba de describir con algún regalo, una flor, una pequeña talla en madera...

—Regalos de poco valor material y mucho sentimental.

—Figúrate que le talló una bailarina de madera, se partió por la mitad y cada uno se quedó con una parte. Ella lleva siempre su mitad en el bolso...

—Me decías que tuvieron que separarse...

—Ah sí. Un día, él la decía en una de sus notas que sus padres habían acordado con Don Servando que Pedro se iría a vivir a no sé qué pueblo de la Sierra de San Vicente para cuidar el ganado que tenía allí. Ya no se podrían ver. Ella le dejó su respuesta diciendo que se iría con él. Tenía todo listo. Sólo necesitaba saber día y hora. Pero la fatalidad quiso que su familia también cambiara de destino. Su padre dejaba de pastorear para hacerse cargo de unas fanegas de tierra en Extremadura, en fin, un lío.

—¿Y ahora vais a Santa Olalla a ver si hay respuesta, setenta años después?

—Sí. No tenemos nada que perder. Pueden pasar tres cosas: que no haya nada, que esté la nota tal y como ella la dejó o que haya una respuesta de Pedro. Ninguna de las tres opciones va a tranquilizar a la tía Julia. Quizá si fuésemos nosotros antes...

—¿Quieres decir nosotros dos?

—Claro.

—Reconozco que ya siento curiosidad por el final de esta historia, pero de ahí a hacerme partícipe de ella...

—Debemos buscar la solución que más satisfaga a mi tía, aunque sea mentira. Voy a pensarlo. Mañana hablamos.



III

—Vengo a darle las gracias. El domingo fuimos a la Casa Vivar. Tuve que esforzarme mucho para que no se notara que había estado allí una semana antes. Fue todo muy emocionante. Me miraba expectante mientras metía la mano en el hueco del ladrillo. Al ver el papel, sus ojos, húmedos de la emoción brillaban como un pez recién pescado. ¡Vamos, léelo, léelo!, me gritaba. Se lo leí tal y como lo habíamos escrito: «Querida Julia, he tenido que venir en la oscuridad de la noche a dejarte esta nota. Partimos con la salida del sol, pero espérame, volveré a por ti. Tuyo, Pedro».

—No sé si lo que hemos hecho es muy correcto.

—Ahora es otra persona, es feliz, canta a todas horas. Y yo también. Tengo la sensación del deber cumplido. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer.

Sara va a salir, pero vuelve para preguntar algo:

—Ah, se me olvidaba. ¿Tú te has atrevido con el *Escape Room* del IGN?

—No.

—¡Que mis alumnos lo han resuelto antes que yo!

—Tienen las mentes abiertas.

—¿Sabes lo que más me ha sorprendido? Les propuse cómo simbolizarían el relieve en un mapa, y las respuestas fueron de lo más ingeniosas, incluidas las que usaban los cartógrafos hace siglos, sin saberlo.

—Es gratificante tener alumnos así.

—Sí, pero que te ganen... Buenas tardes.

IV

—Hola, señora Julia. Me alegro mucho de que su historia haya tenido un final feliz.

—Vengo a darle las gracias, Miguel.

—No tiene por qué dárme las, con verla feliz me doy por satisfecho. Ha sido Sara la que encontró el lugar, yo solo le expliqué cómo podía hacerlo.

—Y el papel envejecido con café, ¿también lo hizo ella o fue idea suya?

—¿Cómo dice?

—No aparente sorpresa. Agradezco su buena intención, pero ¿de verdad creía que no reconocería la letra de Pedro? Era un niño sin apenas escolarizar...

—Lo siento, creo que me dejé llevar por el entusiasmo de su sobrina. Le ruego que me perdone.

—No se preocupe. Al menos ella proyecta felicidad. A veces pienso si toda esta historia no es fruto de mi imaginación. Si no fuera por esta pequeña talla de madera, pensaría que todo es irreal.

La señora Julia saca de su bolso una pequeña talla de madera. Es la mitad de una figura humana, como una bailarina. Está brillante, por el roce de sua-

ves caricias durante años. La mira, se la muestra a Miguel y la guarda de nuevo en el bolso.

Miguel, por su parte saca de un cajón de su despacho una pequeña cajita, que entrega a Julia.

—Para facilitar su perdón, me gustaría que aceptara este regalo, aunque, en realidad creo que es suyo.

Julia abre la caja y extrae una pieza de madera, la otra mitad de la figura.

—Pero...

Junta ambas piezas y las aprieta entre las manos mientras las lágrimas van aflorando en sus ojos.

Perdersse inversamente

Carlota Rodríguez

Perderse inversamente

Carlota Rodríguez

«No podía escribirte por sí mismo, pero conservaba su raciocinio y me pidió que te enviara estas palabras. Apenas estuvo dos días en el hospital; todo fue muy rápido y puedo asegurar que no sufrió. Incluso, tras terminar esta redacción, sonrió, como si estuviese aliviado y contento. Poco después se durmió».

Los fragmentos de la carta emergían de vez en cuando en los pensamientos de Marta, sin ser buscados. Recordaba perfectamente la sorpresa que le produjo descubrir que estaba escrita a ordenador y no con la natural y casi dibujada caligrafía de su abuelo. Como si una máquina de escribir estuviese golpeando cada letra escrita en Times New Roman contra su mente, la había leído atontadamente por primera vez. Su abuelo había fallecido en el hospital tras un inesperado ictus.

«Aliviado y contento». Marta se lo imaginó perfectamente, tan sereno como sabía que era, tan amable. Y eso que jamás lo había visto en persona. Más de 1400 km los habían separado toda la vida, una distancia creada tanto por las necesidades de empleo de los padres de Marta como por diferencias familiares antiguas cuya permanencia acusaba cierta tozudez. Las veces que había intentado averiguar más o razonar con su madre habían acabado infructuosamente. Las cartas eran la única excepción en la que su madre había transigido y en la que no había podido negarse a la insistencia de su abuelo sobre hablar con su nieta, aunque fuera de esa forma escrita.

Y de esta manera, cuando Marta tenía 7 años recibió su primera carta, una sencilla, natural: «Hola Marta, ¿qué tal estás?, soy Félix, tu abuelo, y te

escribo esta carta desde España, desde un pueblo muy pequeño que se llama Turmendro. No creo que lo puedas encontrar en un mapa, pero está en Asturias». Marta lo había buscado con ayuda de su padre nada más acabar de leerlo todo. Con el dedo sobre el punto aproximado se dio cuenta de que entre donde estaba ella, en Roma, y el punto, se encontraba un mar llamado el Mediterráneo. No es que entendiera mucho la escala, si estaba a días, horas o semanas de viaje, pero a partir de entonces la correspondencia fue continua, y a medida que Marta había ido creciendo, cada vez conocía más sobre su abuelo, y gracias a sus historias y anécdotas también sobre el pueblo donde vivía. Le contaba detalles de su vida, cómo durante una semana pensó que había perdido a su perro o cómo más de una vez había avistado un oso en la montaña. Él había sido pastor, pero además poseía sensibilidad y afán de conocimiento: algunas cartas eran auténticas maravillas, con dibujos de pájaros, árboles y hojas muy realistas. Solo un par de veces le envió fotografías, de él en su casa. Por su parte, Marta le contaba también pedacitos de lo que le ocurría diariamente en la escuela y luego en el instituto. Incluso le contaba problemas que no había compartido con nadie más, porque aquel intercambio obsoleto de palabras había conseguido forjar una gran confianza. Cuando le anunció que había conseguido entrar en la facultad de química, el orgullo de Félix hizo que las letras fueran más grandes y estuviesen como descolocadas, hacia arriba y hacia abajo, como si hubiesen estado saltando de alegría en el sobre. Indudablemente el hombre tenía sentido creativo.

Nunca más recibiría otra, pero la última contenía, además de los mejores deseos de su abuelo, una herencia abrumadora e inesperada: su casa. «Te la lego enteramente a ti, mi querida niña. Es mejor que te hagas cargo de ella en cuanto puedas, si no, puede que cuando llegues solo sea la madriguera de algo indeseable. Creo que me he dejado la puerta abierta». Marta sonrió. Por eso estaba ella allí, sentada en el cómodo asiento de un avión, mirando por la ventanilla jirones de nubes sobrevolando un gran mar azul. Mientras pasaba la azafata con el carrito, el señor de traje raído que había dormitado durante todo el viaje en el asiento contiguo aspiró fuerte, permaneciendo aun así escandalosamente inconsciente. Semejante aburrimiento de compañía había dejado a Marta a merced del ensimismamiento. Pero no era su manera de ser. Había sido muy decidida en casa, en contra de la opinión de su madre, que quería que se olvidase por completo de la idea de ir al pueblo. Sin embargo, se impulsó y, ayudada por su padre, más comprensivo, organizó todo en un

par de días. No llegaba al entierro, pero iría a buscar aquella casa y conocería aquel pueblo.

En ese momento vislumbró un margen de tierra que ponía fin al mar. Campos amarillos, aglomeraciones verdes y agrupaciones de casas componían un mosaico de juguete.

II

Alquilar un coche. Al final había tenido que alquilar un coche para poder llegar a su destino, y Marta no podía dejar de pensar en eso mientras lo conducía por una serpenteante y agreste pista de tierra. Transcurría por en medio de un espectacular bosque de robles, a intervalos surcado por tranquilos regueros. De no ser por la fuerza con la que agarraba el volante y la fijeza de su mirada en las sucesivas curvas se habría maravillado ante el paisaje. Sin embargo, poco a poco fue vislumbrando el grupo de casas que componía Turmendro. Menudas, de dos pisos como máximo, casi todas hechas de piedra, absolutamente todas con una parcela de jardín o huerta.

Aparcó el coche lo más ordenadamente que pudo en un hueco entre casas. El sol, resplandeciente, le obligó a entrecerrar los ojos un tanto. Aunque el pueblo se encontraba ya a una cierta altitud, a sus alrededores se erigían imponentes montañas rocosas, verticales. Algunas cumbres presumían de sus sombreros de nieve, última moda de la estación.

Dejó de mirar hacia arriba cuando sintió algo húmedo en la mano. Un perro pardo, de considerable estatura, le olisqueaba la mano con su negro hocico. Alrededor del cuello lucía un collar de pinchos digno de la más extrema banda de punk. Su sorpresa y su nerviosismo fueron en aumento cuando se dio cuenta de que justo al otro lado de la plaza en la que estaba, en el portal abierto de una casa, tres personas en corro la miraban detenidamente. Una señora regordeta, con la azada a modo de bastón, y dos hombres, uno fuerte y otro muy flaco, pero con una gorra parda que le sentaba como un pincel.

—¡Buenos días! —dijo Marta mientras acariciaba distraídamente al animal.

—¡Hola! —saludaron amigablemente. Sus miradas no se apartaron ni un ápice. Parecían sorprendidos.

Marta tragó saliva. «Bueno», pensó, mientras se acercaba a ellos, «Se trata de una conversación sencilla: ¿Qué tal? ¿Me podrían ayudar? Estoy buscando la casa de Félix Fernández. Soy su nieta».

—¿Te has perdido? —intervino el flaco de la gorra.

Marta sonrió nerviosamente:

—Eh, no...

—No Vicencio, esta chica no se ha perdido. Creo yo que sé quién es...

—Interrumpió la señoraLa mujer la escrutaba, con los ojos entrecerrados por el interés.

—¡Ah! ¿Eres la hija de Mercedes?

—¿Eh? No...

—¿Pero qué dices, hombre? ¿Cómo va a ser la hija de Mercedes? No, es la nieta de Félix...

—¿Qué nieta? Yo creo que es la hija de Mercedes.

La mujer levantó el brazo en un aspaviento de impaciencia.

—¡Dale con la hija de Mercedes! ¡Pero mira que eres cabezón, que te digo que es la nieta de Félix, la italiana!

—En realidad... —Marta intentó terciar en la conversación, pero la disputa se estaba encarnizando entre los vecinos.

—¡Pues habla muy bien el castellano para ser italiana! —intervino el forta-chón, a pesar de que Marta apenas había dicho más que «hola».

- A lo mejor es la bisnieta de José, la de Madrid — el de la gorra emprendía nuevas teorías.
- ¡Cago en la mar salada, que es la nieta de Félix, lo sabré yo! —la señora incrementaba su tono de voz conforme a su impaciencia. Marta decidió que asentir efusivamente era su mejor opción—. ¿No ves? ¡Es que no la dejáis hablar!
- ¿Y cómo ibas a saber tú que es la nieta de Félix si nunca antes la habías visto? —replicó Vicente.
- Hombre, pues porque me ha enseñado fotografías, y también porque se parece mucho a su abuela. Que sí, hombre... ¿Verdad?
- Verdad, verdad —confirmó Marta—. Y sé hablar castellano perfectamente, es lo que hablamos en casa—. Una última mirada de triunfo de la mujer sobre Vicencio.
- Ay, mis condolencias, niña —dijo la señora
- Gracias —respondió Marta.
- Era muy buen hombre ¡e inteligente! Aún me parece que va a aparecer por el camino, para una taza de café...
- Pues ahora que lo menciona, estaba buscando su casa, porque en la carta que me envió a través de la enfermera me pedía que me hiciera cargo de ella.
- ¿La casa? —el rostro de la mujer mostraba extrañeza.
- Sí, claro, la casa donde vivía.
- Ah, ya... Pues es que no sabría decirte, no está aquí en el pueblo... creo que la hizo construir ahí abajo —señaló imprecisamente hacia el camino que llevaba al pueblo-, al menos siempre venía por aquí. Lo que quiero decir es que ahora que lo dices nunca llegué a visitarlo en su casa, tu

abuelo era bastante solitario ¿sabes? Muy amigable, pero también le gustaba estar solo y que le dejaran en paz.

—¿Y ustedes, lo saben? —Los dos hombres se miraron, ignorantes del todo.

Marta no se lo podía creer. ¿Cómo podía ser? Aquellos debían de ser sus vecinos, sus amigos de toda la vida. Y sin embargo parecía cierto que desconocieran el paradero del hogar de su abuelo.

Pasó la mañana. Los cuatro hicieron cábalas, largo y tendido, recordando aquel día que uno lo había visto en cierto camino y otro, llevar la compra en una cierta dirección. Pero todo era vago y confuso, y el valle inmenso. Félix no pasaba por el pueblo todos los días, sólo dos o tres días a la semana a lo sumo. Podría haber caminado durante horas, podría vivir en un gran abanico de distancias. La mujer, Silvia, hizo memoria de la época en la que el antiguo pastor le contaba las idas y venidas de la obra, en el 93, o quizás en el 94. Sentada en una de las sillas de su cocina, con su delantal a rayas y las manos sobre las rodillas, consiguió recordar el nombre de uno de los obreros, pero la mala suerte había concedido un prematuro descanso eterno al susodicho.

Marta todavía no se lo creía. No le parecía que fuera posible viajar a otro país en avión y alcanzar en coche, tras bastantes días, aquel lugar recóndito para que la casa, su casa, resultase estar perdida, en alguna parte del bosque. Estaba sentada en el sofá, contemplando la foto de su abuelo, delgado, bajito, con boina y bastón, pero erguido, exudando salud y vitalidad, con un perro mediano y moteado a un lado. Al fondo se veía la fachada, con dos pisos y ventanas de madera. Árboles y hortalizas por doquier, paisaje... pero ninguna otra edificación, ninguna carretera que asomase por los márgenes.

Entonces se le encendió una bombilla. Las fotos por satélite de Google Maps, o la sección de fotogrametría del IGN. La página del Instituto Geográfico Nacional, con la que había elaborado un trabajo tiempo atrás, en el bachillerato, con todas sus herramientas. Tenía la suerte de que el hijo de 43 años de Silvia disponía de ordenador con conexión a Internet, lo que era un auténtico milagro en aquel lugar apartado. Se puso manos a la obra.

En el comparador de mapas buscó Turmendro. Allí estaba, con sus tejados rojizos en plena montaña. En la esquina inferior aparecía incluso la altura y el tipo de vegetación del punto que marcaba el cursor. Podía superponer los nombres de las poblaciones y de los ríos, lo que, junto a la propia Silvia, era de gran ayuda. También había bosques, prados y cumbres rocosas. Luego descubrió que podía dividir la pantalla en dos, de modo que en una mantenía las ortofotografías y en la otra tenía el mapa correspondiente con las curvas de nivel y los recuadritos en rojo que mostraban las edificaciones, lo cual era muy útil porque permitía encontrarlas rápidamente. Podía además comparar con otras imágenes tomadas anteriormente. Marta examinó una fechada entre 1989 y 1990, y se fijó en aquellas casas que aparecían cuando volvía al mapa actual. Eran escasas, pequeñas. Algunas habían aparecido al margen del pueblo, y solo dos aparecían en los alrededores, a la vera de alguna pradera. Su corazón palpitó. Debía de ser alguna de esas dos.

Imparable, se puso en marcha con Silvia como guía. Armadas una con los mapas impresos y otra con su bastón, marcharon camino abajo. La casa estaba en la vertiente opuesta del valle, tras cruzar el río, así que tenían que bajar para luego subir. Silvia sabía por qué lugar podían cruzar el río sin necesidad de mojarse. Las hojas lobuladas de los robles titilaban en lo alto y, tras ascender durante al menos diez minutos, pudieron encontrar la construcción. Marta se dio cuenta enseguida de que no era la que estaba buscando. Era al menos la mitad de pequeña y no tenía en absoluto la misma apariencia, ni siquiera el mismo empedrado que la que mostraba la fotografía de su abuelo. Estaba decepcionada, pero no se rendía. Todavía quedaba otra posibilidad, hacia la que se encaminaron tras descansar un momento. Volvieron a descender y ascender, dieron un pequeño rodeo, se equivocaron alguna vez, pero al final encontraron a la dueña del segundo y misterioso tejado. De nuevo, Marta tuvo que soportar el desánimo y la frustración del fracaso. Aquella tampoco se correspondía con la foto. Era otra, mucho más antigua y abandonada desde hacía años.

Al regreso a casa de Silvia, que le ofreció cama y comida, Marta estaba tan cabizbaja que se habría dicho que su frente serpenteaba tan a ras de suelo como las lagartijas.

III

Era noche cerrada. Una lechuza, blanca y terrorífica graznaba atemorizando a sus futuras presas. Se posó en el brazo de Marta, que al principio se movió sorprendida y luego la mantuvo en lo alto. La lechuza se agachó a la altura de sus ojos y con una voz aguda pero agradable le dijo «Te estás perdiendo los finales. Y todavía te quedan por hacer la mitad de los apuntes de espectroscopia». Luego se levantó el vuelo, casi silenciosamente, en un arrullo de batir de alas.

Marta dio vueltas sobre sí misma. Estaba oscuro, pero la luz de la luna brillaba con la intensidad suficiente como para discernir los bordes de los árboles más próximos. Estaba en una cuesta y, de repente, en una roca un poco más allá de donde ella permanecía, oyó un ruido y vio una figura cuadrúpeda. Exhibía unos simpáticos cuernos, en forma de gancho, pero pequeños. Tenía el cuerpo pardo y la cara, coloreada de marrón y crema en forma de anchas bandas, miraba directamente hacia Marta. «Tengo un gusto terrible en la boca. La sal de las rocas de allá arriba es de una calidad terrible. ¿Pero a ti eso no te importa, no? Las alturas son casi todas para nosotros». Los inquietantes ojos del bóvido parecían burlarse un tanto.

Súbitamente, un ruido seguido de una alteración en los oscuros matorrales al otro lado del claro lo hizo desaparecer. Marta sintió cómo un lento y terrible escalofrío estremecía su espalda. De las oscuridades emergieron primero unos violentos gruñidos, y luego las fauces que las proferían. Un terrorífico lobo, negro como el carbón, con los ojos de un color rojo furia se abrió camino hacia ella. «¿Pero qué haces aquí, niña imbecil? ¿A quién se le ocurre dar una vuelta por la oscuridad de la noche en este lugar? Y además tú, que no tienes ni idea de nada, no has visto una oveja en tu vida y crees que te puedes manejar en un sitio como este. Mejor para mí, una presa fácil para mis fauces. Carne humana fresca al mejor precio».

Marta se despertó abruptamente, levantando medio cuerpo de la cama. Todavía era de noche, la casa guardaba silencio y fuera se oía a la lechuza.

IV

A la mañana siguiente estaba desayunando, taciturna. Intentaba pensar en alguna solución que la ayudase en su empresa, pero su cabeza no lograba producir ni media idea. Silvia estaba preparando algo en la cocina, pero Marta no le prestaba atención. Miró por la ventana de la cocina. Más allá de los límites del pueblo se pronunciaban las laderas de las montañas y las rocas aparecían en grupos, más visibles en las cumbres. En una zona alta el color del bosque cambiaba, era más oscuro ¿serían coníferas? No lo sabía con certeza.

Suspiró, y volvió a sacar la foto de su bolsillo. Allí estaba su abuelo, tan campante ¿pero qué clase de hombre no tiene una dirección? Sabía que leía. ¿Por qué demonios no se había suscrito al periódico? Así al menos Marta tendría algo con lo que trabajar. De repente, interrumpió el curso de sus pensamientos. Por lo menos de los más superficiales.

—Silvia, esto ... corrígeme si me equivoco, pero ¿esto no es un haya? —
Reconocía el árbol gracias a los esmerados dibujos de su abuelo de hojas y árboles— Ah, y aquí hay más, son todas hayas ¿no?

—Sí, sí lo son.

—Pero hasta ahora sólo hemos visto robledales. —Marta no esperó a que le contestara. Corrió hacia el ordenador. Sabía a dónde iba. Un apartado sobre biogeografía en el Atlas Nacional de España. Recordaba perfectamente las ilustraciones que había curioseado una vez, con varias montañas y diferentes niveles de vegetación, que cambiaban con la altura. Sí, allí estaba, la adecuada a su región, abajo la fresneda, luego el robledal y entre los 800 y los 1500 metros, las hayas. Se quedó pensando un momento. El día anterior no habían subido suficiente. Siempre habían permanecido bajo los robles.

De nuevo volvió a abrir el comparador de mapas y examinó más atentamente los alrededores, fijándose esta vez en las alturas y en las diferencias de vegetación. Su ojo inexperto no podía diferenciar las masas verdes muy bien, pero afortunadamente había muy pocos lugares que estuviesen próximos cuya

altitud fuese la suficiente. En la misma montaña que habían subido el día anterior y la inmediatamente posterior. Y entonces la vio, en la primera. El día anterior, de alguna forma, se había escapado a su vista. Estaba muy sola y alejada, e inmersa en ese inmenso bosque se veía minúscula.

La excursión de ese día fue más sufrida que la del día anterior, por cuanto que era un trecho más larga, pero el empuje de Marta era casi irracional. Silvia la seguía sin demasiado esfuerzo, pero un par de metros por detrás, apoyando el bastón pesadamente.

Pero tuvo su recompensa, porque en esa ocasión sí que apareció, entre las hojas de las hayas, una bonita casa de dos pisos, con ventanas de madera. La fachada se erigía frente a una explanada que a un lado era prado y al otro, huerta. Había plantas de tomate y patatas, y también judías estirándose sujetas a palos. A un lado del jardín, Marta divisó un conjunto de herramientas al lado de una valla totalmente descolocada. Un rastro de las inconclusas tareas de su abuelo.

Marta y Silvia entraron (la puerta no estaba abierta, pero tampoco estaba cerrada con llave). Se pasaron toda la tarde explorándola. Sí, no tenía ni agua ni luz eléctrica; los muebles eran escasos, pero bonitos; sin embargo, lo mejor de todo para Marta consistía en una pequeña habitación, llena únicamente con libros dispuestos en abarrotadas estanterías.

—¿No ves? —le dijo bajito Silvia—. Era listo e independiente. Ya sabes de dónde te viene a ti—. Le guiñó un ojo, divertida.

Mapa de estrellas

Jesús García Jiménez

Mapa de estrellas

Jesús García Jiménez

Esta es una historia de admiración, esa especie de fuerza irresistible hacia ciertas personas acreedoras de unas cualidades extraordinarias, un acto de reconocimiento hacia un ser excepcional por el apoyo que me brindó y por todo lo que me enseñó e inculcó, por haberme mostrado que la realidad está cargada de sentido y racionalidad, y que la compleja sencillez de la naturaleza puede llegar a suscitar una perplejidad sin límites; por haberme permitido aprender, reaprender y mejorar, pero siempre cuidando de no perder la propia esencia en la conciencia de las limitaciones y las fortalezas.

«Los mapas nos hablan», solía decirme. Años después comprendí la veracidad de su afirmación, entendí que cada mapa en sí mismo es un idioma cuyas palabras son líneas rectas, curvas, longitudes, latitudes, colores, escalas... Aprendí, en definitiva, que cada uno de ellos alberga el arte de proyectar en el papel lo que a simple vista no se puede percibir.

Quizá de su afición por los mapas nació la mía propia, virada con el tiempo a un interés profundo, y aún hoy en día, muchos años después, permanezco largos ratos observando todos los que decoran las paredes de mi estudio. A veces los examino atentamente a modo de consulta, en ocasiones me distraigo contemplando la belleza de sus estampas y por momentos, me paro ante ellos y reflexiono sobre los complejos factores geopolíticos que sacuden constantemente los cimientos de nuestra tranquilidad y estabilidad. Observo las fronteras de caprichosas geometrías, trazos irregulares nacidos de la mano del hombre que albergan, algunos de ellos, abismos sociopolíticos que no son sino el fiel reflejo de las vicisitudes de la historia del mundo.

Recuerdo aquella tarde de otoño cuando, sentados en uno de los bancos de piedra del mirador que se alza sobre el pueblo, junto a un estrecho y sinuoso camino de piedra construido para facilitar el tránsito de los visitantes, observábamos el soberbio paisaje que se extendía ante nosotros. Grandes bloques de piedra grisácea asomaban por entre la espesa vegetación de matorrales de todos los tamaños y formas, extensos bosques de pinos de densa y verde foresta se erigían a nuestros pies cubriendo el accidentado y peñascoso terreno que nos rodeaba y la brisa, suave como una caricia, jugueteaba entre las ramas de los árboles murmurando en el enigmático y reservado idioma de la naturaleza. Los pájaros revoloteaban fugaces entre el follaje, lanzando de cuando en cuando sus alegres y efímeras melodías. Al fondo, lejos en el majestuoso panorama que se abría hacia poniente, estaban las casas blancas y apiñadas, en aparente caos, arrojadas por los centenarios campos de cultivo discretos y silenciosos, eternos en su sosiego, imperecederos en el tiempo. Y todavía más allá, a modo de barreras en el horizonte, se encumbraban inaccesibles y agrestes las sierras que, orgullosas y vigilantes, velan por estos parajes para preservar su indómita y fiera belleza, tan benévola para los propios como intransigente para los extraños.

—Allí termina el mundo —dije señalando hacia las lejanas cumbres grisáceas con la ingenua inocencia de un niño cuyos ojos rebosan de enormidad, rompiendo aquel silencio en forma de susurros y rumores en el cual estábamos arrebujados. Él, sonriéndome, posó despacio su curtida mano en mi hombro.

—No, hombre. No termina ahí. Tú, desde aquí, solo puedes ver hasta ahí, eso sí, pero la Tierra es mucho más grande, tanto que nosotros somos puntitos muy muy pequeños en comparación con ella.

Y si no estuviesen las montañas, ¿podríamos ver toda la Tierra entera desde aquí?

No, no podríamos porque la Tierra es redonda, pero sí podemos verla entera en los mapas. En ellos sí es posible observar toda su geografía.

¿Qué es geografía? —pregunté entonces.

—La geografía es la ciencia que se ocupa de la descripción de la Tierra. La palabra viene de un idioma muy antiguo que ni tú ni yo comprendemos, el griego, y significa «escribir la Tierra».

—¿Escribir la Tierra? —interrogué con cierto asombro. Él, soltando una carcajada, me respondió:

—Claro, escribir la Tierra. Pero se refiere a describirla en mapas, sobre el papel, para que podamos verla bien, como si fuésemos pájaros que volamos muy alto. — Pero entonces tiene que ser un papel muy grandísimo, porque la Tierra es muy grande y no cabe en un papel chiquitito —.De nuevo, riendo, me dijo:

—No hombre, no. Para eso las personas que dibujan los mapas utilizan una cosa que se llama escala, que relaciona las dimensiones del dibujo en el papel con las dimensiones en la realidad.

Ah —dije sin entender del todo el significado de aquello.

—Cuando seas mayor lo entenderás perfectamente, serás un muchacho muy listo y estoy convencido de que sabrás utilizar las escalas muy bien.

Y no erró, ya que años después no solo las comprendí, sino que me vi abocado a utilizarlas con soltura tanto en el ámbito profesional como en mis aficiones.

—Te contaré una historia. Antes de que las personas, los árboles, las plantas, los animales y las montañas estuviesen aquí, antes de todo eso, solo había una cosa llamada caos, donde nada estaba definido y nada tenía forma alguna. Entonces, de ese caos apareció Gea, la Diosa Madre de la que surgió toda la vida que ahora podemos ver. Porque de ella nació Urano, el dios del cielo, y Ponto, el dios del mar. Y más tarde nació Cronos, el dios del tiempo. Entonces, del mar y del cielo, a lo largo del tiempo, aparecieron los peces y los animales terrestres y todas las plantas y árboles, y también aparecimos nosotros, los seres humanos.

—¿Y dónde está ahora esa mujer? —Pregunté con total naturalidad.

—Pues esa mujer en realidad no existe. Es solo una historia nacida de la mente de los hombres antiguos. El origen de la Tierra es mucho más complejo y ha tenido lugar a lo largo de mucho tiempo, tanto que no podemos llegar a imaginarlo o a medirlo. Cuando seas mayor lo entenderás, porque tus maestros y profesores te lo explicarán mucho mejor que yo.

Y sin ser consciente, en aquellos ratos de aquellos tiempos felices, durante esas charlas que para mí eran asombrosas e incluso incomprensibles, estaba germinando en mí la semilla de la reflexión, del constante cuestionamiento. Del cómo y el por qué, del pensamiento crítico. Y también de mi afición por la ciencia y las artes como máximas expresiones de la actividad y el ingenio humanos.

Durante el transcurso de los años, la vida trajo cambios, tendió caminos y brindó alegrías y tristezas. Algunos sueños adquirieron forma de metas reales y se cumplieron, otros quedaron solo en eso, en sueños lejanos envueltos en una nebulosa y en la duda eterna del cómo habría sido. El tiempo, en fin, ejerció implacable su papel de eterno guardián de sucesos, riguroso e inflexible en su empuje y hacedor infinito del pasado, el presente y el futuro. Pero lo que no logró fue mermar, ni tan siquiera un ápice, nuestra honesta y sincera afición por la mutua compañía y por nuestras salidas al campo. Eso siempre permaneció inmutable, imperecedero.

—El tiempo —me dijo en una ocasión en la que

disfrutábamos de una intrépida ruta por estos maravillosos parajes que nos rodean— es como ese arroyo que ves ahí. Mete un dedo en él, toca el agua. Simplemente tócala —me dijo impasible, sus facciones exentas de cualquier signo de comicidad.

Yo, sorprendido por no saber muy bien a qué se refería ni cuáles eran sus intenciones exactas, y tras mirarlo durante unos instantes, intentando averiguar su propósito, obedecí y me acerqué a la orilla de aquel pequeño curso de agua y sumergí mi dedo índice derecho.

—Muy bien. Ese agua que acabas de tocar, en ese preciso instante que ya forma parte del pasado, ha fluido una y solo una vez por este lugar.

Nunca jamás volverá a hacerlo. El tiempo es exactamente eso, algo que pasa una y solo una vez. Todo instante, ya sea aprovechado o desperdiciado, se convierte de forma inevitable en algo del pasado que no va a volver. Por eso, sácale el máximo partido al tiempo, a todos los que te rodean y a todo lo que tienes a tu alcance, intentando siempre ampliar tu radio de acción. Que tu paso por la vida merezca la pena. Recuerda eso siempre.

Aquellos ratos en su compañía, salpicados de anécdotas y valiosas lecciones que tanto me sirvieron en situaciones venideras, supusieron además para mí una gran escuela en la que aprendí a moverme por el campo empleando las técnicas de la orientación y sabiendo leer e interpretar la utilísima información contenida en los mapas topográficos. La escala, una operación matemática que relaciona el dibujo con la realidad y que tan provechosa resulta para medir y obtener distancias; la obtención de coordenadas y la localización de los lugares representados; la ubicación de construcciones, elementos y barreras sobre el propio terreno; el emplazamiento de vías de comunicación que tan prácticas pueden llegar a ser, sobre todo para alguien que de un modo u otro se ha extraviado; la hidrografía o presencia de arroyos, ríos, lagos o mares; el conocimiento de los nombres propios de un territorio que tanto valor adquiere de cara a una mejor ubicación... fueron todas características y aspectos que me enseñó con paciencia y tesón; más tarde, ya durante mi servicio militar, fue cuando realmente adquirí conciencia de su verdadero valor e incalculable utilidad. Y aun posteriormente, en el ejercicio de mi profesión, aquellos conocimientos nacidos de mi gran afición supusieron una enorme diferencia a la hora de abordar delicados aspectos en el análisis del terreno y en la óptima ubicación de infraestructuras, de sus impactos medioambientales y de los costes económicos.

Recuerdo que, en otra ocasión, y también durante una de nuestras excursiones, nos hallábamos remontando una ladera y, tras un buen rato de agotadora e intensa subida por entre quejigos, encinas y algún que otro robusto pino y abriéndonos paso como buenamente podíamos a través de la espesura de frondosos y saludables arbustos, llegamos a la cima de aquel cerro y nos topamos con un cilindro de hormigón sobre una base cuadrada también de hormigón con una placa en la que podía leerse: «Instituto Geográfico Nacional – Vértice geodésico – La destrucción de esta señal está penada por la Ley».

Al leer aquel informativo e intimidante mensaje supe de inmediato que aquello debía ser algo cuando menos importante, útil y valioso.

—¿Qué es esta señal? —pregunté intrigado.

—Ahí mismo lo dice —me respondió señalando la placa—. Es un vértice geodésico y sirve para indicar una posición geográfica exacta y con ella elaborar mapas topográficos a escala. Este en concreto, será porque es un paraje poco frecuentado, está bien conservado y no tiene garabatos ni banderas u otros colores pintados sobre él. Está como debería estar, limpio y con el aspecto natural del hormigón. Sigamos andando y nos ponemos a resguardo para descansar, comer y refrescarnos algo; este no es un buen sitio porque al estar en alto el viento sopla con fuerza y no hay con qué protegerse.

Y así, dejamos atrás aquella pequeñísima construcción, el primer vértice geodésico que vi y que suscitó en mí una gran curiosidad. Movidio por el interés acerca de aquellos solitarios y —en su mayoría— remotamente ubicados pivotes, me dispuse a buscar información y a conocer más acerca de ellos, y de ese modo aprendí que no se trata de simples mazacotes plantados en un lugar, sino que son puntos cuyas coordenadas han sido calculadas con gran exactitud por ingenieros geógrafos, que forman parte de una red triangular junto con otros vértices y que todos ellos sirven para la configuración de la cartografía y la topografía de un territorio. Averigüé además que las dimensiones están normalizadas y que todos y cada uno de ellos deben ser visibles desde varios otros para permitir las mediciones necesarias, que en la mayoría de los casos se ubican en zonas altas, despejadas y con buena visibilidad pero que también pueden ser vistos en el tajado de un edificio o a apenas unos pocos metros sobre el nivel del mar. Y por último, supe que en España la red de vértices geodésicos se divide en la Red de primer orden, la Red de segundo orden y la Red de tercer orden, dependiendo de la longitud de los lados del triángulo que dibujan.

No obstante, no todo fueron momentos de acción y movimiento, de lanzarnos a la naturaleza en exigentes y atrevidas rutas en las cuales poníamos en práctica las habilidades necesarias para una adecuada desenvolvura en estos terrenos de escarpada y áspera belleza. No. También hubo momentos de so-

siego, de calma, de estar sentados el uno junto al otro sin decir nada, disfrutando del silencio y de la recíproca presencia. Solíamos aprovechar, siempre que se podía, la ocasión de observar las estrellas cuando el cielo nocturno estaba claro y diáfano, sin más luminosidad que la del pueblo ya distante y silencioso que dormía al amparo de las sierras que lo circundaban, en espera de un nuevo día anunciado por el madrugador canto de los gallos. Durante aquellos ratos en los que el tiempo corría mudo, observaba las estrellas lleno de curiosidad e intentando entender qué eran esos puntos luminosos titilantes de diferentes colores, descifrando en cierto modo los jeroglíficos celestes y reconociendo las constelaciones. Mi humilde biblioteca contaba —y todavía hoy lo hace— con algunos libros sobre astronomía, un planisferio celeste y algún atlas del Observatorio Astronómico Nacional. «Vosotras albergáis los secretos del universo» reflexionaba en silencio. «¿Quién sabe qué sorpresas tenéis reservadas para la modesta y sumisa mente humana? ¿Estaríamos preparados para desentrañar los misterios del cosmos? ¿Podría nuestra inteligencia ser capaz de asimilar todos vuestros misterios y enigmas una vez resueltos? Qué pequeños somos en comparación con el descomunal tamaño del universo.

¿Cuántos sistemas solares más como el nuestro habrá ahí fuera? ¿Y cuántos planetas Tierra? Me gustaría saber cómo serían los moradores de esos planetas habitables, si más o menos inteligentes, más o menos avanzados y desarrollados. Si igual de destructivos que nosotros o por el contrario más perspicaces y agudos, con la capacidad de construir un mundo mejor y alargar su vida y no de destruirlo conduciéndose ellos mismos a la auto aniquilación, como hacemos nosotros mismos».

—Fíjate que todo en la vida tiene su lado positivo y su lado negativo —observó repentinamente haciendo que se desvanecieran de forma inmediata las reflexiones en las que me hallaba inmerso—. Tanto que se ha hablado de la oscuridad asociada a la falta conocimiento, como algo que implica una merma en las facultades intelectuales o espirituales, que alberga las sombras y la maldad, que tiene garras para devorar al amor, que incluso la Biblia dedica un versículo a su gran antagonista en Génesis...

—Dios dijo: «Haya luz», y hubo luz. Génesis capítulo 1 versículo 3. Lo recuerdo —le interrumpí yo.

- Pues a mí me gusta la oscuridad, su lado positivo mejor dicho, porque sin ella no podríamos observar las estrellas como estamos haciendo en este preciso momento. Mira, allí está Tauro —me dijo señalando hacia el firmamento—. Tú eres Tauro. Esa es tu constelación.
- Sí, aquella es —le respondí en voz baja con la mirada puesta en los astros. — Te voy a contar su historia —continuó él.
- Según la mitología griega, la princesa fenicia Europa deseaba escapar de la férrea protección y vigilancia de su padre, el rey Agénor. Un día, estando ella en la playa contemplando el horizonte, fue vista por Zeus, quien adivinó los deseos de la princesa de escapar y de ser libre. Así, Zeus se transformó en un toro blanco y se acercó a ella para que montara en su lomo y poder de este modo fugarse, y cuando lo hizo, se lanzó a las aguas y nadó a través de los mares hasta Creta, en cuyas costas volvió a su apariencia original y le declaró su amor. La princesa, impresionada y enternecida por su gesto, lo aceptó como amante y las estrellas, celebrando tan feliz acontecimiento, dibujaron en el cielo la figura de un toro para que los mortales lo recordaran por siempre.
- ¡Vaya! Buena historia, había oído otras versiones, pero sin duda esta es la que más me gusta. Te voy a contar yo una que me ha venido a la mente, sobre la Vía Láctea —dije señalando una pequeña y apenas visible franja blanquecina flanqueada por brillantes luceros—. Antes incluso de que los santos autores redactaran las Sagradas Escrituras existieron, en algún lugar de oriente, una bellísima princesa y un valiente guerrero que, habiéndose enamorado perdidamente el uno del otro y no existiendo en modo alguno la posibilidad de unirse dado el abismo estamental que los separaba, decidieron fugarse juntos para siempre, tras lo cual nunca nadie llegó a saber nada de ellos, y desde entonces se dijo que se convirtieron en estrellas lejanas que habitaban en el firmamento y que, una vez allí, construyeron un puente luminoso que les permitiera estar unidos por siempre en la eternidad de los tiempos sin que fuerza humana posible lograra separarlos jamás.
- ¡Bravo! —me dijo sonriente mientras aplaudía despacio y sin levantar alboroto alguno—. Me ha gustado y, siendo sincero, no había oído nun-

ca esa leyenda. Deberías escribirla, quién sabe si algún día terminas publicando un libro de cuentos y fábulas...—.

Ambos reímos, y sin más, se hizo de nuevo el silencio y nos pusimos a observar otra vez las estrellas, sumido cada uno en nuestros propios pensamientos, en nuestro propio mundo interior plagado de tribulaciones y alegrías.

Hoy, varios años después y cuando ya solo puedo disfrutar de su presencia en mis recuerdos, observando curiosamente los mapas por uno u otro motivo, en no pocas ocasiones puedo oír su voz a través de los colores y las formas, de las líneas desiguales y de su elaborada y cuidada factura, evocando la pasión que ponía en hacerme ver la enorme utilidad de saber emplear un mapa correctamente, de saber leerlo y percibir lo que nos dice a través de sus muchos elementos. En la reposada y serena soledad del campo, en el silencio quebrado solamente por el ligero murmullo de la brisa que juguetea entre las ramas de los árboles y por el fino gorjeo de los pájaros confiados e indiferentes, puedo oír su voz alentándome a reconocer y estimar el inmenso valor de la naturaleza y su grandeza y benignidad para con el ser humano. Y lo veo en las noches claras y estrelladas, cabalgando entre las coloridas nebulosas a lomos de Pegaso, brillando entre los astros rutilantes y temblorosos, donde estoy seguro de que se encuentra en compañía de los ángeles celestiales, fieles compañeros suyos en su perpetuo periplo a través de los tiempos infinitos.

Un manojo de cuentos que entrelazan experiencias vitales con las ciencias desarrolladas en esta institución. Aquí las presentamos iluminadas bajo el foco artístico de la ficción literaria.

